

MUNICIPALIDAD DE QUITO



Museo Histórico

•
*Organo del
Museo de Historia
de la Ciudad de Quito*

•
Quito - Ecuador

IMPRENTA MUNICIPAL

Núm. 34

MUNICIPALIDAD DE QUITO

ADMINISTRACION DEL ALCALDE

SEÑOR DOCTOR DON CARLOS ANDRADE MARIN

MUSEO DE ARTE E HISTORIA DE LA CIUDAD

Director:	Jorge A. Garcés G.
Secretario:	Doctor Juan F. Pérez Terán
Ayudante General	Señorita Judith Paredes Z.

Primer Ayudante de Catalogación:	Señorita Teresa Castellanos C.
Segundo Ayudante de Catalogación:	Señorita Daz García Pardo
Primer Ayudante del Museo de Arte:	Señorita Rosa A. Darquea Terán
Segundo Ayudante del Museo de Arte:	Señora Julieta Cabrera de Pineda

*Homenaje
del Museo Corrajo de Quito*

**AÑO DEL SESQUICENTENARIO
DEL
PRIMER GRITO DE LA
INDEPENDENCIA DE AMERICA**

1.809 - QUITO, AGOSTO 10-1.959

Para celebrar el centenario de la independencia



Homenaje
del Ilustre Concejo de Quito
a la memoria
del Barón Alejandro de Humboldt,
en el
Primer Centenario de su muerte.

•

1859 - 1959



MUSEO HISTORICO

*Revista trimestral
Organo del Museo de Arte e Historia
de la Ciudad de Quito*



Alexander von Humboldt durante sus últimos años de vida. Cuadro de Julius Schrader, Berlín.

MUSEO HISTÓRICO

Año XI Quito, Agosto 10 de 1959 Núm. 34

DIRECTOR: JORGE A. GARCES G.

Editorial

EL I. Concejo de Quito, siempre atento a todo acontecimiento de trascendencia que se relacione con la cultura, se suma con la publicación de este Número de "Museo Histórico", al homenaje mundial que se rinde a la memoria del ilustre sabio alemán, Barón Federico Enrique Alejandro Von Humboldt, cuya personalidad, de primera línea entre los más altos exponentes de la ciencia universal, se encuentra ligada a la historia de la Presidencia de Quito, por vínculos que rebasan, para gloria nuestra, las referencias y estudios científicos sobre determinados aspectos de nuestro territorio y que se dejan sentir aún en materias políticas y sociales pertenecientes a aquellos años en los que el fermento de la independencia americana estaba próximo a alcanzar su máximo desarrollo.

En los primeros días de 1802, llegó a Quito, por vía terrestre, procedente de Bogotá, y acompañado del sabio botanista Aimé de Bonpland, un joven hombre de ciencia,

contaba apenas 33 años de edad, nacido en Tegel, cerca de Berlín.

La Presidencia de Quito había surgido ante la faz del siglo naciente con quebrantado aspecto. Y si hemos de hacernos eco del parecer del sabio Mutis, las convulsiones de índole geológica que habían sacudido estas regiones en 1797, fueron acaso, el principal incentivo que movió a Humboldt a visitar nuestro territorio.

A pesar de que la causa, por sus consecuencias devastadoras, no era un motivo de alegría, Mutis consideraba que la visita de Humboldt a la Presidencia de Quito constituía un venturoso y feliz acontecimiento. Y sin duda, así lo fué, porque el primer sabio de su siglo honró con su presencia ocasionada en los más altos móviles que animan al hombre, como son los de la Ciencia, nuestra ciudad, nuestras bellezas naturales y nuestros territorios en donde el asombro geológico y la variedad de la naturaleza son un canto permanente a la obra del Creador. Humboldt, alma poética por excelencia, habría de comprender este mensaje silencioso y vivo de nuestra geografía, y habría de expresarlo en sus obras, tocadas, de esa visión cósmica que es propia del genio.

La permanencia de Humboldt en Quito le valió la estimación de la sociedad que siempre estuvo dispuesta a complacer con sus halagos al joven científico germano que había sabido merecer su estimación y aún más, su admiración.

Fué así como Humboldt trabó estrecha y duradera amistad con los elementos más distinguidos y representativos de nuestro medio. La amistad con Carlos Montúfar habría de perdurar y sería para Humboldt, años más tarde, un gran dolor la muerte del patriota quiteño, víctima heroica de la independencia de nuestra Patria.

El claro talento, inclinado a la observación, del sabio alemán, debió captar con precisión y nitidez el momento social y político de estas colonias españolas en las cuales la semilla de la independencia estaba pronta a germinar en airoso tallo, nuncio de no menos airoso árbol de libertad.

Vinculado como estuvo Humboldt a la flor de la sociedad y del pensamiento quiteño, no cabe dudar que, en su calidad de extranjero y visitante, habrá sido en muchas ocasiones el confidente de las ideas y ensueños de nuestros patriotas, a quienes no habrá dejado de alentar en sus aspiraciones, al constar su capacidad, versación e inteligencia.

¡Cómo habría sido Humboldt objeto del interés y del apasionado entusiasmo del Precursor Espejo, ese espíritu refinado y ansioso de saber, que es gemelo en muchos aspectos del gran sabio Caldas!

Por este motivo de vinculación estrecha con nuestra historia, con aquel amanecer a la vida autónoma de nuestros pueblos, la memoria del Barón de Humboldt es dos veces grata para los quiteños.

La presente edición de "Museo Histórico", íntegramente dedicada a la figura de este ilustre sabio y gran maestro de la poesía universal, es un homenaje de nuestra Ciudad a su inmortal nombre y a su honroso paso, de águila imperial del saber, por nuestras cumbres nevadas.

Reciban también el homenaje de esta Revista los sabios de la Misión Alemana que nos honraron con su visita, en los días del centenario de la muerte de este príncipe de la ciencia: Excelentísimo Dr. Joaquín Kuhn, Embajador Extraordinario, Jefe de la Misión; Profesor Dr. Herman Trimborn, de la Universidad de Bonn; Dr. Carlos Troll, Botánico, Profesor de la Universidad de Bonn, y Dr. Rudolff Grossman, Profesor de la Universidad de Hamburgo.



L Palabras del Sr. Alcalde de Quito,
Doctor Carlos Andrade Marín,

en la Sesión Solemne conmemorativa del Primer Centenario
de la muerte del sabio alemán Alexandre von Humboldt



SEÑOR Presidente de la Excelentísima Corte Suprema de Justicia, Excelentísimo señor Embajador de Alemania, Excelentísimos señores Embajadores, Excelentísimo señor Embajador de Alemania en Misión Especial, señores Miembros de la Misión Científica Alemana, señor Vicepresidente del I. Concejo, señores Concejales, señoras y señores:

Quando en el transcurso de los siglos el hombre del futuro pueda comparar y enjuiciar tanto las realizaciones de la ciencia actual, como, especialmente, la actitud de esa ciencia frente al hombre, mucho debe temer la generación presente que la comparación de la ciencia del siglo XIX con la del siglo actual, no nos sea del todo favorable.— Los científicos del siglo XIX tomaron como punto de partida el conocimiento del hombre y de la naturaleza, con una finalidad lógica: la aplicación de todos los descubrimientos científicos de esa época para el bienestar del hombre en la tierra.— En cambio, la ciencia

actual que ha logrado descubrir los secretos más profundos de la naturaleza, si bien ha dado un enorme paso en el campo del progreso y de la civilización, ha traído como consecuencia un estado de temor y angustia, puesto que tenemos la convicción de que esos adelantos no solamente servirán para los fines positivos y de beneficio para la humanidad sino, quizás, para su destrucción.

El conocimiento y la investigación de la naturaleza en el siglo pasado, permitió el desarrollo de muchas ciencias como la Química, la Física y la Biología, ciencias que llevaron a Pasteur a descubrir los agentes de las enfermedades y preparar sus sueros y vacunas milagrosas. La máquina de vapor sirvió para facilitar los transportes, la luz eléctrica de Edison para despejar la oscuridad en todos los hogares, la botánica y la zoología buscaban desarrollar las especies más útiles para el provecho humano. Hoy hemos logrado la fisión del átomo y hemos descubierto la bomba atómica, que si bien significa un alto grado de desarrollo de la ciencia, puede convertir también a la humanidad en un haz de escombros.

Podemos afirmar, pues, que la ciencia del siglo XIX fue la ciencia de la esperanza; en cambio, la ciencia del siglo XX puede ser la ciencia del temor.

Y entre esos hombres de hace una centuria, Alejandro de Humboldt fue el más alto y enciclopédico representante de los conocimientos científicos de la época. Para los hombres de América, especialmente para los ecuatorianos, la figura de Humboldt no solamente es respetada, sino querida. Vino a América cuando todavía era un Continente prácticamente desconocido. Si bien geográficamente había sido descubierto, desde el punto de vista del conocimiento de todas las riquezas de la naturaleza, la llegada de Humboldt constituyó un despertar de estas tierras hacia el campo científico y de investigación. Humboldt tuvo también oportunidad de mirar las bellezas de nuestros paisajes y de nuestras montañas; escaló los montes, dominó nuestros volcanes e hizo la más perfecta descripción del cráter del Pichincha; subió al Chimborazo y expresó, en varias oportunidades, sus sentimientos de admiración por esta maravillosa geografía andina de nuestro país.

Creo también que la presencia de Humboldt en América influyó mucho en la política de nuestros pueblos, pues no es una mera casualidad el que haya conversado largamente sobre la política de América con el gran Libertador Bolívar. Tampoco es casualidad el hecho de que se haya alojado en la casa de Juan Pío Montúfar, el Marqués de Selva Alegre, que propugnara los ideales de libertad inspirados por Espejo. Por todo esto, en el Primer Centenario de su muerte, el pueblo de Quito recibe con mucha simpatía a esta distinguida Delegación Científica que la Alemania Occidental nos ha enviado para celebrar dignamente tan alto acontecimiento.

El Concejo de Quito no podía dejar de traducir el sentimiento del pueblo quiteño, con el objeto de dar esa bienvenida cordial y afectuosa a los sabios alemanes que hoy nos visitan. En esta Sesión Solemne, como Alcalde de Quito y a nombre del I. Concejo tengo el agrado de declarar a los distinguidos miembros de la Delegación Científica alemana, Huéspedes Ilustres de la Ciudad. Ellos representan a la Alemania Eterna de las grandes conquistas científicas y artísticas que tanto han significado en el progreso y la civilización del mundo. La Alemania de Occidente es el ejemplo más significativo del valor de las ideas democráticas y está en la frontera demarcatoria entre la libertad y la esclavitud de los espíritus. Allí es un baluarte en la lucha por la libertad frente a las dictaduras totalitarias que quieren seguir su avance de atropello y de sumisión de las conciencias.

Estimo que los quiteños estamos haciendo un acto de justicia al recordar la ilustre personalidad del Barón de Humboldt en su visita a esta tierra americana, y por eso el I. Concejo Municipal de Quito está cumpliendo con su deber al declarar a los miembros de la Delegación Científica Alemana que nos honran con su presencia,

HUESPEDES ILUSTRES DE LA CIUDAD

Como Alcalde de Quito quiero decir a todos vosotros que el pueblo mira con especial agrado vuestra presencia. Apreciad en ello no solamente un acto de cortesía, sino el fiel reflejo del sentimiento ecuatoriano por estrechar vínculos cada vez más fuertes con el pueblo de la gran Alemania democrática.

Al depositar en manos de vosotros este Acuerdo y entregaros el Escudo legendario de Quito, tened la certeza de que el recuerdo de estas pocas horas que habéis pasado y el de vuestras sabias conferencias, no se borrará entre nosotros, así como esperamos que la visión del Ecuador, de Quito y de los habitantes de hoy, sea conservado por vosotros con la misma simpatía que Humboldt tuvo para el Ecuador del pasado.



Discurso del Excelentísimo

Doctor Don Joaquín Kuhn

Embajador Extraordinario y Presidente de la
Misión Científica a los actos conmemorativos
del centenario del sabio Alejandro von Humboldt

CON honda emoción agradezco en nombre de mis eminentes compañeros como en el mío propio por el honor que el Ilustre Concejo Municipal de Quito nos ha otorgado. Visitando las capitales de la América del Sur para participar en las ceremonias con ocasión del Primer Centenario de la muerte de Alexander von Humboldt y subrayar la solidaridad que une en esta fecha histórica al mundo científico y al Gobierno de mi lejana Patria con la suya y especialmente con Quito, que durante seis meses fué punto de partida para las exploraciones del gran sabio como mineralogo, como climatólogo, como botánico, como físico, como astrónomo, como arqueólogo, como etnógrafo, como historiador. Para dar a todo esto una perspectiva exacta, acordémonos que Alexander von Humboldt nació de familia rica, sin estar expuesto a someterse a ningunas necesidades. Asegurarse un lugar de retiro cómodo en su tierra, vivir para sus amigos, pasar su tiempo con lecturas y a lo sumo con aficiones sin esfuerzo estaba absolutamente dentro de las

posibilidades financieras y familiares que le fueron otorgadas en la cuna. El las desdeñó, ya que al mismo tiempo le fué implantada una sed inextinguible de saber, la que le impulsó a internarse en los misterios que en ése tiempo aún albergaban grandes partes de la superficie de la tierra. Con intención escogió Suramérica como objeto de sus primeros viajes de exploración. América del Sur era un Continente cerrado, un paraíso para el naturalista, aunque en las condiciones de entonces muy difícil para él. Ya que no solamente se trataba de atravesar ríos y selvas vírgenes, desiertos y altísimas cadenas de montañas, se trataba también de hacer frente a los múltiples riesgos que en estos tiempos traía consigo la permanencia en la naturaleza desatada. Humboldt no se escapó de ellos. En las orillas húmedas del Orinoco atrapó un reumatismo que paralizó su brazo derecho, por lo que únicamente pudo escribir levantándolo con su mano izquierda hacía su rodilla, y en esta actitud echaba sobre el papel estas cartas cuyas líneas muchas veces suben desde la izquierda hacia la derecha, tan conocidas, por todos los admiradores de Humboldt. En Cartagena se contagió de viruelas, a Quito llegó pasando por los páramos de Pasto, en ropas podridas, con los pies desnudos y sangrantes. Pero perseveró en el propósito que él se había fijado, y aquí en Quito éste le fué facilitado por la generosa hospitalidad que le brindó el Marqués de Selva Alegre. Su hijo Carlos Montúfar acompañó a Humboldt al Chimborazo, cuya cima casi logran escalar —sin aparato de oxígeno, sin ninguna clase de equipo, solamente basados en sus fuerzas físicas y su energía moral. Casi más grande que su viaje fué sin embargo el trabajo tenaz durante decenas de años, dedicados por él después de su regreso a Europa en 1804 para aprovechar y definir los resultados de sus exploraciones en el entonces centro de todas las ciencias, París. Ellos llenan una larga fila de tomos. Para imprimirlos, para ilustrarlos con cobres, sacrificó su bienestar, después que su permanencia de cinco años en América Latina había ya abierto una fuerte brecha en su fortuna. Ni esto consiguió desalentarlo. Para estar seguro de una módica entrada, siguió una llamada de su Rey a Berlín en mil ochocientos veinte y seis, siendo nombrado Chambelán. No obstante él siguió aprovechando su fuerza de trabajo para la ciencia. Tenía setenta y cinco años de edad cuando comenzó a trazar la suma del trabajo de su vida en este prodigioso panorama, en cuatro tomos

de conocimientos y reconocimientos de las ciencias naturales de su tiempo, a la cual dió el nombre de "Cosmos". Aunque desde entonces en parte superado, el "Cosmos" sigue siendo una obra imperecedera del intelecto humano, ya que como en una inmensa revista condensa en sus páginas el saber de toda una época, interpretándolo con una potencia artística raramente alcanzada por los naturalistas. De este modo se introdujo y se mantuvo en la admiración de sus contemporáneos, no solamente en Alemania, sino en el mundo entero, ya que en todas partes se le veneraba como al maestro de la narración científica natural—, impresionante y cautivadora como una obra poética, porque al gran sabio un gran artista le llevaba la pluma, logrando no solamente comunicar su gran saber sino también darle vida.

Como mensajeros de nuestra Patria nos presentamos ante ustedes, orgullosos de este compatriota, orgullosos de esta oportunidad de reunirnos con los compatriotas de sus anfitriones de mil ochocientos dos para honrar su memoria, orgullosos de ser huéspedes de honor de la Capital del Ecuador, la que durante seis meses le dió hospitalidad. Nuevamente les agradecemos.





Profesor Dr. Carl Troll, nacido en 1899 en Baviera, es catedrático de geografía de la Universidad de Bonn y Director de su Instituto de Geografía con laboratorio para investigaciones petrológicas y sedimentológicas e hidroquímicas, Director del Grupo de Ciencias Naturales de la Sociedad de Naturalistas y Médicos Alemanes, miembro de diversas academias de ciencia y editor de la "Bonner Geographische Mitteilugen". Entre sus obras resaltan "Los Países Andinos Tropicales", "La Nieve Penitente en las Montañas del Mundo", "Geología y Clima Diluviales". El profesor Troll es profesor ad-honorem de la Academia Sueca y efectuó expediciones a los Andes, Himalaya y México.

Alejandro de Humboldt



L tiempo, huracán incontenible que sopla sin cesar sobre todo lo creado, va borrando las huellas de los hombres en su paso por la tierra. La humanidad, cual una catarata, se precipita cada día al hondo abismo del olvido. Pasa y se desvanece el recuerdo de los hombres, según dijo el poeta, "como las nubes, como las sombras". Pero hay hombres extraordinarios cuya huella ha quedado profundamente marcada en las cambiantes arenas del desierto; espíritus que se elevan sobre la multitud como faros puestos por la Providencia para señalar el camino de las conquistas que la especie humana realizó en los campos de la Ciencia y de las Artes; nombres que vencen la destructora acción del tiempo.

Siglos y siglos han pasado y aún resuenan gloriosos los nombres de Platón y Aristóteles, Pitágoras y Theofrasto, Tales y Anaximandro, Aristarco, Estrabón, Tolomeo y otros muchos sabios

de la antigüedad helénica. Cosmas, Roger Bacon, Alberto Magno, Vicente de Beauvais y más insignes varones de la injustamente llamada "tenebrosa Edad Media", contribuyeron poderosamente al conocimiento del universo y sus nombres son inmortales.

Desde esos remotos tiempos, la Ciencia, en su afanosa búsqueda de la verdad, ha levantado el velo de muchos misterios y ha rectificado las teorías de aquellas grandes inteligencias, limitadas por ser humanas; pero los destellos que lanzaron para discipar las sombras que ocultaban los fenómenos de la naturaleza, siempre brillarán en la historia con luz esplendorosa.

Una de esas figuras egregias de la humanidad, uno de esos nombres grabados con letras de oro en los anales de la cultura universal es el del Barón Alejandro de Humboldt.

Hace un siglo que la muerte cerró los ojos de este insigne hombre de ciencia. La humanidad no ha olvidado su nombre ni podía olvidarlo. Un siglo en que el estudio de la naturaleza ha avanzado con paso gigantesco, mostrando horizontes cada vez más vastos, ya en el campo de lo infinitamente pequeño al descubrir la maravillosa estructura del átomo; ya en la esfera de lo inmensamente grande, al intentar el dominio del espacio interplanetario; nuestro siglo, el siglo de los quanta, los rayos cósmicos y la física nuclear, mira todavía con admiración los múltiples descubrimientos y las geniales ideas del ilustre prusiano Alejandro von Humboldt.

Al desaparecer de la tierra sabios de la magnitud de Humboldt, es muy natural que los hombres llenos de pesadumbre se lamenten; mas el último día de su vida terrena, es el primero en la inmortalidad y su obra no desaparece con ellos: es la simiente para nuevos frutos, es otro eslabón en la áurea cadena de los conocimientos que permite adelantar más y más hacia la posesión de la Verdad. El centenario del

fallecimiento del intrépido viajero y gran naturalista es, por tanto, día de ensalzamiento y apoteosis, que invita a rememorar su fecunda vida, paradigma de futuras generaciones.

Georges von Humboldt, vástago de una antigua familia de Pomerania que desde fines del siglo XVII había servido con las armas y en la diplomacia al Elector de Brandembourg, después Rey de Prusia, fue nombrado Chambelán de Federico el Grande; era Oficial de Dragones y Consejero Real, cuando en 1765 compró el castillo de Tégel, antigua residencia campestre de la Casa Real de Prusia, situada al noroeste de Berlín. Allí se estableció con su esposa, Mlle. de Colomel de origen francés, y allí nació, el 14 de setiembre de 1769 su hijo menor Federico Enrique Alejandro de Humboldt.

A Tégel solía ir cada año el Príncipe de Prusia a visitar a la familia Humboldt y el inmortal Goethe conoció a Guillermo, el hijo mayor y a Alejandro, desde su infancia en aquella mansión solariega.

El primer Preceptor de esos niños de singular talento, que andando el tiempo serían gloria de Alemania, fue el célebre Campe, Capellán del Regimiento de Dragones de su padre.

Alejandro se distinguió desde niño por su afición a los libros de matemáticas y física y por su contracción al estudio que le impulsaba a buscar la compañía de los hombres de ciencia. Marcábase el contraste con el carácter de su hermano Guillermo, inmenso talento más inclinado a la vida política, a la literatura y a la poesía. La vocación de Alejandro para las ciencias naturales era tan clara como la de Guillermo para el servicio del Estado y la diplomacia; y no obstante la diferencia de caracteres, los dos hermanos eran muy unidos y se amaban entrañablemente. Ambos siguieron estudios superiores en la Universidad de Francfort y Alejandro un año en la de Gottingen. Allí trabó amistad con el inglés Forster,

compañero de Cook en su segundo viaje al rededor del mundo. Esta amistad contribuyó a acrecentar el anhelo de visitar tierras desconocidas, de viajar a países lejanos. Dice Alejandro que a la edad de 18 años ya había planeado sus viajes a la zona tórrida.

Acompañado de Forster inició exploraciones de naturalista en la Renania y fue fruto de esta excursión la primera obra que publicó, cuando sólo tenía 21 años, sobre los basaltos del Rhin.

Viajó luego por los Países Bajos, Inglaterra y Francia donde se aplicó al estudio de las lenguas vivas y en Hamburgo a la teneduría de libros y estadística. Pasó después a Freiberg a estudiar en la Escuela de Minas y allí escribió un trabajo sobre la flora subterránea y otros de diversa índole. El 26 de febrero de 1792 se graduó en ciencias, antes de cumplir 23 años. En aquel año fue nombrado Adjunto del Departamento de Minas, y tal fue su actividad y espíritu de organización, que bien pronto fue ascendido a Oficial Superior de Minas en Fichtelgebirge. Exploró los distritos mineros de Baviera, Galicia austríaca y Prusia. Un viaje geognóstico por el Tirol, la Lombardía y Suiza le perfeccionó en sus estudios de orografía y petrografía, dedicándose luego a investigaciones sobre el galvanismo, materia de una obra suya en dos volúmenes, publicados en 1797 y 99.

En la época en que Humboldt visitó Francia y desde mediados del siglo XVIII, reinaba allí una gran relajación de costumbres, pero al mismo tiempo, un intenso ambiente literario y científico embargaba a la sociedad toda. En París, Humboldt se relacionó con los más notables hombres de ciencia: Cuvier, Jussieu, Laplace, Delambre, Arago, Desfontaines, Monge, Fourcroy, Borda. Con unos perfeccionó sus estudios de astronomía, con otros los de anatomía y botánica; Vauquelin le dió lecciones de química, ciencia que no se enseñaba en Freiberg y que Humboldt había procurado aprender por sí solo.

La actividad científica de Humboldt era asombrosa. La curiosidad de inquirir la causa de todos los fenómenos de la naturaleza era incesante, y su afán de aprender le llevó a la admirable universalidad de conocimientos que poseyó. Todas las empresas las tomaba con apasionamiento; pero sabía distribuir el tiempo y reservar horas para el trato social y la amena conversación en los salones, donde conquistaba simpatías que no distraían sino momentáneamente su laboriosidad científica. Esta fue característica de toda su larga existencia.

Pero en medio de tanto trabajo intelectual su espíritu no estaba satisfecho; quería viajar fuera de Europa. En carta a Pictet le dice: "Ud. conoce mis inclinaciones y mi actividad. Vivo con todos los naturalistas; trabajo con Vauquelin en su laboratorio; he leído algunas memorias en el Instituto Nacional; estoy profundamente reconocido por la acogida que se me ha dispensado; pero estoy muriéndome de impaciencia por tener noticias del Mediterráneo. Quiero partir para Egipto en septiembre, después de haber visitado a Delambre en Perpignan. . . . Talleyrand, ministro del Interior, me ofreció darme toda clase de facilidades para el Oriente cuando fui presentado al Directorio."

El Museo de Historia Natural se empeñó para que Humboldt formara parte de la expedición científica que debía dar la vuelta al mundo en seis años, bajo el mando del Capitán Baudin. Humboldt prefería viajar independientemente y con sus propios recursos; pero le entusiasmó la idea de esta empresa y sufrió hasta decir "estoy loco de desesperación", cuando el Directorio, por circunstancias políticas y económicas, suspendió la ejecución del proyecto. Planeó entonces el viaje a Egipto y comprometió para que le acompañara a Aimé Bonpland, distinguido botánico que debía partir en la expedición de Baudin. Habiendo surgido obstáculos insuperables para el

viaje al país del Nilo, por la situación política de Europa, propúsose explorar la cordillera del Atlas en Africa, proyecto que también fracasó por análogos motivos. Pasó entonces a España. "Hice a pie la mayor parte del camino por la costa del Mediterráneo, desde Marsella" dice, y reseña sus observaciones en Valencia y Cataluña. Llegado a Madrid en compañía de Bonpland, que fue su inseparable compañero de viajes durante cinco años, resurgió con más fuerza el anhelo de realizar la gran travesía a las regiones equinocciales, a la América española que el Destino le tenía reservada para ser el mayor pedestal de su gloria. Porque si este Continente debe al ilustre viajero el que diera a conocer a Europa muchas de las olvidadas riquezas y maravillas que encierra, América, con la majestuosa belleza de sus montañas, con la asombrosa exhuberancia de sus selvas y la inmensa variedad de su flora, proporcionó al sabio un campo vastísimo para extender sus conocimientos y abundante material para sus más famosas, magistrales obras.

En Madrid, el Ministro de Carlos IV, Don Mariano Luis de Urquijo, —pariente de S. E. el actual Embajador de España en Quito— aplaudió su propósito de visitar el interior de los reinos de América española y le facilitó pasaportes y recomendaciones. En Aranjuez fue presentado al Rey quien extendió una cédula real para que libremente pudiera hacer toda clase de observaciones y experimentos, colectara plantas, animales y minerales, midiera las alturas de los montes etc., permiso verdaderamente excepcional concedido a un extranjero en aquella época.

Lleno de entusiasmo y de alegría Alejandro de Humboldt se embarcó en La Coruña, a bordo de la fragata "Pizarro" y partió para América el 5 de junio de 1799. Llegó a Cumaná el 16 de julio. Menos de 30 años tenía, pues, al pisar la tierra americana, objeto de sus ensueños desde temprana juventud. De Cumaná

fue a Caracas; visitó los territorios bañados por el Orinoco y sus afluentes; se embarcó para Cuba y allí, en vez de pasar a México para seguir a Filipinas, cambió de itinerario, pensando que podía incorporarse a la expedición del Capitán Baudin en Guayaquil y dirigirse con él al extremo Oriente; pero en lugar de embarcarse en el Pacífico prefirió el penoso viaje por el Magdalena para internarse en Nueva Granada y conocer al ilustre Mutis en Bogotá. Este le recibió con particular deferencia; hizo ver a Humboldt y a Bonpland el famoso herbario de la expedición botánica que dirigía el célebre sabio gaditano y le obsequió más de cien láminas grandes de las mejores de su Flora, las que fueron remitidas al Instituto Nacional de Ciencias de París. Este fue el primer contacto de Humboldt con nuestra Patria, pues esas láminas que le causaron admiración eran pintadas por el grupo de artistas quiteños mandados para colaborar en la Expedición Botánica. Humboldt apreció grandemente este obsequio e hizo extraordinarios elogios de la habilidad de los artistas de Quito, la capital célebre en los fastos de la astronomía por los trabajos de los Académicos franceses en el siglo XVIII.

Para Mutis guardó siempre altísima estimación: En carta a Don Sebastián López Ruiz no vacila en reconocer a Mutis como el descubridor de la Quina en el Nuevo Reino de Granada; y en otra dirigida desde México, el 22 de abril de 1803, a Don Antonio José Cavanilles, dice entre otras cosas que prueban el alma noble y bondadosa del Barón: "He visto con grande pena, lo que se ha escrito sobre las quinas, porque las ciencias no ganan nada, cuando en las discusiones se mezclan la hiel y las personalidades; y me ha afectado vivamente la manera como ha sido tratado un hombre tan venerable como Mutis."

Después de 4 meses de viaje a lomo de mula, Humboldt llegó al Ecuador en diciembre de 1801. A

Ibarra le salió al encuentro el sabio granadino Francisco José de Caldas y con él vino a Quito, donde llegó el 6 de enero de 1802. Su llegada fue un acontecimiento que conmovió a toda la sociedad. Las principales familias se disputaban por agasajarle y atenderle. Se alojó en casa del Marqués de Selva Alegre, Don Juan Pío Montúfar y Larrea. "La Casa de Selva Alegre, —dice el Padre Solano— era el lugar a donde iban los sabios extranjeros, porque hallaban en ella la franqueza, la liberalidad, la urbanidad etc. Chillo será un monumento tan célebre en Quito como la quinta de Mecenas, a donde concurrían los literatos y sabios de Roma". (Solano, Obras completas, tomo I, pág. 271).

Contrajo íntima amistad con Don Carlos Montúfar, hijo del Marqués y en su compañía exploró montañas y volcanes; dos veces llegó hasta el cráter del Pichincha, del que hizo una admirable descripción; ascendió al Antisana, al Cotopaxi, al Tungurahua y al Chimborazo, hasta una altura de 5.600 metros; visitó la base de triangulaciones realizadas por los Académicos de París y los restos arquitectónicos de la prehistoria ecuatoriana. Admiró la gran cantidad de libros raros y preciosos que guardaban las bibliotecas públicas y privadas de Quito. "País maravilloso" repite en muchas páginas de sus memorias.

De tal manera sentía Humboldt la hermosura de la naturaleza, la imponente majestad del paisaje americano, que no concebía el análisis frío de los diversos elementos que lo componen. Dice en las primeras páginas de "Cosmos": "El poder de la naturaleza se revela, por decirlo así, en la conexión de las impresiones, y en aquella unidad de emociones y afectos que, en cierto modo se producen súbitamente". Pocos como Humboldt podrán haberse extasiado ante nuestros campos y montañas. De ahí que sus obras tengan algo de un poema y que en las



Profesor Dr. Hermann Trimborn, nacido en 1901 en Bonn. Es catedrático de arqueología y etnografía iberoamericana de la Universidad de su ciudad natal y miembro corresponsal de la Academia de Madrid, donde fué catedrático.

Sus obras principales son: "Historia de la Civilización de la América Precolombina", y "Demonios y Hechiceros en el Imperio de los Incas", frutos de sus múltiples viajes de estudio en México, Ecuador, Bolivia, Perú y Brasil.

puras lucubraciones científicas se vea el espíritu de un esteta contemplativo de la creación. De allí la fuerza y la armonía del estilo que muchas veces se eleva hasta lo sublime y comunica al lector su entusiasmo admirativo. Contempla los fenómenos que se le presentan en un lugar y los compara con los diferentes aspectos que ofrecen en otros, facilitando así su comprensión cabal.

El centro de su actividad científica y social fue Quito. Dice Caldas, en una carta al insigne botánico Don José Celestino Mutis que muchas visitas importunas venían a interrumpir las conversaciones en las que el joven viajero derramaba raudales de conocimientos en todas las ciencias. Mas, Humboldt se daba tiempo para atender deberes sociales y cortesanos, para asistir a fiestas y saraos que se daban en su honor. Esto disgustaba al severo y taciturno Caldas, quien, de la admiración y entusiasmo más efusivo por el Barón, pasó a decepcionada apreciación y a criticar acerbamente su conducta en carta que escribió a su protector y maestro Mutis, el 21 de abril de 1802. Muéstrase resentido profundamente Caldas por haberse negado el Barón a que le acompañara en el viaje a Lima y a México; lo que es muy explicable, pues si Humboldt estimaba sinceramente a Caldas por su ciencia y afán de aprender, no podía armonizar con su carácter reservado y frío. (Véanse las "Cartas de Caldas" publicadas por Eduardo Posada y, además, "Expedición Botánica de José Celestino Mutis", por Diego Mendoza y la "Biografía" de Mutis por Federico Gredilla.)

En Latacunga, Ambato y Riobamba, que había sido destruída cinco años antes por el espantoso terremoto de 1797— hizo Humboldt importantes observaciones geológicas y vulcanológicas. Se internó en la región austral de las quinas, cruzó el río Marañón, anotando cuanto podía tener interés para la ciencia. Observador perspicaz, nada escapaba a su

atención y así sus relatos y descripciones vivas, claras, a veces vibrantes de poesía, tienen encantadora variedad y despiertan acrecentada admiración.

Dice Fray Vicente Solano: "Humboldt a los 28 años de edad era un sabio completo. . . Las ciencias le deben mucho y principalmente su viaje a América le transmitirá a la posteridad. Reunido con Bonpland recorrió nuestro continente haciendo observaciones físicas, geológicas, botánicas, etc., sin que los objetos más pequeños se escapasen a su sagacidad. Particularmente la botánica fue enriquecida por él, de suerte que hizo conocer a la Europa más de cinco mil especies y géneros incógnitos antes de su viaje". (Obras, Tomo I, pág. 265).

Después de visitar el Perú, pasó a México y Cuba. Allí reunió inmenso material para sus estupendas obras "Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España" y el "Ensayo sobre la Isla de Cuba"; en 1804, antes de regresar a Europa visitó Filadelfia y Washington, en donde el Presidente Jefferson le recibió con grandes honores. Llegó a Burdeos en agosto de aquel año, acompañado de Bonpland y de Montúfar. Llevaba 35 cajas de colecciones y más de seis mil especies de plantas.

En Europa fue recibido con entusiasmo por los hombres de ciencia que habían sido sus amigos y por otros como Gay-Lussac, Aragó, Volta, y grandes literatos como Chateaubriand y Lamartine. Este, no obstante la envidiosa y profunda antipatía que demuestra en la semblanza que escribió en "Souvenirs et Portraits", (París, 1862) no puede menos que proclamar que era un verdadero sabio y que "los Príncipes le consideraban como una piedra preciosa que ornamentaba su trono". En efecto, los monarcas de las Potencias europeas le prodigaban muestras de consideración y le conferían las más altas condecoraciones; las academias más célebres de ciencias y de artes, consideraban un honor contarle entre sus

miembros y el Rey de Prusia le nombró su Consejero privado, Director de Museos e hizo que le acompañara al Congreso de Verona.

En París, a fines de 1804 conoció y trató al entonces joven Simón Bolívar, el futuro Libertador de América, con quien el sabio naturalista germano y el ilustre botánico francés Bonpland conversaron largamente de los grandes recursos que encerraban las lejanas colonias españolas, de su situación política y social y del futuro a que estaban destinadas. No hay duda que tales conversaciones debieron influir poderosamente en el alma del inmortal venezolano.

Pocos meses después Humboldt fue a Italia para visitar a su ilustre hermano, el sabio filólogo y diplomático Guillermo. Aprovechó ese viaje para explorar el Vesubio que se hallaba en erupción.

De 1805 a 1807 publicó en Berlín sus hermosos "Cuadros de la Naturaleza" y luego en París, en 1807, el "Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente". Casi sin descanso, durante 27 años dió a luz nuevos trabajos que constituyen ese verdadero monumento bibliográfico de más de 30 volúmenes in folio y en 4º, sobre América.

No voy a seguir al infatigable viajero en sus sabias excursiones a los Montes Urales y al Altai en el Asia Central. En todos sus libros, prodigios de erudición, como la "Historia Crítica de la Geografía del Nuevo Mundo", fruto maravilloso de 30 años de trabajo; o en "Cosmos", la obra inmortal de sus enciclopédicos conocimientos, habla con calor afectuoso de América, "esa parte del mundo —dice— en donde soy extraordinariamente querido" y a donde siempre tuvo deseo de volver.

A los 81 años de edad seguía trabajando sin descanso y mantenía correspondencia con sabios de todo el mundo, siempre cortés y bondadoso.

Era de estatura mediana, de rasgos finos, frente alta y ancha coronada de cabellos blancos; ojos azules,

vivos con juvenil expresión; su boca casi siempre sonriente y benévola a veces algo sarcástica; su andar rápido, con la cabeza ligeramente inclinada. Su conversación era deleitosa por la variedad de conocimientos que ofrecía de modo natural, sin alarde, ni exhibición orgullosa de sabiduría, según dicen los que tuvieron la fortuna de tratarle. Goethe escribía en 1826: "Alejandro de Humboldt ha pasado conmigo algunas horas esta mañana. ¡Qué hombre! Le conozco desde hace largo tiempo y sin embargo mi admiración por él se renueva cada vez que con él hablo. Puedo afirmar que entre mis conocidos no tiene parecido. . . De cualquiera materia que se trate, él derrama sus tesoros intelectuales. Parece una fuente de diversos surtidores inagotables."

Cerca de 90 años tenía Alejandro de Humboldt cuando su luminosa existencia sobre la tierra llegó a su fin. Un siglo ha pasado y su figura eminente de sabio y de hombre, de investigador y de artista, se nos presenta agigantada por el tiempo, viva en esta tierra que él tanto amó y en donde fue y sigue siendo intensamente querido y admirado.

Carlos Manuel Larrea

Quito, mayo de 1959



Humboldt y Caldas en Quito

Las desilusiones de un Sabio según su correspondencia

Por J. Roberto Páez



OCOS libros tan interesantes y dignos de figurar en la biblioteca de un amante de la cultura, como el que en Bogotá editó el año de 1917 don Eduardo Posada, con el título de CARTAS DE CALDAS, dentro de la "Biblioteca de Historia Nacional", cuyo volumen XV viene a ser este precioso tomo, sin cuya lectura no podríamos conocer debidamente el alma de ese sabio que no supo de otros amores que los de la ciencia y la libertad: Francisco José de Caldas, nacido en Popayán el año de 1770 y asesinado "en nombre del Rey de España y sin fórmula alguna de juicio", como

escribió González Suárez, en Bogotá el 29 de octubre de 1816 al cumplir apenas cuarenta y seis años de edad.

Al General Joaquín Acosta debemos el que haya llegado hasta nosotros completo el "**Semanario de la Nueva Granada**", publicado, como en él se lee, "por una sociedad de patriotas granadinos, bajo la dirección de Caldas". Según nuestro Arzobispo de Quito, Federico González Suárez, el "**Semanario de Caldas**" cuya publicación se inició el 3 de Enero de 1808 había sido: "Por el número de sus artículos sin excluir ni siquiera uno sólo, la corrección del lenguaje, la amenidad del estilo y la importancia de todos los escritos, una publicación verdaderamente monumental, la única que vivirá mientras haya amor a la ciencia."

Si el **Semanario de Caldas** es honra imperecedera de la ciencia americana, las CARTAS publicadas por Posada, nos descubren por entero el alma delicada del payanés, sus preocupaciones, sus afectos, y ante todo confirman lo que escribió González Suárez en 1907, cuando publicó la "**Memoria de Caldas Sobre las Quinas**". No era, dijo, deseo, era hambre y hambre insaciable la que de ciencia tenía Caldas: las matemáticas, la geografía, la geodesia, la mineralogía, la zoología, la botánica, la meteorología y la astronomía fueron las ciencias que desde un principio comenzó a estudiar; después se dedicó a la náutica, a la ingeniería y a las fortificaciones; cultivó la física y en ella fue eminente; no ignoraba la topografía, ni le eran desconocidas la estadística ni la economía política.

El ilustre sabio granadino, don José Celestino Mutis, residente en la Nueva Granada, no encontró persona más llamada para que estudiara la naturaleza en tierras ecuatorianas, como parte de los trabajos de la **Expedición Botánica de Bogotá**, que su discípulo predilecto, Francisco José de Caldas. Coincidió esta

honrosa comisión con el anuncio de la llegada a suelo colombiano de ese al que nuestro gran Arzobispo ha llamado: "el más ilustre de los viajeros que han visitado las tierras americanas", Alejandro de Humboldt.

A Caldas no le era desconocida la valía de Humboldt. Se hallaba en Popayán preparando viaje a Quito cuando se enteró del próximo arribo de Humboldt a Bogotá y del propósito que tenía de ir al Perú pasando por suelo quiteño. El veinte de Julio de 1801 escribe Caldas a Santa Fe a don Santiago Arroyo y le dice:

"Seguiría el Consejo de usted y aguardaría al Barón para seguir con él a Quito si este sabio estuviera en ésta en todo Julio; pero esto no puede ser, habiendo entrando en Santafé el 5 del mismo mes. Dígame usted ¿podemos esperar algo de útil y sabio de un hombre que va ha atravesar el Reino con la mayor velocidad? ¿Es de creer que haga buenas observaciones astronómicas, físicas, mineralógicas y botánicas en tres o cuatro meses? Suspendamos nuestros juicios hasta que veamos las producciones de este prusiano."

Humboldt y Bonpland llegaron el día 30 de Marzo de 1801 al puerto de Cartagena, en la actual Colombia, y el 8 de Septiembre del mismo año salían de Bogotá para internarse en el valle del Magdalena. El 6 de Enero de 1802 llegaban los viajeros a la ciudad de Quito.

La primera carta de Caldas fechada en Quito y dirigida a don Santiago Arroyo y Valencia, es del 21 de Septiembre de 1801, en ella le dice:

"De Humboldt nada sé desde que salí de Popayán. Estoy resuelto a seguir al Barón a Guayaquil y esperarle en Ibarra, procurando instruirme y chupar cuanto me sea posible de este sabio viajero, para ilustrarnos alguna cosita y salir de la barbárie. Usted no deje de insinuársele y recomendarme para que me trate con distinción y me enseñe".

El 6 de Octubre, siempre de Quito vuelve a insistir en el tema: "Qué grandes esperanzas tengo de aprender algo en química, en geografía, astronomía, minería, botánica, etc. No dudo que usted y más amigos se habrán insinuado con el barón para que me trate con afabilidad y para que me enseñe: es verdad que el fondo de su carácter es la bondad."

La modestia y humildad, características del verdadero sabio por cierto, de Caldas son incomparables. Juzga que nada sabe y que lo puede aprender todo si logra acercarse a Humboldt y él le enseña lo que ya domina. En la misma carta de 6 de Octubre, se halla el famoso testimonio del ilustre payanés sobre los libros que él encontró en la ciudad de Quito:

"He visto aquí exquisitos libros y en gran copia: no hay particular que no los tenga, en mucha o en corta cantidad, y me parece que en esto hace ventaja a Santafé. Yo no conocí allá las Memorias de la Academia Real de Ciencias, y aquí hay tres ejemplares; el uno llega hasta muy cerca de nosotros; muchas obras de Linneo y de otros botánicos; en fin hay libros buenos en todo género."

El 21 de Diciembre de 1801 escribe Caldas a su amigo Arroyo: "El Barón de Humboldt está muy cerca de nosotros; salió de Popayán el de 27 de Noviembre y yo me hallo afanado con el viaje a Ibarra. Quiero tratar a solas y libre del tropel de aduladores, a este hombre grande; quiero manifestarle mis observaciones en todo género y recibir sabias lecciones sobre ellas. Qué esperanzas tan fundadas tengo de formarme astrónomo. Cuando haya tratado al Barón, cuando haya viajado con él, tendré un inmenso material para comunicar a usted y recompensar las noticias que me ha dado de este viajero."

Por fin llegó el momento tan anhelado por Caldas: el de conocer a Humboldt. Le avisa así a Santiago Arroyo, el 21 de Enero de 1802 desde Quito:



Profesor Dr. Rudolf Grossmann, nacido en Rosario, Es catedrático de filología romana y de historia de la civilización hispanoamericana de la Universidad de Hamburgo, Director del Instituto Ibero-Americano de la misma ciudad, profesor honorario de la Universidad de México, miembro de la Real Academia Española y corresponsal de diversas otras academias. Su obra principal es, entre muchas, el celebrado diccionario de las lenguas española y alemana, en colaboración con el profesor Slaby, y "Términos Extranjeros en el Español del Río de la Plata".

“Qué ingrato sería yo si no le comunicase cuánto me ha pasado y cuánto me ha enseñado el Barón de Humboldt, este joven prusiano, superior a cuantos elogios se pueden hacer.”

Luego relata cómo salió a esperar a Humboldt en Ibarra y dice:

“Le hallé en Ibarra el 31 de Diciembre de 1801 a las once del día. ¡Qué momento tan feliz para mí, amante entusiasta de las ciencias! Yo fui el primero que me le presenté, y sin detenerse un instante me preguntó: ¿usted es el señor Caldas? A lo que contesté lo que correspondía. Desde este momento me comenzó a tratar con una franqueza y liberalidad sin igual. “Qué noticias tan exactas trae de mis cosas y de mí; qué opinión tan ventajosa formada por los informes de mis amigos. Así que llegamos a Ibarra comí con él, y publicamente se volvió a mí y me dijo: “He visto los preciosos trabajos de usted en astronomía y geografía. Me los han enseñado en Popayán”. Después que abrió sus cofres me mostró el manuscrito de observaciones astronómicas. He visto un elogio en francés que no merezco: “es sorprendente que este joven americano se haya elevado hasta las más delicadas observaciones de la astronomía por sí mismo, y con unos instrumentos hechos de sus manos”, con otro montón de cosas que no quiero referir. Después de leer mi manuscritos dijo en una tertulia que mis observaciones astronómicas están más bien ejecutadas que las de Jorge Juan. ¡Que no pueda en los estrechos límites de esta carta decir a usted cuándo me ha dicho y cuándo me ha enseñado este hombre singular y raro! El uso y la forma de todos sus instrumentos; las experiencias, y sobre todo sus discursos, me arrebatan y me hacen sentir anticipadamente el dolor mortal de perderlo. Este amor de la sabiduría, esta sed insaciable de saber ha llegado a mí a tal punto, que ya se equivoca con el furor y con la desesperación!”

Y apunta, luego, la que será en adelante su gran obsesión: hallar los medios económicos para poder viajar junto a Humboldt. Escribe en la misma carta:

“¿Habrá, mi amigo, algún medio de hallar apoyo siquiera para recorrer la América con Humboldt? Si mi amor propio no me engaña, me parece que sacaría grandes utilidades el Reino entero, si éste me sostuviese en una correría semejante.”

Enumera, luego, todo lo que se podría esperar de un viaje con Humboldt en bien de la ciencia y de sus aplicaciones prácticas, y añade que va a escribir a Mutis y le va a pedir apoyo para poder viajar con Humboldt siquiera hasta México. En los diez y ocho días que ha estado con Humboldt declara que ha aprendido multitud de cosas importantes; “en astronomía ya no me conozo”. En seis meses de trabajar con el sabio alemán, dice, “me formaba”. Para mayor fortuna de Caldas, Bonpland le ha franqueado sus libros de botánica y le ha enseñado todo cuanto podía interesarle dándole de viva voz mil explicaciones. De continuar así, dice el payanés, ¡qué hombre volvería al seno de mis amigos al fin de dos años!

El 6 de Febrero de 1802 escribe una larga carta a Mutis, su maestro y su benefactor, para tratarle del mismo asunto: lo provechoso que sería para todos si pudiera ir con Humboldt hasta México, del que dice: “A principios de Junio de este año sigue por tierra a Lima, reconociendo, si se puede, las misiones de Maynas y todos el país que hay entre Quito y la Capital del Perú”. Una visita de América en compañía del Barón sería para Caldas la escuela en que se perfeccionarían todos sus conocimientos, con indudable ventaja de la patria. “Las minas del Perú y de México visitadas al lado del Consejero Supremo de las minas de Prusia, le pondrían en estado de dirigir con inteligencia las nuestras”. Enumera, luego, todos los cultivos, todas las industrias que reportarían ventaja del viaje de ese hombre que sólo había

nacido para acopiar cuanta ciencia cupiera en cerebro humano, sin que le interesara otra cosa de este mundo.

Para Caldas hubo unos pocos días de intensa felicidad, acaso los más venturosos de su corta vida: Humboldt ha salido de Quito para ir a trabajar en una bellísima casa situada en el Valle de Chillo y le ha llevado a él como compañero de labores. Es la propiedad que allá posee el Marqués de Selva Alegre, cuyo hijo, Carlos Montúfar, es también amigo de Humboldt, habrá de acompañarle en su viaje a Europa y rendirá más tarde el tributo de su vida por la causa de la Libertad de América, al ser fusilado por los españoles en Buga.

La extensa carta que desde Chillo dirige a don Antonio Arboleda el seis de Marzo de 1802, detalla todo lo que ha aprendido con Humboldt y copia también lo que ha escrito en su alabanza el sabio alemán, de cuya compañía está cada vez más ansioso.

Un mes más tarde sobreviene la catástrofe. Mutis, el ensigne don Celestino Mutis, que para los asuntos de cultura no conoce límite y al que la Nueva Granada debe servicios incontables, ha escrito a Humboldt y le ha encarecido lleve en su compañía a Caldas hasta México, siendo los gastos del viaje, naturalmente, de cuenta de Mutis. Luego ha escrito a Caldas y con la carta le ha enviado los fondos necesarios para el anhelado viaje, que de tanto provecho va a ser para todos.

El tres de abril de 1802 acude Caldas loco de alegría a casa de Humboldt, que está ya en Quito de regreso de Chillo, y no le halla. Vuelve más tarde y le habla de la carta que ha recibido de Mutis. Humboldt comienza por decirle que nada sabe del asunto y que no ha recibido pedido alguno de don Celestino y por fin, ante la insistencia de Caldas que le enseñe todo lo que ha llegado a su poder, confiesa con franqueza que es cierto que Mutis le ha escrito,

pero que él no podrá de ninguna manera llevar a Caldas en su compañía. Su resolución es definitiva e invariable a este respecto.

La carta del 6 de abril en que Caldas comunica estos particulares a Mutis es desgarradora:

“Jamás pensé, dice, que quien me había hecho en sus Diarios un elogio superior a mis méritos, no me permitiera acompañarlo al Perú y a Méjico. Qué rayo, qué golpe tan terrible sufre mi corazón. Del colmo de mi gloria, en un momento paso a la melancolía más profunda y a la desesperación.”

Trata de encontrar explicación para esta conducta inexplicable de Humboldt y la halla en lo que él llama “diversidad de caracteres que distingue a los dos:”

“Humboldt tiene una viveza que ya toca en inquietud; locuaz, amante de las diversiones y la sociedad; el segundo (Caldas) con un fondo de actividad, conserva lentitud en sus operaciones; taciturno, de una vida un poco austera y amante del retiro, rara vez risueño, no salta, no canta, no corre, no lucha. Una conducta severa y tranquila no es del gusto del Barón”. A sí pues, Caldas no acompañará a Humboldt en su viaje por los países de América. Se quedará en Quito hasta 1805, mucho tiempo después de que el sabio alemán dejara el territorio quiteño. Fue ésta la gran desilusión y el gran dolor del payanés, cuya vida consagrada al cultivo de las ciencias nada supo de otros alicientes ni atractivos de este mundo.

Humboldt debió sentir en el fondo de su ser un gran pesar por la negativa que había dado a Caldas al que de veras admiraba y apreciaba. Lo prueba el hecho de haber tratado de aplacar su resentimiento de la mejor manera, en lo posterior. Estando en Quito, fue a su casa y le pidió le acompañara a la segunda ascensión que iba a hacer al Pichincha, ya que para la primera se había excusado Caldas de ir

en su compañía, como Humboldt le había insinuado lo hiciera. De esa ascensión al Pichincha hay una bellísima página de Caldas en las Cartas publicadas por don Eduardo Posada. Cuando salió de Quito Humboldt, le envió sus estudios; le regaló libros y plantas. Lo dice así la carta del 21 de abril de 1803 que Caldas escribe a Mutis:

“El señor Barón de Humboldt me ha escrito misivas llenas de expresiones de cariño, y me manda a presentar un cajón de libros de historia natural y de matemáticas; entre ellos muchos en alemán. Yo no entiendo esta lengua y he pensado remitírselos a usted, en compañía de las plantas.”

Al traer a la memoria, con motivo del Primer Centenario de la muerte de Humboldt los nombres y los hechos de los que en un momento dado visitaron nuestra Patria y en ella trabajaron y vivieron, no se puede menos de pensar, con cierta melancolía, en cuán hermoso habría sido el gesto del gran investigador alemán si venciendo todo sentimiento en contrario, hubiera consentido en llevar en su compañía al hijo de Popayán que en su corta vida de sólo cuarenta y seis años logró dejarnos cuarenta y un trabajos científicos, según la lista que de ellos formuló Diego Mendoza en el bello libro que escribió en 1909 sobre “La expedición botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada.”



Alejandro de Humboldt juzgado por
Don Marcelino Menéndez y Pelayo



LEJANDRO Humboldt (1769—1859), el admirable explorador y viajero, que llevó de frente todas las ciencias naturales, y supo, exponiendo sus resultados, dejar a la vez que un gran nombre científico, un nombre literario casi único, como expositor animado y brillante de los fenómenos del **Cosmos** y de sus relaciones armónicas, es el gran maestro de la **Física estética**, tratada antes de un modo vago y superficial por Bernardino de Saint-Pierre. Sólo Humboldt era capaz de escribir tal obra, por lo mismo que no se había encerrado en una ciencia particular, sino que había visto los nexos y correlaciones de todas, logrando los mayores resultados de la aplicación de unas a otras. Por otra parte, en Humboldt, a pesar de no ser hombre de muy

ardiente fantasía, la contemplación científica se confundió muchas veces con la contemplación estética; el naturalista cede a cada paso la palabra al viajero entusiasta, no sólo en los "Cuadros de la Naturaleza" y en los "Paisajes de las Cordilleras", sino en infinitos lugares del "Cosmos", al cual preceden unas "Consideraciones sobre los diversos grados de placer que causan el aspecto de la naturaleza y el estudio de sus leyes", y en el cual hay un volumen entero, quizá el más excelente, consagrado a estudiar el reflejo del mundo exterior en la imaginación del hombre, el sentimiento de la naturaleza según las razas y los tiempos, la literatura descriptiva, la influencia de la pintura de paisaje sobre el estudio de la naturaleza, el arte del dibujo aplicado a la fisonomía de las plantas, los efectos del contraste producido por la fisonomía característica de los vegetales, y, finalmente, el desarrollo progresivo de la idea del universo en la mente humana. El mundo reflejado en la poesía, en el arte y en la ciencia: cuadro ciertamente vasto y magnífico en el cual la ejecución es digna de la grandeza del asunto. El estudio científico del sentimiento de la naturaleza, arranca del segundo volumen del "Cosmos", verdadero inspirador del bello libro de Víctor de Laprade y de tantos otros. (1)



(1) (Tomado de la Obra de don Marcelino Menéndez y Pelayo: "Historia de las Ideas Estéticas en España", tomo VII, páginas 198—199.—Madrid, año de 1907, Imprenta de la Viuda e Hijos de M. Tello).

Federico Enrique Alejandro

Barón de Humboldt



ECIA Fontenelle, hablando de Leibnitz, que era un hombre que llevaba delante todas las ciencias. Se puede aplicar este dicho a Humboldt con mucha razón. Astrónomo, geógrafo, físico, mineralogista, matemático, geólogo, botánico, zoologista, químico, historiador. . . Humboldt a los veintiocho años de edad era un sabio completo. Nacido de una familia ilustre y rica de Berlín, lejos de seguir los halagos de la fortuna, se dedicó a cultivar las ciencias, empleando su dinero en hacer colecciones y viajes. Las ciencias le deben mucho, y principalmente su viaje a América le transmitirá a la posteridad. Reunido con Bonpland recorrió nuestro continente haciendo observaciones físicas, geológicas, botánicas, etc., sin que los objetos más pequeños se



El jóven Alexander von Humboldt, dibujado por Francois Gérard, 1795.

Alexander von Humboldt, dirigiéndose en 1790 a su amigo Wegener, dice:

“Existe una fuerza en mí, que me hace creer que voy a perder el poco de entendimiento que tengo, pero esta fuerza es necesaria para dedicarse de lleno a los fines elevados.”

escapasen a su sagacidad. Particularmente la botánica fue enriquecida por él, de suerte que hizo conocer a la Europa más de cinco mil especies y géneros, incógnitos antes de su viaje. Los que le han seguido, muy poco han adelantado en los países equinocciales. Humboldt les ha dejado una cosecha inmensa.

Si como sabio es apreciable, lo es también como viajero. ¡Con qué moderación nos habla de los usos y costumbres de los americanos! Muy diferente en esto de otros viajeros, que llenan sus Memorias de minucias sobre el culto, sobre las costumbres, sobre los alimentos, etc., de los pueblos que recorren. Piensan que dilatándose en críticas amargas y aglomerando noticias, que poco o nada importan a los sabios, han de hacer el papel de buenos observadores. En Humboldt todo se reduce a la ciencia; y se puede decir que no hay línea en sus escritos que no contenga alguna instrucción útil.

Los americanos jamás deben olvidarse de Humboldt: los escritos de este sabio les han hecho conocer el país en que viven, como un maestro enseña a sus discípulos los primeros elementos de las artes y ciencias. Humboldt merece una estatua en América.

Cada vez que encuentro una planta en algún lugar designado por él, me viene a la imaginación su presencia: ¡aquí estuvo Humboldt! digo para mí solo, cuando voy en compañía de otros. ¡Gracias a Humboldt sé la altura en que me hallo con respecto al nivel del mar! No puedo dejar de referir lo que en cierta ocasión me sucedió. Había leído, en la parte botánica, que entre Burgay y Deleg se halla una nueva especie de *aralia*, descrita por este sabio con el nombre de *aralia avicenioides folia*. Por cerciorarme fui a buscarla en el sitio donde crece; y en efecto, la encontré en el punto en que se comienza a descender al lugar llamado Verdeloma. Hay allí mucha abundancia de estas plantas, y ellas me

excitaron estas reflexiones: "Aquí estuvieron Humboldt y Bonpland. ¿Cuál será la planta que les sirvió de modelo para sus descripciones? ¿O serán otras las que existen ahora? ¡Qué conversación tan amable no tendría yo con estos sabios en esta soledad sobre las plantas y sobre otras materias! Confuso con estas ideas, daba vueltas en aquel recinto de aralias, y me parecía que en toda aquella colina circulaban los manes de Bonpland y las sombras de Humboldt: esto me causó tal consternación, que me apresuré a salir de aquel lugar, corriendo a rienda suelta, hasta que pudo distraerme en bastante espacio el encuentro de un amigo.

Los sabios, o no deben nacer, o no deben morir. Para consuelo de las ciencias, vive todavía Humboldt. (1).



(1) Tomado de: Obras de Fray Vicente Solano de la Orden de Menores en la República del Ecuador, precedidas de la Biografía del Autor por Antonio Borrero C.—Tomo I Barcelona 1892 (Páginas: 265—266)

* El Retrato de Humboldt
por Antonio Cortés y Alcocer



ESENGAÑADO el sabio D. José Celestino Mutis de los compañeros de trabajo; pues Antonio García, el primer pintor de la Expedición Botánica, tuvo que retirarse por enfermedad en 1784; José Calzado el pintor malagueño, murió en Bogotá el 9 de Marzo de 1780 sin haber dado una pincelada y Sebastián Méndez, peruano, alumno de Maella, hizo doce láminas muy malas, dirigió sus miradas a Quito, en lugar de España ya que no encontraba un sólo pintor en el medio aletargado de la Nueva Granada. Las gestiones oficiales del Ilustrísimo Señor Caballero y Góngora ante el Presidente de la Real Audiencia de Quito, Don Juan José Villalengua y Marfil, y después ante el fiscal del Reino, don Juan Antonio Mora, obtuvieron para la expedición diez artistas que

fueron llegando sucesivamente en tres cuadrillas, según la frase de Mutis. Un recuerdo emocionado merece el maestro José Cortés y Alcocer que envió a tres de sus hijos al lado de Mutis y le procuró después nuevos pintores.

Estos fueron: Salvador Rizo, Francisco Javier Matiz, colombianos. Antonio Cortés, Nicolás Cortés, Vicente Sánchez, Antonio Barrionuevo, Manuel Martínez, Francisco Villarroel y Merino.

A principios de 1801 visitó Humboldt acompañado de Bonpland a Mutis y admirando las láminas preparadas para la obra monumental de la Flora de la Nueva Granada, Mutis le obsequió a Humboldt cien láminas de las mejores de su flora pintadas por los artistas ecuatorianos, las mismas que fueron remitidas al Instituto de Ciencias de París. Estas láminas admiradas por cuantos las ven son en opinión de Gredilla, "no sólo prodigiosos modelos de dibujos, sino que están bellas y primorosamente iluminadas con una paciencia y precaución admirables."

Antonio Cortés y Alcocer trabajó a las órdenes de Mutis, doce años, de Julio de 1787 a Julio de 1798. Era el mayor de los tres hijos del célebre José Cortés y Alcocer y tan buen artista como su padre. Cuando Humboldt le conoció encantado en el arte y el buen gusto de él, le pidió que le retratara y lo hizo con tanto cariño que, retratado y retratista quedaron satisfechos de su trabajo. Pintó 72 íconos en color y todos de exquisito arte. La mayor parte son composiciones, verdaderas decoraciones en color ejecutadas con un arte admirable. Su dibujo es seguro y firme y su colorido puro y transparente y el todo ejecutado con verdadera pasión de artista sobrio y dueño de sí. Se radicó en Santa Fé y murió en 1813. En los últimos años se dedicó al comercio, pero sin descuidar la pintura.

J. G. Navarro

MEMORIA HISTORICA

SOBRE MUTIS

Y LA EXPEDICION BOTANICA

DE BOGOTA,

EN EL SIGLO XVIII

1782 - 1808

POR FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

OBISPO DE IBARRA

Humboldt y la
Expedición Botánica de Bogotá

CAPITULO PRIMERO

ESTADO DEL VIRREINATO DE SANTA FE
A FINES DEL SIGLO PASADO

Introducción.—Reinado de Carlos Tercero.—Reformas en la enseñanza.—Humboldt proyecta su viaje a la América.



I

NOTABLE ignorancia hay, por lo regular, en cuanto a la naturaleza de los hechos importantes acaecidos en la época del Gobierno de la Colonia en América, cuando estos pueblos, que hoy forman naciones independientes, hacían parte de la vasta monarquía española: el espíritu de partido

ha desfigurado no pocos sucesos; y el amor patrio resentido ha contribuido a falsear las cosas, describiéndolas desde un punto de vista engañoso; empero, tiempo es ya de que se conozca la verdadera índole del Gobierno Colonial, y de que se le haga justicia, alabando lo que sea digno de alabanza y condenando solamente lo que mereciere censura y reprobación, sin que juzguemos los hechos con un criterio apasionado. ¿Será cierto que, durante las tres centurias de vida colonial, no hubo más que atraso e ignorancia en estas regiones? Será exacto que las colonias carecían completamente de luces y de ilustración, y que no brilló en ellas ningún ingenio digno de pasar con gloria a la posteridad? Habrá verdad en asegurar que todos los Reyes de España, desde Carlos Quinto hasta Fernando Séptimo, no hicieron nada por el cultivo y progreso de las letras en América, y que las ciencias no les son deudoras de ningún beneficio ni de ningún estímulo? La Historia debe hablar la verdad, sin contemporizar con las pasiones, reconociendo generosamente el mérito donde lo hubiere.

La suerte de las Colonias españolas de América no podía menos de seguir la de su Metrópoli: Los reinados de Carlos Quinto y de Felipe Segundo fueron, para estas tierras, época de conquistas y de fundación y establecimiento de poblaciones: todo el siglo décimo séptimo transcurrió con varia fortuna, decayendo lamentablemente la monarquía bajo el cetro de los Reyes de la casa de Austria, cuya enfermiza dinastía terminó con el desgraciado Carlos Segundo: en el siglo décimo octavo principia para España, al advenimiento de los Borbones bajo Felipe Quinto, una era nueva de renovación y de esperanza, en la que de lejos se prepara la reorganización de la monarquía, que, al fin, pudo llevarse a cabo en tiempo de Carlos Tercero. Pasa de Nápoles a España este Monarca, busca Ministros hábiles y, animado del más sincero deseo de hacer el bien, acomete empresas

útiles, emprende reformas administrativas necesarias y promueve por diversos caminos el adelanto de la Nación. Carlos Tercero poseía en alto grado dos prendas o virtudes morales, muy dignas de un Rey: amaba de veras el bien de sus pueblos, y era firme en poner por obra los propósitos que le parecían convenientes para realizarlos; así fue, que bajo su gobierno, la monarquía despertó de aquel estado de postración, en que se hallaba como aletargada en los reinados anteriores, y principió a participar del movimiento, con que se agitaban por aquel entonces varias naciones de Europa, merced al impulso, que, así en bueno como en mal sentido, habían impreso a la sociedad las ideas y doctrinas dominantes en el mundo.

Carlos Tercero convirtió su atención a los estudios universitarios e introdujo cambios notables en las enseñanzas, obligando a aceptar reformas útiles; con lo cual hirió de muerte las rutinas y preparó el campo a ciencias nuevas y hasta entonces poco o mal cultivadas en España. Fundó el Jardín Botánico de Madrid y el Museo de Historia natural, y favoreció, con larga mano el estudio de las Ciencias naturales, concediendo premios y haciendo mercedes a los ingenios que las cultivaban. La América no podía quedar desatendida en aquella renovación de los estudios y en ese como florecimiento de las Ciencias naturales en la Metrópoli; antes despertó la curiosidad de los sabios con el atractivo mágico de lo desconocido e inexplorado, haciendo que el mismo Monarca cayera en la cuenta del inmenso campo que ofrecía a la investigación científica el Nuevo Continente, hasta entonces famoso solamente por sus ricos e inexhaustos mineros de metales preciosos. El continente americano era en aquella época verdaderamente un mundo nuevo para la ciencia, y con los secretos de su todavía no estudiada naturaleza estaba llamando la atención de todos los sabios, que volvían hacia estas zonas sus

miradas, ansiosos de conocer sus fenómenos naturales y de estudiarlos con esmero (1).

Ocurrió en aquellos mismos días del reinado de Carlos Tercero una circunstancia notable, que hizo dar de repente un gran paso de adelanto a la ciencia en sus investigaciones sobre la naturaleza en América, y fue el viaje científico que proyectó y emprendió a estas regiones el célebre Barón de Humboldt, uno de los mayores sabios de este siglo. La América había estado hasta entonces cerrada a las exploraciones de los viajeros extranjeros; pues, por razones políticas de Estado, los soberanos españoles no permitían el tráfico y comercio libre de las demás naciones de Europa con sus colonias de América; y las trabas que imponía la autoridad, por una parte; y por otra, los gravísimos inconvenientes de un viaje por América hacían punto menos que imposible una exploración puramente científica a estas apartadas y casi desconocidas comarcas del hemisferio occidental. Propúsose verificar un viaje o excursión científica a estos puntos el Barón de Humboldt, animado de su insaciable deseo de saber, y estimulado por el aguijón de la gloria; pues no poca le prometía el descubrimiento de los arcanos de la naturaleza y de los secretos de la historia de las razas indígenas, que yacían hasta entonces ignorados en el inmenso mundo, que, hacía tres siglos, había sido arrebatado a las olas del Océano por el genio sublime y la constancia de Colón.

-
- (1) LAFUENTE (Modesto).—Historia general de España: (Tomo décimo quinto, en la edición de Barcelona.—Montaner y Simón 1889).
COXE.—España bajo el reinado de la Casa de Borbón. (Tomo cuarto, en la traducción castellana. Madrid, 1847).
FERRER DEL RIO.—Historia del reinado de Carlos Tercero. (Tomo cuarto. Madrid, 1856).
JOVELLANOS.—Elogio de Carlos Tercero, (Biblioteca de autores españoles. Obras de Jovellanos, tomo primero, Madrid, 1858).

Armóse, pues, de amor ardiente a la ciencia, y acometió Humboldt la gloriosa empresa de descubrir para las Ciencias naturales y de observación el Nuevo Mundo que hasta entonces, bajo ese respecto estaba desconocido. Solicitó permiso del Rey de España para pasar a América y recorrer los territorios de Méjico, de Venezuela, de Colombia y del Perú, comprendidos entonces en los tres extensos Virreinos de Nueva España, del Nuevo Reino de Granada y de Lima; y obtuvo además licencia para visitar la Isla de Cuba. El Gobierno Español comunicó a los Virreyes de Indias la autorización que había concedido a Humboldt para viajar por América, anunciándoles el objeto que el Barón se proponía en su viaje, y haciéndoles varias advertencias sobre la manera cómo debían tratarlo, vigilando todos sus pasos con grande reserva y mucha cautela.

Gobernaba entonces el Nuevo Reino de Granada, con el cargo y la dignidad de Virrey, el Arzobispo de Bogotá don Antonio Caballero y Góngora, Prelado de partes notables y aventajadas, y tan celoso de la honra nacional, que no pudo recibir con indiferencia la noticia del permiso concedido por el Rey a Humboldt para visitar la América, pues le pareció que era mengua para España el que los extranjeros fuesen los primeros que hicieran investigaciones científicas en estas partes, arrebatando a los españoles la gloria de los descubrimientos en Ciencias naturales; y así representó al Gobierno cuán conveniente sería nombrar una comisión compuesta solamente de nacionales, para que exploraran el territorio del Nuevo Reino, antes de la llegada del sabio prusiano, a fin de que no le quedará a éste la gloria de haber sido el primero en descubrir y dar a conocer a Europa las maravillas de la naturaleza en América. Hizo más todavía el benemérito Prelado: Nombró por si mismo, antes de recibir autorización del Gobierno, una comisión científica provisional, con el nombre de

Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, compuesta de Mutis, a quien confió el cargo de Director, del Doctor Eloy Valenzuela y de un dibujante apellidado García. Esto sucedía a principios del año de 1782”.....

CAPITULO CUARTO

RESULTADOS DE LA EXPEDICION BOTANICA DE BOGOTA.

Llegada del Barón de Humboldt a Bogotá.— Muerte de Mutis.— Sus trabajos sobre la Quina.— Otros escritos de Mutis.

I

.....

“Entre tanto, Humboldt, el más ilustre de los viajeros que han visitado las tierras americanas, logrando, por fin, dar cima a su proyecto de recorrer el Nuevo Mundo, examinando su suelo, su clima y sus ricas y variadas producciones naturales, desembarcaba en Cartagena, después de haber permanecido en Cuba y explorado gran parte del territorio de Venezuela, bañado por el Orinoco.

A principios del año de 1801, arribó a Cartagena, acompañado de Bonpland, subió por el Magdalena y llegó a Bogotá, donde fue recibido y agasajado con todas las consideraciones debidas a su elevada posición social y a sus muchos y variados conocimientos en Ciencias naturales. Conoció y trató a

Mutis, de cuya ciencia formó el más alto concepto: visitó la casa de la Expedición Botánica, inspeccionando menudamente los herbarios, en los que encontró plantas que le eran del todo desconocidas, y vió una por una todas las láminas y pinturas preparadas para la obra monumental, en cuya composición estaba ocupado el Director de la Expedición.

Mutis obsequió a Humboldt más de cien láminas grandes de las mejores de su Flora, las que fueron remitidas por el ilustre viajero al Instituto Nacional de ciencias de París; le permitió examinar todos sus trabajos y cuantos objetos tenía coleccionados, hacer las observaciones que quisiera y tomar los apuntes que le parecieran necesarios. Mutis es ya viejo, decía Humboldt, y estoy sorprendido así de los trabajos que ha ejecutado, como de los que se prepara a llevar a cabo: Es admirable que un hombre sólo haya sido capaz de concebir y de poner por obra un plan tan vasto.

Dos cosas ponderaba Humboldt hablando de Mutis: el carácter manso y generoso de este sabio y la Biblioteca de Ciencias naturales que había llegado a formar en Bogotá, la cual, a juicio de Humboldt, era una de las más hermosas y ricas entre cuantas se habían destinado, en Europa, a las Ciencias naturales. (1)

Los dos célebres viajeros siguieron su camino por tierra con dirección hacia Quito, de donde partieron para Lima, tomando la vía de Loja, deseosos de visitar el país nativo de la Quina, y embarcarse en el

(1) Carta de Humblodt a Delambre. Lima, 25 de Noviembre de 1802.

Carta de Humboldt a Don Antonio José Cavanilles. México, 22 de Abril de 1803.—Correspondencia científica de Humboldt, inédita: Primera parte. (Edición de Paris).

Callao, para continuar su Expedición a México (1). Humboldt se había propuesto estudiar la física del Mundo, la composición del Globo, el análisis del aire, la fisiología de los animales y de las plantas y las relaciones que unen a los seres organizados con la naturaleza inanimada: vasto plan, que había de dar después como resultado el COSMOS o la Descripción del Universo, obra monumental, entre las que ha producido nuestro siglo.

La presencia de un sabio, como Humboldt, en las Colonias españolas, contribuyó no poco a estimular a la juventud del Nuevo Reino en sus estudios y a propagar más los conocimientos en Ciencias naturales. También el ya conocido López Ruiz se presentó en Bogotá al célebre Barón y le manifestó los manuscritos que tenía preparados para probar su descubrimiento de la Quina: leyólos el discreto viajero y le respondió: Que la memoria probaba ciertamente que Mutis había descubierto la Quina en los montañas de Tena en

-
- (1) Como en los tiempos que alcanzamos sea de cualquier modo asunto delicado la internación a estos países de unos extranjeros hábiles e instruidos, que en las mismas operaciones e investigaciones científicas, aunque las ejecuten con sincero fin, deben adquirir conocimientos que, tal vez, convendría reservar; sin negarme yo al cumplimiento de lo tan expresamente mandado por Su Majestad y de que, como he dicho, no tengo causa suficiente para dudar, me he propuesto estar a la mira de todos sus pasos y prevenir reservadamente a los Gobernadores de los territorios por donde transitaren ejecuten lo mismo, dándome aviso de cualquier cosa que observen digna de mi noticia o tomando desde luego la providencia que tengan por precisa en mejor servicio del Rey.—Párrafo copiado textualmente de la comunicación dirigida por el Virrey Don Pedro Mendinueta al Excmo. Señor Don Pedro Cevallos, dándole aviso de la llegada del Barón de Humboldt y de Mr. Bonpland a Bogotá: Bogotá, 19 de Julio de 1801.

El Gobernador de Cartagena permitió a Humboldt que continuara su viaje a Bogotá, previniéndole que se presentara personalmente al Virrey, tan luego como llegara a la Capital.

1772; y que López la había visto cerca de Honda en 1774: juicio severo y que dejó lastimada la descontentadiza vanidad de López Ruiz.

Parece también indudable que la conversación de Humboldt influyó en el ánimo de Mutis, dándole calor en su proyecto de construir cuanto antes el Observatorio Astronómico, cuyos cimientos se pusieron, como lo hemos referido ya, pocos meses después, que Humboldt salió de Bogotá.”



B I O G R A F I A

DE

JOSE CELESTINO MUTIS,

CON LA

RELACION DE SU VIAJE

Y

ESTUDIOS PRACTICOS

EN EL

NUEVO REINO DE QUITO

POR

A. FEDERICO GREDILLA

Viaje de Humboldt y Bonpland a la
América: llegada a Cartagena de Indias
y Bogotá, con el fin de saludar a Mutis



N esta época es cuando Humboldt, acompañado de Bonpland, arribaron en Cartagena, a principios del año 1801, con el deseo de ir a Santafé para ver a Mutis (1). Desde Cartagena, donde estuvieron detenidos cerca de dos meses (Abril y Mayo) por enfermar Bonpland, pasaron a Barranquilla, y allí se embarcaron para subir el río

(1) Véase el facsímil de una carta de Humboldt a D. José Clavijo, director del Museo de Ciencias Naturales, que, entre otros extremos, le dice: "Le desir de voir le célèbre Mutis nous á fait préférer le cruel voyage de terra ú celui de Panama et Guayaquil". "Anales de Historia Natural" Tomo I.

Magdalena y llegar a Honda. Desde este punto en mulos hicieron el viaje a Bogotá, donde conocieron y trataron a Mutis, de cuya ciencia formaron el más elevado concepto; visitaron la casa de la Expedición Botánica y vieron una por una todas las láminas y pinturas preparadas para la obra monumental de la Flora de Nueva Granada, en cuya composición estaba ocupado Mutis. Este obsequió a Humboldt con más de cien láminas de las mejores de su Flora, que fueron remitidas por el ilustre viajero al Instituto de Ciencias de París. Es ya viejo Mutis —decía Humboldt— y estoy sorprendido de los trabajos que ha ejecutado y de los que piensa llevar a cabo; es admirable que un hombre solo sea capaz de concebir y de poner en obra un plan tan vasto.

Dos cosas ponderaba Humboldt hablando de Mutis: el carácter manso y generoso de este sabio y la Biblioteca de Ciencias Naturales que había llegado a formar en Bogotá, la cual, a juicio de Humboldt, era una de las más hermosas y ricas entre cuantas se habían destinado en Europa a las Ciencias Naturales. (1)

Entre los papeles de Mutis hay un relato del viaje de Humboldt, que dice así:

“Viages.—En el periódico de Berlín que sale á la luz cada mes, se halla el extracto interesante de una carta de Mr. Alexandro de Humboldt en que refiere los progresos de su viaje por la América meridional. Esta carta es escrita desde Contreras cerca de Ibagué

(1) Carta de Humboldt á Delambre. . . , Lima 25 de Noviembre de 1802.

Carta de Humboldt á D. Antonio José Cavanilles. Méjico, 22 de Abril de 1803.—“Correspondencia Científica” de Humboldt (inérita); primera parte, edición París.

Esta nota está tomada de González Suárez, Ob. Cit.— (“Memoria Histórica sobre Mutis y la Expedición Botánica de Bogotá en el siglo XVIII”).—Pág. 92 (nota).

en el Nuevo Reyno de Granada. Antes de dexar á Cartagena dió una vista Mr. Humboldt al bosque de Turbaco, célebre por el grueso de sus árboles, entre los quales hay algunos cuyo tronco tiene hasta ocho pies de diámetro, y son de la especie llamada Cavanillesia Mocondo (1) reconocida ya anteriormente por Jacquin (2) que viajó durante el reinado de Francisco I de Francia.—Mr. Humboldt que tenía determinado pasar al Perú, no pudo resistir al deseo de ir á Santafé de Bogotá para ver al célebre botanista Mutis, anciano de 72 años y amigo de Linneo.—En consecuencia de esto en lugar de hacer viaje por mar y dirigirse á Guayaquil que era lo mas cómodo siguió por tierra el camino á Santafé para desde allí pasar á Quito. Se embarcó en el río de la Magdalena por el qual navegó quarenta y cinco días entre las mas horrendas tempestades y los más peligrosos saltos ó cataratas. En este viaje diseñó la carta topográfica del país en quatro hojas de á folio y de ella se quedó el Virrey con una copia. Habiendo llegado á Honda pueblo situado en la latitud de cinco grados norte, visitó las minas de Mariquita y de Santa Ana. En este país encontró plantíos considerables de canela y de nuez moscada, y bosques enteros de árboles de Quina y de aquella especie de almendro conocida por los botanistas con el nombre de Garyocar amygdaliferum. Acompañaba entonces á Mr. Humboldt un francés llamado Derieux á quien el gobierno español ha confiado el cuidado de estos plantíos. Llegado que hubieron nuestros viajeros á la entrada de las Cordilleras (la boca del monte) treparon las primeras cumbres y arribaron á la llanura de Bogotá

(1) Se refiere á la Cavanillesia, platanifolia llamada vulgarmente Mocundo.

(2) En el original han escrito Joaquin.

que es una de las más elevadas del Globo terráqueo: esta llanura fué en tiempos antiguos un lago de treinta y dos leguas cuadradas de superficie, y en medio de ella está situada la ciudad de Santafé. Mr. Humboldt dice que fué recibido como en triunfo, que salieron á esperarle sesenta personas á caballo, y que el respetable Mutis le había preparado una Casa cerca de la suya.—S. M. C. tiene destinados diez mil pesos cada año á este establecimiento botánico. De quince años á esta parte están trabajando treinta pintores baxo la dirección de Mutis y han hecho ya tres mil diseños en folio con toda la perfección que cabe en la miñatura. Mr. Humboldt no halla con qual comparar la colección botánica de D. José Celestino Mutis sino es con la de Sir José Banks Presidente de la Sociedad Real de Londres. El mismo Humboldt ha medido la altura de las montañas que rodean á Santafé que muchas de ellas se elevan á dos mil y á dos mil y quatrocientas toesas.—Desde Santafé ha debido pasar á Quito y después á Lima: contaba estar en Acapulco el mes de Mayo de este año de 1802 y de allí después de correr el reino de México se proponía regresar á Europa por las Filipinas y el cabo de Buena Esperanza. Un viaje como este executado por un hombre tan ilustrado, promete los resultados mas apreciables para las ciencias (Publiciste).”

Los dos célebres viajeros siguieron su camino por tierra con dirección á Quito, donde encontraron á Caldas, y de donde partieron para Lima, tomando la vía Loja, deseosos de visitar el país nativo de la Quina y embarcarse en el Callao para continuar su expedición á Méjico.

La presencia de los dos sabios extranjeros no dejaba de causar algunas sospechas infundadas, y por eso se tomaron las precauciones que vemos en una Comunicación del Virrey Mendinueta á D. Pedro Cevallos:

“Como en los tiempos que alcanzamos sea de cualquier modo asunto delicado la intervención á estos países de unos extranjeros hábiles é instruídos, que en las mismas operaciones é investigaciones científicas, aunque las ejecuten con sincero fin, deben adquirir conocimientos, que, tal vez, convendría reservar, sin negarme yo al cumplimiento de lo tan expresamente mandado por su Majestad, y de que, como he dicho, no tengo causa suficiente para dudar, me he propuesto estar á la mira de todos sus pasos y prevenir reservadamente á los Gobernadores de los territorios por donde transitaren ejecuten lo mismo, dándome aviso de cualquier cosa que observen digna de mi noticia ó tomando desde luego la providencia que tengan por precisa en mejor servicio del Rey.” (1)

No hay para qué decir que la presencia de dichos sabios, y principalmente de Humboldt, en colonias españolas, contribuyó muchísimo á estimular á la juventud del Nuevo Reino en sus estudios y á despertar y propagar con más ahinco los conocimientos de Ciencias Naturales. Los ilustres viajeros, por su parte, tan agradecidos quedaron de las atenciones que Mutis les dispensó, tan reconocidos y admirados de su vasta ciencia que al frente de su obra sobre las “Plantas equinocciales”, publicada poco tiempo después á consecuencia del viaje, pusieron Humboldt y Bonpland el retrato de Mutis, escribiendo á su pie esta memorable é imperecedora inscripción:

(1) Comunicación dirigida por el Virrey D. Pedro Mendinueta al excelentísimo Sr. D. Pedro Cevallos, dándole aviso de la llegada del Barón de Humboldt y de M. Bonpland a Bogotá. Bogotá, 19 de Julio de 1801.

El Gobernador de Cartagena permitió a Humboldt que continuara su viaje a Bogotá, previniéndole que se presentara personalmente al Virrey, tan luego como llegase a la capital. Véase González Suárez, ob. citada, página 93.

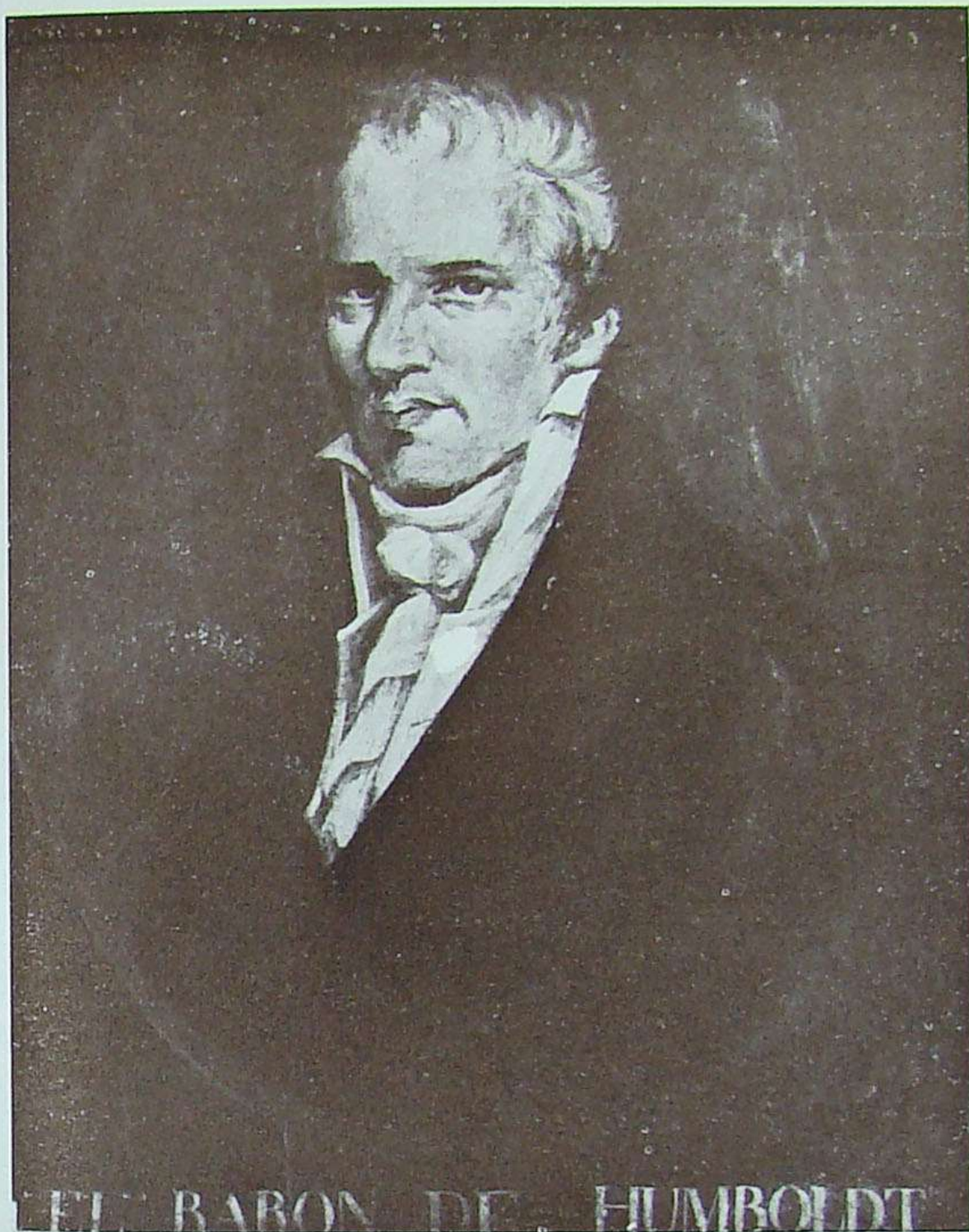
"A D. José Celestino Mutis, Director principal de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, Astrónomo en Santa Fe de Bogotá:

Como débil muestra de admiración y de reconocimiento.

A. Humboldt.

Aime Bonpland".





El retrato de Cortés, comparado con los de los últimos días de Humboldt, no puede ser más parecido. Tiene el carácter de Humboldt. En efecto su técnica no es ni muy analítica, ni muy fatigante; pero hay en la pincelada de Cortés, soltura y su factura es muy pictórica, comunicando a su arte de retratista una calidad y cierta personalidad que le ayudan a dar el severo empaque de la representación individual.

(José G. Navarro)

+ Cartas de José C. Mutis
a Alejandro de Humboldt

“Señor Barón Federico Alexandro Humboldt.



S. M. tan apreciable me ha sido la resolución de continuar Um. su viaje a Quito viniendo por Santafé con el único objeto de reconocer la Flora de Bogotá, y proporcionar a su autor los agradables momentos de su generosa amistad, que reputaré por los mas felices de mi vida los días de su residencia en esta capital del Reyno.

“Conozco bien por mi propia experiencia los trabajos y fatigas que le costará conducir sus delicados instrumentos por unos caminos tan ásperos, que suelen ser intransitables en las estaciones lluviosas. Puede Um. precaver en mucha parte tales

incomodidades disponiendo su salida de Cartagena en la Estación mas favorable.

“De cualquiera modo el sacrificio es mui grande y para corresponderlo yo por mi parte en lo posible procuraré suavizarlo, escribiendo anticipadamente á mis amigos de Honda y Guaduas para que le faciliten á Um. las mejores comodidades que pueden ofrecer aquellas dos Villas.

“En Santafé será Um. bien recibido; y en los días de su mansión logrará esta capital la fortuna de ser visitada por un sabio tan recomendable, ya que no tuvo la dicha en otro tiempo de conocer á los ilustres Académicos. Mas afortunada Quito en sus prosperidades por andar citada en tantos libros sabios, vuelve a serlo aora de algún modo por su desgraciada catástrofe, llamando la atención de otro sabio para indagar y perpetuar á los siglos venideros las revoluciones espantosas de aquella parte de nuestro planeta.

“Deseo á Um. toda felicidad en su viaje: y le suplico haga de mi parte las más reverentes expresiones de mi afecto á su buen amigo y compañero Mr. Bonpland, esperando entretanto se sirva Um. avisarme su salida de Cartagena para contar con más certeza los días que me aproximan el gusto de conocer a Um. y abrazarlo con los íntimos sentimientos de la mas sincera amistad, con que tendré el honor de ser siempre

de mi Amigo y Señor
el mas afecto y obligado servidor.

Santafé 29 de Abril de 1801.”

“Señor Barón de Humboldt.

“Mi amadísimo Señor mui sensible me ha sido la detención de Um. á quien considero cuidadoso por la enfermedad de su buen compañero Mr. Bonpland. Yo sospecho que se decida ser una fiebre terciana: y en tal caso sería mejor la resolución de venir á descansar y curarse aquí, donde ai otras proporciones que por allá sin embargo de las cunplidas asistencias de mi amigo Acosta. Aprovechando el día de la intermitencia y también las horas libres en el día de la accesión, se lograría llegar á esta capital, donde todos los que nos interesamos en proporcionar las comodidades á tan ilustres viajeros cuidaremos del restablecimiento del enfermo. Sin embargo de estas reflexiones las que Um. hiciere serán mas acertadas; y por lo demás no ai que tener pena sino la que Um. puede considerar de que se dilate el tiempo de darle mis primeros tiernos abrazos. Remito esa porción de la Quina naranjada por si fuere necesario recurrir á este remedio con la mayor prontitud en caso de alguna malignidad.

“Suplico á Um. que el día de la salida del Aserradero no se detenga á comer en Facotiba; porque en Fontibon estará preparada la comida, descansando allí para entrar menos molestado á Santafé.

“Mucho he celebrado la fortuna de aver observado Um. la Myristica, cuyas flores masculinas difieren absolutamente de la descripción y diseño que hace Aublet de su virola. Aquí hablaremos largamente y entretanto no ai porque atarearse demasiado, sino pensar en algún descanso, y tenplarse al temperamento de estos Payses altos, en que ha de vivir Um. por lagún tiempo asta completar sus ideas en las Provincias de Quito, y volver á bajar a los cálidos.

“Quedo á la disposición de Um. de quien soi con todas las veras de mi afecto

Señor
Su amantísimo Mutis.

Santafé 27 de Junio de 1801.”

“Señor Barón de Humboldt.

“Mi estimadísimo amigo y señor, voi siguiéndole á U. los pasos mentalmente ya que no puedo hacerlo con mi persona. Mi corazón persevera enternecido con los últimos abrazos, y necesito violentarme para que mis ojos no publiquen sus ternuras. ¡Tal es la impresión que ha gravado en mi corazón el amabilísimo trato familiar de un amigo que hizo tantos sacrificios para conocerme y honrarme!

“Acabo de saber las molestias del monte de Tusagasugá agravadas por el fuerte aguazero; y me tiene en gran cuidado la quebrantada salud de mi mui amado Bonplad. No puedo aquietarme asta salir de mis sobresaltos: y á este fin hago este **chasqui** ál punto mas cierto de la llegada á Ibagué.

“Entre mis muchas inadvertencias originadas de mi flaca memoria y de la variedad de asuntos, de que tratamos, tuve la de olvidar la entrega del adjunto papel. Es un diario del descubrimiento de la beta de cinabrio de Quindio practicado por mi mayordomo Gutiérrez según las noticias que ya tenía y las instrucciones que le formé; empeñado en esta comisión por los poderosos enlaces que me unían al Marqués de Sonora y al Arzobispo Virrey Góngora. El señor Barón me ha ofrecido hacer un reconocimiento que no creo le será difícil; y para verificarlo

con mayor seguridad podrá servir ese diario. Fuera de ser este descubrimiento tan decoroso á mis tareas mineralógicas, no lo sería menos para un ilustre viajero que hará memorables sus jornadas de Quindio por este reconocimiento. Suplico también á U. que me participe la medida barométrica en el sitio inmediato á la beta para compararla con la del Mayordomo, á quien entregué también el termómetro que le sirvió.

“A Dios mi amabilísimo Señor Barón asta la que le seguirá á esta alcanzándolo en Cartago. Mis tiernas memorias y cordialísimas expresiones á mi mui amado Bonpland. Nuestro común amigo Escullon los acompaña igualmente. Entretanto mande U. con la satisfacción de que soi y seré siempre qual U. me ha conocido &.

“Santafé 12 de 7.bre de 1801.”

“Sr. Barón de Humboldt.

“Mi estimadísimo amigo y señor: si es cierta la noticia que me dieron ayer de hallarse U. cerca de Popayán, sería mas abreviada de lo que yo creía la excursión de Quindio, donde lo contemplaba yo todavía el día 15 calculando la entrada desde el día 29 de Septiembre, porque hallando bueno el camino convidaba el tiempo á detenerse para el reconocimiento de esas tierras altas, y si malo, la necesidad obligaba á detenciones indispensables. ¡Que de cosas buenas avra Ud. observado en ese amenísimo tránsito! ¡Y qual avrá sido la suerte de mi filon de cinabrio? Sobre todo lo que mas me interesa es la salud de U. y del amabilísimo Bonpland. Conviene tomar algunos moderados descansos para

no perder la salud tan preciosa en las grandes poblaciones, porque así lo exige la aspereza de tales caminos, y también la necesidad de ir conservando las preciosidades descubiertas.

“Después de nra. triste y necesaria separación he recibido tres apreciabilísimas cartas de U., una desde Contreras y dos desde Ibagué. Todas sirvieron para endulzar mis amargas memorias. Si las gentes de Santafé, y las Sras. principales entre quienes se han distinguido la Lozano y Santa María, han sentido la ausencia del amabilísimo Barón. ¿quantos motivos ai para reunir en mí los sentimientos de todos? En la última correspondencia ha resonado por la ciudad el ilustre nonbre de Humboldt, alegrándonos de ver sus elogios merecidos y publicados en el Mercurio de Enero, y en el cap^o de Berlín de la Gazeta 23 de Abril.

“En esta correspondencia recibí el número 5 de los Anales en que se halla la memoria de Zea sobre las Quinas de Santafé, y allí mismo el género dedicado á nuestro buen Bonpland, que hize copiar para remitirlo en ésta. Zea se halla en París desde Enero del presente año con licencia del Rey para instruirse principalmente en la Química, cuyos conocimientos nos son aquí tan necesarios, y espero difundirá en esta capital según sus extraordinarios talentos. Eligió para este estudio a Mr. Vauquelin, y me habla mucho del amable Jussieu, quien se halla mui irritado con los Sres. de la Flora Peruana por auerse resistido éstos á corregir sus errores, y publicarlos aquel en su nueva edición como correcciones hechas por los mismos autores. Han disparado un suplemento á su Quinología, en que según veo por el título de la gazeta, responden á Zea, y también intentan satisfacer los reparos de Jussieu. Veremos como salen de estos atolladeros, que los considero mas difíciles que los de Quindio. Mi sobrino no pudo acompañar á Zea; **interrumpida**

la comunicación de la Andalucía con la Corte por la peste, donde debía presentarse para agitar su pretensión y desde luego la uviera conseguido como Zea por la grande protección del exministro Urquijo.

“Nos hemos quedado burlados con los anuncios de la paz. Parece que las miras del nuevo Emperador Alexandro son contrarias á las de su padre y aun se asegura últimamente que Rusia y Prusia han declarado la guerra á la Francia. Todas las noticias, como también ésta necesitan de confirmación que lograremos tan tarde como esta correspondencia de año y medio, en que se han recibido cartas y noticias públicas del año de 99. Parece aver salido falsa la muerte de la Reyna, aunque vino tan circunstanciada en día y causas de su fallecimiento.

“Muchísimo celebré la oportuna observación del eclipse de Luna en Ibagué para que juntamente hiciese U. la observación del Barómetro. Logre U. la oportunidad de Quito y demás estaciones dentro de los trópicos, porque en saliendo de aquí, sus observaciones por mui finas que sean quedarán en el número de la ingeniosa teoría del ilustre Toaldo, que es lo más fino que he visto en el asunto de mareas atmosféricas.

“En otra ocasión irán otros papeles, y la memoria de la sal. Se va á cerrar el correo, y por eso concluyo esta con mis expresiones finísimas á nuestro Bonpland, Ud. reciba de los Lozanos, Portocarrero, Isla, Escullon y Rizo con singularidad, cuya inclinación á U. es desde luego memorable y superior á quanto yo puedo explicar.

Mande U. pues con la seguridad de que soi etc.”
Santafé 21 de Octubre de 1801.”

“Sr. Barón Humboldt.

“¿Qué es esto mi amadísimo Barón? ¡Qué! ¿Una propuesta hecha con la mayor sinceridad y franqueza será capaz de alterar nuestra constante amistad? ¿Tendría yo la culpa de que Caldas se uviese aficionado con entusiasmo al ilustre Barón asta pensar en seguirlo por las dos Américas? ¿Pude yo proceder con mayor franqueza que la que indican las expresiones de mi carta, y remitir apertorias para que Ud. las leyese la respuesta y libranza á Caldas? ¿Y no sería mi verdadera intención agregarle un alumno que creí sería de su agrado? Rompa Ud. pues su silencio, y como si tal cosa no uviese pasado, continúe Ud. correspondiendo á su amado amigo.

“He repetido á Ud. en mis anteriores que remití la memoria original de las salinas con lo demás que participé en ellas. Sáqueme Ud. de este cuidado.

“En el Jardín Botánico de Madrid se ha hecho una grande revolución. Se han retirado á Ortega y Barnades; y se ha creado por Director, Profesor y único Gefe de aquel establecimiento á nuestro amigo Cavanilles.

“Mas ruidosa ha sido aquí la separación de Rieux, que ha bajado á Cartagena preso para ser conducido á España. Se dice ser la causa aver engañado al Ministerio.

“De quantas noticias de mi satisfacción me ha privado el Señor Barón por tan dilatado silencio. Ameme Ud. como le amo; y si Ud. ha concebido algún agravio en mi indiscreta propuesta, merezca yo la indulgencia de tan generoso amigo á quien he amado y amaré cordialmente todo el resto de mi vida.

“Mis tiernas expresiones al amabilísimo Bonpland, y Ud. mande con satisfacción pues soi etc.
Santafé 21 de Mayo 1802.”

Recuerdos de Humboldt (1)

Al doctor Adolfo Ernst



I

¿UE nombre darán al siglo XIX las futuras generaciones? ¿Será el siglo de Napoleón, quien conmueve, durante quince años la Europa, derriba tronos, crea dinastías, funda la aristocracia del saber, cambia el mapa de un continente, y cae, para hundirse en una roca del océano que le sirve de expiación y de tumba? ¿Será el siglo de Bolívar, quien, después de una lucha de titanes, transforma la mitad del Nuevo Mundo, funda nuevas nacionalidades y lleva su estandarte victorioso hasta los más elevados pueblos de la Tierra, repitiendo las proezas y episodios de la conquista española? ¿Será, finalmente, el siglo de Humboldt, quien durante setenta años, de pié

(1) "Humboldtianas" de Arístides Rojas.—Caracas, 1924.

sobre el pedestal de la civilización universal, domina con sus miradas todos los horizontes de la idea, y tiene por teatro de sus conquistas océanos y continentes, y el firmamento estrellado que sirve de corona a su gloria?

Napoleón desaparece como un meteoro, y a su caída recupera el mundo su equilibrio: maldiciones le acompañan a la tumba, y la historia que le enaltece, le condena. Bolívar cruza igualmente las regiones de América como un meteoro: pueblos libres le saludan en la cumbre de su gloria; pero águila asfixiada entre la vociferación de los partidos, por las pestilentes emanaciones de la calumnia, desciende para hundirse solitario a orillas del océano. Tuvo una desgracia; la de haberse anticipado en un siglo a sus coetáneos.

Cincuenta años han pasado, y Napoleón, en la apoteosis, tiene por juez inexorable la historia que le juzga, en su grandeza que fascina y en sus errores que sorprenden. Más afortunado, Bolívar se levanta de su tumba, para exhibirse al mundo como un astro después de la borrasca, radiante, en medio de la conquista que él solo realizó, y que le levanta a la más grande altura de la historia.

De los tres principales genios que llenan las páginas del siglo XIX, Napoleón y Bolívar desaparecen en medio del torbellino político: la muerte los arrebató jóvenes, como para entregarlos, vigorosos, a la posteridad. Sólo a Humboldt estaba reservado adormecerse: él no sucumbe, sino se ausenta. La muerte lo reclama cuando ya las fuerzas físicas se extinguen y la materia solicita nuevas formas. Su espíritu entonces, como un faro de luces multiformes, saluda por la última vez los dilatados horizontes, y se oculta a las miradas del mundo. Su apoteosis, que había principiado durante la vida, le acompaña en su sueño; y quince años no habían pasado, cuando ambos mundos celebran el primer centenario del sabio.

Durante tres cuartos de siglo, Humboldt tiene por teatro el Cielo y la Tierra: pueblos y reyes por auditorio; por escalas los Andes y el Himalaya, y tres generaciones por cortejo. Aparece como la Pitonisa del progreso, y extendiendo sus brazos a proporción que conquista, domina al fin el mundo. Durante su vida ha llevado sobre sus hombros el Cosmos; y cuando fatigado ya con los cabellos canos y las fuerzas debilitadas, reclama el descanso, la muerte viene a su encuentro para despojarle de tan pesada carga.

Todo ha pasado durante el siglo actual como visiones de tempestad. Sólo a Humboldt estaba destinado contar las horas del tiempo y marcar en el reloj de la historia, la caída de los imperios, y el renacimiento de los pueblos. Él fué el alma del progreso y el Néstor en las fecundas metamorfosis del espíritu humano. Asiste a las grandes conquistas de la civilización moderna: la independencia de la América del Norte: la muerte de Washington; la gran revolución francesa y el nacimiento del Consulado; el advenimiento de Napoleón el grande, y la libertad de **Sur América**. Contempla a Bolívar en su nacimiento, ve desmoronarse el gigante de Córcega, saluda a los reyes constitucionales, ve levantarse de nuevo la República francesa y el segundo de los Napoleones, y desaparece cuando su patria se prepara a ese duelo de titanes que debía verificarse, diez años más tarde, entre los dos grandes pueblos que se disputan hoy el imperio del mundo.

Desde el Teide al Vesubio, desde los Alpes al Himalaya; en los desiertos de Asia y en las llanuras y bosques del Nuevo Mundo; desde el Mississipí al Amazonas y a los afluentes del Plata; desde el Cotopaxi y Chimborazo hasta el Popocatepelt; en las cumbres nevadas y en los llanos abrazadores, y a orillas de los grandes lagos y sobre la lava de los viejos volcanes, por todas partes, ha dejado su

nombre. Un día pisa las regiones del Orinoco, evoca la sombra de Colón y traza el camino que debía seguir Bolívar. A estos tres grandes hombres, que resumen toda la historia de Sur América, los reúne la casualidad en una misma región: la única del continente que debía conocer el intrépido genovés; aquella donde Humboldt debía principiar sus grandes exploraciones: Orinoco, donde debía Bolívar decretar la libertad de Colombia, soñar con la libertad de América y lanzar un reto a muerte a los conquistadores del Nuevo Mundo. Estaba escrito que de estos tres hombres providenciales, Colón desaparecería de la escena, y que los otros continuarían en solicitud del Chimborazo; el uno para cantar desde la altura la epopeya de la naturaleza americana, el otro para clavar en el corazón del gigante el estandarte tricolor que había conducido en triunfo, de uno a otro mar.

Pero, a pesar de tanta grandeza, Humboldt no dará su nombre al siglo XIX; ni será tampoco el siglo de Napoleón, ni el de Bolívar; que cuando una época es fecunda en grandes hombres y en elocuentes conquistas, una parte del drama no puede sintetizar el conjunto armonioso de la obra. El siglo de la emancipación del espíritu, será el nombre que dará la historia a esta época de glorias que nace en medio de los resplandores de la revolución francesa, y continúa, sin ocuparse en cuál será su fin. La emancipación del espíritu; la inteligencia humana en sus grandes conquistas físicas y morales; la voluntad nacional sobre las preocupaciones y los absurdos; la libertad y el deber como bases de todo progreso, y la lucha constante de las sociedades, que exhibe cada día hombres ilustres en todos los países del mundo: este es el siglo XIX, múltiple en sus ideas, en sus genios, en sus adelantos y en sus tendencias.

Uno de los caracteres más notables de la civilización moderna es el influjo que cada revolución y cada uno de los hombres que la han presidido, ya en

el orden físico y moral, ya en el orden científico y filosófico, han tenido sobre las tendencias de la sociedad actual. Humboldt no está sólo en el teatro de sus conquistas. Pocos hombres han tenido, como él, la fortuna de encontrar numerosos biógrafos en todos los países, y ovaciones espontáneas a su memoria y a sus obras de parte de todos los pueblos civilizados. La celebración de su primer centenario deja atrás, por su universalidad y tendencias, a cuanto se ha hecho, hasta hoy, en lugares muy limitados del Viejo Mundo; y el influjo que su solo nombre ejerce sobre los espíritus pensadores, no se palpa sino en el estudio de ambos emisferios y en las tendencias prácticas de los estudios científicos. Independientemente del influjo que él ha ejercido en todos los países, basta considerar el movimiento científico alemán para comprender, en todo su esplendor, las brillantes adquisiciones del siglo, desde que Humboldt trazó con mano maestra la vía segura del progreso humano. Si dejamos a un lado todos los hombres de diversas nacionalidades que han continuado sus investigaciones sobre todos los ramos del saber humano, así en Europa como en Asia, Africa y Norte-América, y nos detenemos en la América latina, tendremos que admirar esa pléyade alemana que se ha fundido en las diversas nacionalidades del continente, aceptando, como aceptó Humboldt, la América cual una segunda patria. No pueden ya separarse de la historia del Brasil los nombres de Varnhagen, de Maximiliano de Neuwied, o los de Spix y de Martius: los hermanos Schomburgk han dejado los suyos en las regiones del Orinoco y del Esequibo: la fauna del Amazonas y del Plata aparecen en todo su esplendor en los trabajos y exploraciones de Burmeister: Buschmann y Gabelentz han sacado del olvido multitud de lenguas indígenas: los hermanos Philippi han hecho de Chile una segunda patria, y la naturaleza andina se levanta en

relieve al influjo de estos exploradores incansables: Poeppig ha unido a sus trabajos sobre Chile, sus investigaciones sobre las dilatadas regiones del Amazonas: Tschudi ha penetrado en las huacas peruanas para revelarnos la grandeza de las antigüedades incas y todo lo pasado de uno de los grandes imperios de América: la Zoología del Paraguay se ostenta en los trabajos de Rengger: los insectos del Surinam brillan bajo la pluma de una mujer, María Sibila Mérian, cuyos estudios han servido de tema a las inmortales páginas de Michelet: Wiegmann y Lichtenstein han estudiado la fauna mexicana, mientras Schiede y Deppe han revelado las riquezas de su flora. Heller ha estudiado las plantas de la América Central, Frantzius las de Costa Rica: Seeman las de Nicaragua y Panamá: Appun las del Orinoco; en tanto que Wagner ha trepado los Andes de **Centro-América** y del Ecuador, y Stübel y Riess los de Colombia para estudiar la geología de sus volcanes y las metalíferas formaciones de sus terrenos: últimamente Karsten ha enriquecido la ciencia con sus inmortales trabajos sobre la geología de los Andes y la flora de Colombia, en tanto que Grisebach ha immortalizado con los suyos el dilatado archipiélago antillano.

Y para limitarnos de una vez a Venezuela, ¡cuántos alemanes pensadores e ilustrados han contribuido con sus viajes y exploraciones después que Humboldt visitó nuestras playas, al conocimiento científico de esta rica sección del continente! Ahí están los importantes trabajos de Schomburgk, y las contribuciones de Tams, de Otto, de Gollmer, de Wagner, de Moritz, de Engel, de los hermanos Fendler y de Birschel: Karsten ha realzado la flora andina e interrogado los terrenos volcánicos: Appun acaba de publicar su extensa exploración en el Orinoco: Goering ha hermoñado el arte con sus paisajes de la naturaleza venezolana y enriquecido la ornitología

con sus estudios prácticos, y últimamente el Dr. Ernst, para quien escribimos estas páginas, culto a la memoria del grande Humboldt y recuerdo al amigo, sigue las huellas de sus predecesores, estudiando la flora del Avila y del valle de Caracas y contribuyendo con ilustradas elucubraciones al progreso de las ciencias naturales en todos sus ramos.

No hay país de la América española, desde el Cabo de Hornos hasta las montañas Peñascosas, donde no haya penetrado alguno de los zapadores de Humboldt. Sus bosques, sus desiertos, sus llanuras, los Andes con sus volcanes y nevados, los ríos con sus selvas, donde la vida orgánica es como un eterno canto que eleva al cielo la naturaleza tropical; por todas partes ha penetrado la ciencia germana y ha estudiado la roca y el vegetal, el animal y el hombre, la estadística, la riqueza y la historia de América.

Hé aquí los hombres de Humboldt. Unid a éstos los nombres que hemos omitido, los que en las diversas regiones de Norte América y del Viejo Mundo interrogan la naturaleza y la historia del hombre y tendréis la constelación germana que tiene por radiante a Humboldt y por teatro la sociedad moderna.

Hay países que nacen con un privilegio concedido por Dios; tal es la Alemania, que tiene aptitudes para todas las necesidades, que introduce su industria y comercio en todos los países del globo, que al civilizar enseña, que explora, difunde, fraterniza con todos los progresos y se levanta a la altura de todas las tendencias del siglo.

Tal nación es digna del hombre providencial que ha dejado su nombre, como un rico legado, a las generaciones futuras, y quien, según la feliz expresión de Varnhagen, trepó a las más altas cimas de la gloria, de la misma manera que había trepado a las más altas cimas de la Tierra.

*
* *

Humboldt pisó a Caracas en 21 de Noviembre de 1799. Acababa de visitar las regiones de Cumaná, en las cuales había contemplado la vegetación de Paria, el cielo azul y sereno de Oriente y se había familiarizado con multitud de fenómenos desconocidos para él hasta entonces. Encontrábase tan satisfecho de su primera exploración en el continente y tan reconocido a las finas atenciones de que había sido objeto, ya de los empleados del gobierno, ya de las familias venezolanas que habían tenido la honra de tratarle, que parecía encontrarse poseído de aquella apacibilidad que alienta el trabajo y aguza el espíritu, cuando éste tiene que reconcentrarse en el filosófico estudio de los grandes fenómenos de la creación.

Brillante acogida dió la sociedad de Caracas al ilustre viajero. Cuánto había en ella más distinguido, se apresuró a conocerle y tratarle. Con recomendaciones tan amplias y valiosas como las que había traído de la corte de España, Vasconcelos, capitán general de Venezuela, hombre adusto y limitado, pero caballeroso y cumplido, se puso a disposición de Humboldt, facilitándole noticias y allanándole todos los inconvenientes que se opusieran al libre y concienzudo estudio de la provincia venezolana. Todas las autoridades secundaron estas miras, en tanto que la culta sociedad de Caracas, si bien impotente para ilustrar los estudios del sabio, abundaba en esa galantería que cautiva sin ilustrar y que flexible como las lianas en torno a los grandes árboles, imprime cierta gracia a las más solemnes situaciones de la vida.

Humboldt quedó cautivado de la buena sociedad de Caracas, a los pocos días de su llegada. Al mismo tiempo que interrogaba y estudiaba la Naturaleza en unión de Bonpland, frecuentaba el agradable trato



Alexander von Humboldt como viajero e investigador. Pintura de Karl Baron von Steuben, París, hecha alrededor de 1813.

Alexander von Humboldt dirigiéndose a David Friedländer en 1799 dice:

“Yo recolectaré plantas y animales, investigaré el calor, la electricidad y el contenido magnético y eléctrico de la atmósfera, verificaré los meridianos y paralelos, mediré montañas; pero todo esto no es la razón de mi viaje, mi verdadera finalidad es investigar el entrettejimiento, la relación de todas las fuerzas naturales entre si.”

de todas las familias que le habían recibido, con esa benevolencia ingénita, que es una de las virtudes sociales de nuestros pueblos. Conducido, como en triunfo, de casa en casa, porque para todos fué honra el recibirle, limitóse a poco a un grupo de familias, cuya sociedad debía frecuentar más por el contacto, casi diario, que tenía con sus jefes. Eran estas familias las de Uztáriz, Ybarra, Toro, Avila, Soublotte, Tovar, Montilla, Sanz, Blandin y otras más, que ligadas por el parentesco y los vínculos de la amistad constituían un grupo social donde brillaban los espíritus talentosos de aquella época. Humboldt se hallaba, en medio de este grupo, tan lleno de cultura y de virtudes domésticas, y el cual frecuentaban las principales autoridades españolas, como un joven patriarca a quien eran rendidas todas las atenciones, y a quien todos escuchaban con esa veneración que inspiran el talento brillante y la bondad de un carácter tan franco como expansivo. Humboldt hablaba ya el español lo suficiente para sostener una conversación animada, y aunque algunas de las señoritas y caballeros de sus tertulias favoritas conocían muy bien el francés, prefirió el habla castellana, porque deseaba perfeccionarse, como él decía, en el conocimiento de una lengua tan dulce y armoniosa como rica y sencilla.

¡Cosa singular! El sabio no había encontrado en Caracas ni instrucción general, ni publicaciones de la prensa, que son en todos los países el termómetro de la cultura intelectual de un pueblo; menos aún, ideas de progreso de parte de autoridades retrógradas e ignorantes, destinadas más bien para custodiar un rebaño de ilotas que para gobernar un estado tan favorecido por la naturaleza y donde abundaban los talentos y hombres caballerosos. Sin embargo, apesar de esta ausencia de progreso científico, encontrábase un grupo de hombres ilustrados, bibliotecas privadas, conversación amena y talentos que en el silencio del

oscurantismo se habían educado a solas, sin haber tenido que apelar al claustro de una Universidad, que tenía más de convento que de instituto literario.

Humboldt encontró en las familias de la capital manifiesto gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana, notable predilección a la música, que cultivaban con buen éxito, y la cual, según él escribió en sus viajes, sirve, como lo hace siempre el cultivo de las bellas artes, de centro de unión que acerca las diversas clases de la sociedad. Fuera de estos ratos amenos y de las conversaciones ilustradas de algunos de sus mejores amigos, Humboldt no encontró como representante de la ciencia del Cosmos, en Caracas, sino a un anciano venerable, el Padre Puerto, franciscano, que calculaba en el silencio del claustro el almanaque para las provincias de Venezuela, y quien, según la confesión de Humboldt, tenía nociones exactas del estado de la astronomía moderna.

De mañana, y una que otra vez al caer el sol, Humboldt y su compañero salían a los campos y alrededores de Caracas, para herborizar y recoger rocas, estudiar los terrenos, penetrando como niños curiosos en todas las veredas, quebradas y sitios salvajes en solicitud de todo aquello que se ocultaba a sus miradas. Unas veces a caballo hasta los lugares en que los criados y peones debían cuidar de las bestias, otras a pie, Humboldt frecuentó los caminos y pueblos cercanos a la capital; pero hay un sitio que desde el principio fue el tema de sus predilecciones: las vertientes del Avila, Anauco, Blandin, Catuche, Chacao y las haciendas que lindan con las orillas del Guaire, al oriente de Caracas. Al regresar de las excursiones se almorzaba o comía en la hacienda de los Avilas, en Blandin o en el hermoso parque de Bello Monte, propiedad del señor D. Andrés Ybarra, con cuya familia y hermanos le ligaba una estrecha amistad.

Al pasar la casa actual de la hacienda de Bello Monte, en el camino de Sabana Grande, el viandante se encuentra a pocos pasos con un callejón lleno hoy de maleza y de bucares, que dan sombra al café. En la altura de una eminencia, a manera de meseta, se presentan de pronto arcos y columnas, en ruina, cubiertos de vegetación salvaje, y hermosas gradas que conducen a la parte superior de aquel recinto solitario y melancólico. Fué en este lugar donde estuvo la romántica vivienda del parque, rodeada de jardines miradores, con animales curiosos, juegos de agua y graciosas palmeras, que unidas a arbustos y árboles frutales siempre verdes, parecían coronar con sus penachos flotantes aquel templo de verdura tropical. Detrás de la casa y en el fondo del campo había un bosque que servía para las excursiones de los cazadores, y el cual se extendía hasta cerca de las orillas del Guaire: era un lugar de meditaciones, mientras delante de la casa, y en una portada al pie de la primera escalinata, un reloj de sol marcaba las horas del tiempo. Este reloj había sido un obsequio de Humboldt a su digno amigo, el señor Ybarra, quién, en vista del dibujo exacto trazado por el sabio, había hecho esculpir una copia del modelo: es un cuadro de mármol de Caracas de 61 centímetros de diámetro con 4 de espesor, y con muestra por ambas caras. (1)

Era Bello Monte un sitio de recreo, en el cual la abundancia se unía a los modales graciosos, el trato afable y culto, a la hospitalidad espontánea y franca. Humboldt se encontraba allí como en su patria, y sus frecuentes visitas a la familia Ybarra

(1) Este precioso recuerdo de Humboldt pertenece a la muy estimable familia Alderson, dueña, hasta ahora poco, de la hacienda Bello Monte. (Hoy en poder del suscrito, Edo. Rohl).

atestiguan que no era indiferente a los obsequios que recibía. Tan luego como llegaba Humboldt, ya de las excursiones, ya directamente de la capital, los criados de la casa se apresuraban a abrir la puerta del coche o tomar las riendas del caballo, en tanto que la familia llena de satisfacción, descendía las primeras gradas para estrechar las manos del ilustre huésped y conducirlo a la sala de recibo.

Al hablar de estas ruinas, que por tantos años han resistido a la acción del tiempo, la pluma se detiene y el espíritu se reconcentra evocando las imágenes de lo pasado. Lo pasado es siempre elocuente al corazón humano; pero cuando en las ruinas de la naturaleza está también la historia del hombre, cada roca, cada planta, cada suspiro del viento entre los muros derruídos, despierta un recuerdo; porque las ruinas son, en todos los países de la tierra, un libro que nos refiere a cada instante los episodios de la infancia, de la familia y de la patria.

En una noche de Enero de 1800, el jefe de la familia Ybarra quiso obsequiar a Humboldt de una manera campestre, y al efecto se preparó un baile al cual asistieron muchas de las señoritas y caballeros de la capital. Eran los días de Reyes, cuando los campos se animan y el corazón, lleno de júbilo, saluda el nuevo año que es siempre una esperanza. Comparsas bulliciosas llenaban con sus cantos nacionales las aldeas y los caminos vecinos a Sabana Grande: farolillos en las ramas de los árboles daban al bosque y a los jardines del parque un aspecto fantástico, en tanto que graciosas arañas en el salón de baile, bellamente adornado, y cortinas y festones en las arcadas del edificio hacían aparecer todo aquel recinto como una mansión de hadas. La belleza de la noche estrellada y plácida, el perfume de los campos, la alegría de los danzantes, la variedad de obsequios con que Humboldt era festejado, todo

contribuía a hacerle felices aquellas horas de su vida, que debían quedar grabadas en su memoria como uno de los más placenteros recuerdos de Caracas. Humboldt admiró aquella fiesta nocturna; pero lo que más cautivó su atención, fueron las estrofas nacionales de las comparsas campestres, que de las aldeas vecinas vinieron a recitar sus endechas en torno de la casa del parque. El ruido de las maracas, en unión de los cincos, el solo de cada bardo y los coros de los acompañantes, formaban un conjunto lleno de gracia española e indígena en que admiraba Humboldt la mezcla de dos civilizaciones que, después de las luchas de la conquista, principiaban a fundirse. La poesía primitiva de todos los pueblos produce siempre un encanto agradable en el espíritu del hombre civilizado; pero la nuestra, que debía Humboldt encontrar en toda su originalidad en los llanos de Venezuela, despierta cierta melancolía, que parece ser la triste reminiscencia de lo pasado indígena.

Doce años después de aquella noche de júbilo, una ruina inevitable amenazaba la casa de Bello Monte: eran los días en que las familias de la capital, huyendo a los campos, y horrorizadas por los constantes sacudimientos de la tierra, buscaban un asilo bajo los árboles y aguardaban con resignación, se aplacara lo que ellas creían ser la cólera celestial, para regresar a sus hogares convertidos en ruinas. Desde aquél instante se destechó la casa del parque, para fundar la que actualmente existe. Para entonces la guerra principiaba a segar la flor de los talentos venezolanos. De los amigos de Humboldt, unos desaparecían bajo las ruinas del terremoto; otros iban a sucumbir en los cadalsos y el destierro, los más en los campos de batalla; y aquella juventud inocente, los hijos, los sobrinos y demás deudos de los amigos que le obsequiaban, y que asistían al festín, sin darse cuenta del porvenir, debían igualmente

desaparecer unos, sobrevivir otros para poder relatarlos los sublimes episodios de los tiempos orfénicos.

¿Quién hubiera dicho, en aquella noche, a Humboldt, que sesenta y ocho años más tarde, en la misma mansión convertida en escombros y bajo la sombra de las *erythrinas*, cuando ya no quedaba de sus amigos de Caracas sino el recuerdo, vendría uno de sus más ilustrados admiradores y compatriotas, el Dr. Ernst, para celebrar en nombre de la Alemania progresista, el centenario del sabio? ¿Quién le hubiera dicho, que las bujías del festín serían sustituidas con los hachones campestres y que al mágico resplandor de éstos y envuelta la multitud por los misterios de lo pasado, se dejaría escuchar la voz de la admiración en su triple homenaje a la vida, a la muerte y a la gloria?

Celebrar a Humboldt en los mismos lugares donde había pasado tan felices días ¿no es unir lo pasado a lo presente por medio de recuerdos llenos de gloria y de amargura, pero también de noble orgullo y de enseñanza? Un escritor alemán, al hablar de esta fiesta, al insertar las elocuentes palabras con las cuales evocó Ernst la augusta sombra de Humboldt, concluye con aquellos conceptos de Goethe en el *Tasso*: "Los lugares donde ha morado un hombre eminente, quedan consagrados para siempre: los siglos pasan, pero la posteridad se encarga de repetir el eco de su nombre y de sus acciones." (1)

Más adelante de Bello Monte y a la izquierda de Chacaíto está el jardín y arboleda de **Sans Soucy**. Era este bello campo, a fines del siglo pasado, una mala estancia llena de árboles frutales; pero tan

(1) *Weser Zeitung* 1872.

luego como la compró el señor Carlos Arvelo, uno de los jóvenes progresistas de aquella época y amigo de Humboldt, todo principió a transformarse, siendo, a poco andar, un lugar de recreo, por sus arboledas, jardín y cementerías de café. Humboldt había manifestado a su joven amigo el deseo que tenía de que aquel pintoresco sitio llevara el nombre de Sans Soucy, lo que concebido con gusto, motivó que el mismo Humboldt trazara el nombre, que se conservaba hasta ahora poco en la cornisa de la entrada. Al querer conservar en el Valle de Caracas un nombre que recordara al gran Federico de Prusia, quiso Humboldt dejar también algo que recordase a Postdam, lugar de su infancia y juegos juveniles, lugar donde debía pasar su senectud hermoñeada por la gloria.

De día recibía Humboldt visitas y estudiaba sobre los instrumentos, clasificaba plantas y animales, redactaba sus notas de viaje y se comunicaba con sus amigos de Europa. Instrumentos, planos, mapas y libros por todas partes, y los trofeos de cada excursión daban a sus salas un aspecto de museo, al que contribuían los venezolanos con lo poco que cada cual podía conseguir. Los amigos de confianza eran recibidos en medio de la fajina científica, y tanto Humboldt como Bonpland se familiarizaron con esta tertulia en la cual no faltaban los chistes y ocurrencias oportunas. Habíase dado a los viajeros una casa espaciosa en la plaza de la Trinidad, mas arriba del puente. Al pié de la bajada occidental que conduce al Catuche, estaba el parque de artillería; y todavía se divisa en la hondonada la derruída garita; mientras en el extremo opuesto, en el ángulo que cruza hacia los cementerios, estaba la casa de Humboldt. Tan cómodo se encontró en ella, que no se cansaba de elogiar un sitio, desde el cual dominaba a la par las crestas y alturas del Avila, toda la ciudad de Caracas y los alegres valles del Guaire; estaba en el punto en que el pavimento de la Trinidad, la cima del

Calvario y el pié de la torre de la Catedral forman un triángulo, cuyos lados están a un mismo nivel. Encontrábase por lo tanto, en las mejores condiciones, para estudiar el cielo y las alturas de las montañas vecinas a la capital.

“Nuestros amigos ya no existen, exclamó Humboldt con dolor, al saber la catástrofe de Caracas, en Marzo de 1812. La casa que habitábamos es un montón de escombros, la ciudad que he descrito ha desaparecido”. . . . Setenta y tres años han pasado, y ya la ciudad de ruinas ha vuelto a levantarse, mas la casa de Humboldt yace aún en escombros. . . ¿Qué importa si su preclaro nombre brilla en la historia del Cosmos y sus obras serán más duraderas que el mármol?

Por la tarde, Humboldt salía en calesa acompañado de Vasconcelos o con alguno de los amigos de confianza. El paseo no tenía entonces un interés científico sino de pura distracción. Ya se dirigían a los alrededores y calles de la ciudad, ya al pueblo de La Vega, y ya en fin a Bello Monte, o al interesante sitio de Blandín, uno de los lugares que más frecuentaba Humboldt, porque en él encontraba siempre caballeroso y amable, al señor Blandín, dueño de la posesión, y jefe de una respetable familia que sabía unir la gracia francesa a la hospitalidad venezolana. Como entonces no había en Caracas sino media docena de calesas a lo sumo, y todas ellas tiradas por mulas, que era la moda en la capital, preferíase en algunas tardes salir a caballo, y la cabalgata, en este caso, era embellecida por algunas amazonas tan llenas de donosura como ágiles en el manejo de la rienda. La cabalgata se dirigía con frecuencia a los lugares indicados, y a su regreso tocaba en las que hoy son ruinas de San Lázaro, donde existía un palacio bellamente arreglado, con sus pintorescos jardines y juegos de agua. Este edificio que servía a los capitanes generales para obsequiar a los viajeros

ilustres que por casualidad visitaban a Caracas, fué en todo tiempo lugar de recreo, cada vez que un grupo de familias querían reunirse para danzar o pasar un día de campo. En él comían con frecuencia Humboldt y Bonpland y recibían de Vasconcelos atenciones tan merecidas como delicadas. "Si tenemos justos motivos de satisfacción, ha escrito Humboldt en sus viajes, por las ventajas de nuestra vivienda, los teníamos más por la acogida que nos daban todas las clases de la sociedad; y es un deber para mí citar la noble hospitalidad que ha ejercido con nosotros el jefe del gobierno, el señor de Guevara Vasconcelos, entonces capitán general de las provincias de Venezuela."

Uno de los primeros deseos de Humboldt, después que se fijó en Caracas, fué ascender a la silla del Avila. Como los primeros días de Diciembre fueron por lo regular nublados, aguardóse a que el tiempo cambiase. Vasconcelos que no quiso o no pudo disponer de alguno de sus empleados para que sirviesen al viajero de compañía, se limitó solamente a proporcionar los peones que debían conducir las provisiones y los instrumentos. Verificóse la salida el 2 de Enero sin que ninguno de los amigos de Humboldt le acompañase; ningún hombre de letras, ningún apasionado a las ciencias había querido seguirle en su difícil y penosa ascensión. No había en esto nada extraño en un país, en el cual el estudio de la naturaleza era un enigma y en que no había iniciativa ilustrada de parte del Gobierno. El abandono y el indiferentismo obraban a la manera de un tósigo que enerva las facultades físicas e intelectuales del hombre; y lo que en otra situación habría sido un deber, un amor a la ciencia, o al menos una galantería, habría pasado en aquella época, como una solemne necesidad. Nadie había, hasta entonces, subido y explorado la montaña, y menos trepado a la cima. Estaba reservado a Humboldt ser el primer hombre

que imprimiera sus huellas sobre las rocas primitivas del gigante de la costa venezolana y clavara sobre su cima el estandarte de la ciencia. Imponente y solitario desde los primitivos días de la historia del globo, aguardaba al hijo de Germania, quien debía con su martillo de geólogo herir la cabeza del coloso, medir con sus instrumentos su talla gentil, y penetrar en los secretos que, por tantos siglos, había ocultado a las miradas del hombre.

Humboldt sobre la silla del Avila, dominando con su mirada todos los horizontes e interrogando el cielo y la tierra, se asemeja a aquellos sacerdotes druidas, que teniendo por culto la naturaleza e interpretando la obra de los dioses, conocían las veredas escretas y los lugares en que bajo la sombra del árbol sagrado, debían revelar sus misterios, en medio de la soledad de la naturaleza, a la multitud atónita que los oía.

El Homero de los Andes, hemos llamado a Humboldt cada vez que en nuestros escritos hemos tropezado con esta gran figura; no porque la imaginación sea el carácter distintivo de sus brillantes facultades, ni porque la poesía sea lo único que constituye la estética de sus obras; más porque poeta e historiógrafo de la naturaleza no puede dejar de concebirse sino como concibió Latarmine a Homero: "el hombre múltiple, resumen vivo de todos los deseos, de todas las inteligencias; de todos los instintos, de todos los heroísmos del alma; criatura tan completa como puede serlo el barro humano en toda la perfección de que es susceptible."

Como Homero, Humboldt es único y civilizador; y como Homero, se ha creado un culto por todas partes; y cualesquiera que sean los adelantos de la ciencia y el cambio de las observaciones, pues la naturaleza no se deja sorprender de un solo golpe, Humboldt será inmortal, por haber tomado a la

paleta de la naturaleza sus colores para pintar el paisaje de Dios, por haber pedido al cielo su luz para crear la ciencia del Cosmos.

Muchos fueron los ofrecimientos y muchos los caballeros que prometieron acompañar a Humboldt en su excursión a la Silla cuando el viaje fué un proyecto; pero desde el momento en que llegó el día fijado, las excusas principiaron y, al fin, los más resueltos abandonaron la idea; así fué que Humboldt tuvo que subir con Bonpland y los peones conductores de los instrumentos. A su regreso, la misma comitiva que le había acompañado hasta el pié de la montaña, vino al encuentro de los viajeros. Un espléndido banquete en la hacienda de Blandín se había preparado de antemano para obsequiar a Humboldt: allí estaban sus numerosos amigos y admiradores; y los viajeros, aunque fatigados, aceptaron con gusto la nueva prueba de cordialidad venezolana. De los numerosos brindis que se pronunciaron en honra de Humboldt, sólo conservamos el siguiente soneto que pronunció el Dr. José Antonio Montenegro, Vice-Rector en aquella época del Seminario Tridentino:

Sabio Barón de Humboldt, que la alta frente
Del Avila soberbio hoy has pisado,
Y en su empinada Silla colocado,
Dominas nuestro vasto continente:

No necesitas, nó de esa eminente
Situación para ser por mí admirado,
Pues de altura mayor en lo elevado
Te celebra la Europa justamente.

La celestial esfera tachonada
De luminosos astros, instrumento
Astronómico forma tu morada:

Allí asombroso te hace el gran talento;
Que dejando la tierra ya humillada
Te dá por mejor silla el firmamento.

La idea es bella, pero los versos son detestables. Montenegro, hombre de luces, adolecía de la manía muy común en aquellos días, de escribir décimas y sonetos para cada fiesta. En la infancia del arte todos creían ser poetas, cuando en realidad sólo uno poseía el espíritu de las Musas: Andrés Bello, a quien la posteridad debía discernir su corona de triunfo.

En un país como Venezuela, en el cual no se habían visto todavía instrumentos matemáticos, ni ser humano que se ocupara en la historia de la naturaleza, Humboldt y Bonpland debían interesar la curiosidad pública, y aún pasar por visionarios, cada vez que, enpolvados y cargados de plantas y de rocas, se les veía entrar a la ciudad, después de sus correrías por los montes vecinos, o de estudiar los instrumentos en los declives y alturas de los cerros. Un día llamaron a su puerta: no era uno de sus amigos predilectos, ni menos un campesino cargado de flores o de ramas, sino una prolongada fila de frailes franciscanos, que precidida por el Padre Puerto, el astrónomo del convento, solicitaba permiso del sabio para contemplar sus instrumentos. Humboldt, lleno de bondad, accede al deseo, y tiene la paciencia de dar una prolongada lección de física y de astronomía a los buenos franciscanos, que partieron agradecidos a sus celdas.

Más liberal con sus amigos familiares, conversaba con éstos sobre todos los ramos del saber humano y aún les facilitó muchos extractos de su diario de observaciones, como veremos más adelante.

Después de los paseos vespertinos, Humboldt recibía visitas, o salía para pasar las primeras horas de la noche en la amable compañía de alguna de sus familias predilectas. Silencioso unas veces, como el

hombre que está reconcentrado en sus ideas y que observa y escucha para aprender algo; festivo en otras; siempre agradable porque él conocía el arte de hacerse admirar, las horas se deslizaban en medio de la franqueza más culta. Humboldt había encontrado en la sociedad de Caracas una civilización con fisonomía europea, y este juicio que había formado desde un principio, lo ratificó, más tarde, ya en sus escritos, ya en sus cartas, cuando considera a Caracas como la primera capital de Sur-América y la que había dejado más gratas impresiones en su espíritu y en su corazón.

A pesar de vivir en medio del oscurantismo oficial, las familias poseían todas las ventajas de una sociedad adelantada: casas cómodas, riqueza efectiva, galantería en el trato, hombres distinguidos por el estudio y la nobleza de sentimientos; el talento natural, que por sí solo se abre camino cuando está acompañado de las gracias sociales; la sólida instrucción que reconocía Humboldt en un grupo de hombres, y las buenas costumbres, en unión de la paz de que disfrutaban los espíritus en una época en que no existían las divisiones políticas, todo contribuía a hacer gratos a Humboldt y a su compañero los días que debían pasar en la capital de Venezuela. España no había podido dar a su colonia las luces y la libertad política de que carecía, pero había arraigado en ella la gentileza en el trato, la hospitalidad digna, esa cultura social y caballerosa, que en toda época es una de las principales virtudes de aquella gran nación.

Humboldt palpó todo esto desde que llegó a Cumaná, y en una carta fechada en Caracas en 3 de febrero de 1800, dirigida al Barón Forell, Ministro de Sajonia en Madrid, le dice: "No puedo menos de elogiar bastante la bondad con que los oficiales del Rey han favorecido nuestras excursiones literarias. Admiro en los habitantes de estos hermosos países

aquella lealtad y hombría de bién que en todo tiempo han sido peculiares a la nación española. Es cierto que las luces no han hecho aún grandes progresos; pero, en cambio, las costumbres se conservan puras. A cuarenta leguas de la costa, en las montañas de Guanaguana, hemos llegado a posesiones cuyos dueños ignoraban hasta la existencia de nuestra patria. Más, ¿cómo podré yo pintar con exactitud la hospitalidad cordial conque nos trataron? Después de haber estado en su compañía sólo cuatro días, se separaban de nosotros como si hubiéramos pasado juntos toda la vida. Cada día me agradan más las colonias españolas; y si tengo la dicha de regresar a Europa, recordaré con interés y placer los días que pasé en ellas.”

En los tiempos de Humboldt tenía Caracas un hermoso teatro, que podía contener hasta dos mil espectadores. (1) Con tres órdenes de palcos, patio

(1) Este espacioso teatro estaba situado cerca de la esquina del Conde, frente a la casa actual del señor R. Francia. Su fachada se extendía desde la casa del señor G. Rivas hasta la que ocupa el señor Presidente de la República, teniendo un fondo de bastante extensión. En 1800 representaba en este edificio una compañía de actores venezolanos las obras dramáticas del antiguo teatro español y algunas traducciones del francés.

En el patio estaban completamente separados los dos sexos, y como la mayor parte de los palcos era de propiedad particular, sucedía, que un gran número de familias acomodadas tenían que ver la función a campo raso. La entrada general no excedía de medio franco, y aunque las compañías de actores eran por lo común detestables, sucedía que siempre estaba lleno el teatro. Fué el edificio de propiedad del Cabildo hasta 1812, en que habiendo quedado en ruinas pasó a otras manos. Pero lo más singular de las funciones es que nadie se quedaba en su casa, y que hasta los clérigos asistían a ellas sin ningún escrúpulo.

A fines de 1810 se estrenó en este teatro la compañía francesa Faucompré, primera ópera que visitó a Caracas. Desde 1800 hasta 1812 figuraron como primeros profesores de la orquesta los señores Cordero, que fué el director, Rodríguez, Gallardo, Carreño, Olivares, Landaeta, Meserón, Borges y Mármol, que debió su vida, en la sangrienta toma de Maturín en 1814, a su fagote.

exterior y galerías espaciosas para el libre paseo de la concurrencia, presentaba el defecto de tener descubierto el patio interior, lo que obligaba a los espectadores a contemplar los actores y las estrellas, como con tanta gracia decía Humboldt. "Como el tiempo nublado, escribe el sabio, me hacía perder muchas observaciones sobre los satélites, podía asegurarme de antemano, desde uno de los palcos del teatro, si Júpiter estaría visible durante la noche."

He aquí el arte y la astronomía, Moratín y Galileo hermanados en obsequio de Humboldt en el templo de la Talía venezolana. Pero esa fraternidad del arte y de la ciencia dependía casi siempre de la buena o mala voluntad de un tercer factor, Eolo, a quién en un momento de displicencia podía antojársele suprimir la función: por esto en los cartelones de avisos impresos no con tipos, sino hechos con cartulina, y los cuales eran siempre conducidos por las calles de la ciudad con acompañamiento de cajas y pitos y una cola de muchachos gritones, se leía: "**Si el tiempo lo permite**". Todo podía faltar en los pormenores del anuncio, menos esta frase que se conservó durante muchos años en un país, en que se cree todavía que la lluvia es un obstáculo aún en las más imperiosas necesidades de la vida.

Para aquella época todos los hombres de la revolución de 1810 principiaban a despertar como espíritus progresistas. Unos habían terminado sus estudios, otros los cursaban todavía. Humboldt, que siempre rindió culto al talento, se familiarizó, desde luego, con unos y otros. Sanz era el alma de aquellos días, en que las ideas de emancipación principiaban a germinar, como corolario indispensable de las ejecuciones del patriota España, y sus cómplices, llevadas a término de una manera escandalosa por Vasconcelos. Sanz, con el vuelo del águila y el corazón del espartano, era como el núcleo de todas las ideas y el faro de todas las esperanzas. En torno de él, como

hombres de letras, Montenegro, los Jugo, Buroz, Roscio, los Paúles, Luis y Javier Ustáriz, tan queridos de Humboldt, Escalona, Rosillo, Mendoza, los Montilla, Briceño, Salias, García de Sena, Maya, Rodríguez y otros más, a cuyo estímulo se levantaban todavía jóvenes, Bello, José L. Ramos, Revenga, Gual, Muñoz Tébar y el futuro obispo de Tricala, en unión de las florecientes espigas que debía segar la guerra a muerte desde 1812 hasta 1820. De esta juventud debían nacer los hombres de la Revolución, los adalides de la guerra magna. ¿Quién debía presidirlos? Con ellos no estaba entonces aquél, que sin que nadie lo previera, debía ser el alma de todas las inspiraciones y el impulso de todos los movimientos. En las grandes revoluciones sociales, el genio que debe realizarlas, no se presenta jamás en los momentos problemáticos, en que todo parece augurar un brillante resultado, sino en los días del conflicto y de las amargas decepciones: son como el rayo eléctrico en medio de la tempestad, que la domina, la vence y sirve de luz a los náufragos, que sin timón y sin guía zozobran en medio de las olas agitadas.

Bolívar viajaba por Europa, mientras Humboldt exploraba la América; pero tan luego como éste regresó a París, en 1804, aquellos dos hombres que todavía no se habían conocido, hubieron de encontrarse. Aguardaba Bolívar la llegada del explorador de los Andes para principiar con él una amistad que no debía terminar sino con la muerte del primero. Un día en que Humboldt, en el silencio de su gabinete, se ocupaba en recolectar sus notas de viaje, llamó a la puerta una visita: era Bolívar que venía a presentar sus respetos al sabio, a felicitarle por sus importantes trabajos y a traerle un éco de los recuerdos de Caracas. Era Bolívar un joven como de veinte años, delgado, de elegantes modales, buena persona, ojos centelleantes, conversación fluída e ilustrada; pero con arranques impetuosos en la discusión, pues tenía una imaginación



Autoretrato de Alexander von Humboldt. Litografía según un original actualmente perdido, París, 1814. Este autoretrato, dibujado ante un espejo, corresponde a la época en que Humboldt, junto con su joven amigo Barón von Steuben, tomaba lecciones del más conocido retratista de este tiempo, Francois Gérard, 1770 - 1837.

Desde los días en que pudo exponer sus cuadros en la Academia de Arte de Berlín, estuvo Humboldt unido al mundo artístico. El hecho de que Humboldt estuviese relacionado con innumerables artistas romanos y parisinos, así como el haber encargado a muchos de ellos la ejecución de sus 1500 grabados en cobre para sus obras sobre viajes lo demuestra plenamente. Más tarde ayudó en Berlín a artistas prometedores, y dedicó un artículo del "Cosmos" a la explicación de "la Pintura del paisaje como estímulo al estudio de la naturaleza". Protegió a los pintores y dibujantes como Rugendas, Ferdinand Bellermann, Eduard Hildebrandt. El director general de los Museos Reales de Berlín, Ignaz von Olfers, fué íntimo amigo de Humboldt.

volcánica e ideas exajeradas sobre los hombres y los sucesos de aquella época.

En la primera visita, después de los cumplidos y felicitaciones recíprocas, Humboldt fué el primero que se reveló en sus aspiraciones y tendencias. Acababa de realizar uno de sus más grandes deseos, y se encontraba con la esperanza de emprender un nuevo viaje que enriqueciera la ciencia y le llenara de gloria. Humboldt comunicó a Bolívar sus impresiones sobre Venezuela, el estado de su sociedad y el porvenir que la aguardaba, desde el momento en que el gobierno de España, animado de un espíritu progresista, protegiera la instrucción de las masas y abriera el comercio de la colonia a las naciones del mundo. Bolívar apoyó las ideas del viajero, y reconcentrándose en las suyas se despidió de Humboldt, ofreciéndole volver.

En efecto, volviéronse a ver por repetidas ocasiones, y en una de éstas, provocó Bolívar la cuestión de independencia de Venezuela. Después que Humboldt, quien tenía quince años más que su interlocutor, escuchó con calma las ideas avanzadas del joven entusiasta, contestó con mucho laconismo: "No conozco al hombre capaz de realizar semejante empresa". Bolívar no se dió por entendido, y continuando en la discusión, diafanizó al fin sus aspiraciones, y manifestó al sabio, cuáles eran las tendencias que le empujaban. "¡Locura! Contestó Humboldt, España es bastante fuerte para apagar todo espíritu revolucionario en Venezuela; por otra parte, no existe en los pueblos de Sur América ningún síntoma que indique un cambio radical en las ideas; y las opiniones de un círculo ilustrado, pero pequeño, no pesan sobre la muchedumbre ignorante, aferrada en sus creencias por hábitos seculares. Os aseguro que esto sería una locura y una desgracia en estos momentos."

Humboldt no había podido presentir que departía con el futuro Libertador de América.

Después de haber pasado en Caracas dos y medio meses, Humboldt dejó la capital de Venezuela el 7 de febrero de 1800. ¡Cuán diversas las impresiones que experimentaba al dejarla, de las que había experimentado al entrar en ella! A su llegada, la ciudad le había parecido triste y sombría, y su alma se había penosamente conmovido, como si hubiese presenciado la catástrofe de 1812, como dice uno de sus biógrafos. Al dejarla, llevaba en su memoria los recuerdos de la gratitud, y en su corazón las dulces emociones que le habían hecho placenteros los más bellos instantes de su vida. En su nueva peregrinación debía igualmente encontrar espíritus caballerosos que le colmaran de atenciones delicadas. En El Consejo, en la hacienda Barrios, le recibe la familia Montero, y Humboldt, agradecido a los obsequios que de ella recibiera, se impone el deber de recordar en la relación de sus viajes al joven eclesiástico, espíritu ilustrado, que le acompañó hasta La Victoria. "Casi todas las familias, ha escrito Humboldt, con quienes habíamos tenido una estrecha amistad en Caracas, los Ustáriz, los Tovares, los Toros, estaban reunidos en los pintorescos valles de Aragua: propietarios de las más ricas plantaciones, rivalizaban entre sí para hacernos agradable nuestra mansión en aquellos lugares; y antes de internarnos en las selvas del Orinoco, gozamos por una vez más, de todas las ventajas de una civilización adelantada."

A los pocos días abandonaron Humboldt y Bonpland La Victoria, donde habían sido tan obsequiados, y a su paso por la Concepción se detuvieron algunas horas para dar el adiós postrero a la familia Ustáriz, tan respetable como instruída, según la opinión de Humboldt, y en cuya casa pintorescamente situada sobre una altura, debía el viajero tropezar por otra vez más con una biblioteca de obras

escogidas. Allí se despidieron, en medio de una efusión amigable, los hermanos Ustáriz del grande Humboldt para no volverse a ver. ¡Cuán diverso el destino que aguardaba a cada uno! Dos de aquellos debían morir en los campos de batalla defendiendo la independencia y la libertad de su patria, pocos años después, mientras Humboldt debía contemplar, en los días de su senectud, todo el resplandor de su gloria.

¿Qué recuerdos nos quedan de Humboldt? ¿Qué documento, qué objeto, qué carta que podamos conservar, con el respeto que inspira su memoria? Todos sus amigos han bajado al sepulcro, y de la generación que él dejó en la infancia no quedan sino restos octogenarios que le recuerdan entre sombras. ¿Qué hemos hecho por nuestra parte, de qué manera hemos contribuído para avivar, durante su prolongada vida, el recuerdo de las impresiones que recibiera en nuestro suelo?

Grato, y muy grato, era a Humboldt hablar de Caracas y de Venezuela, cuando alguno de los venezolanos que visitaban a Berlín, en pasada época, solicitaba un permiso del Néstor de la ciencia, para ofrecerle un saludo en nombre de la patria. Lleno de benevolencia, el anciano recibía la visita y al instante se despertaban en su memoria los recuerdos de Caracas. Ya hablaba con veneración de Bolívar, a quien llamaba su **viejo amigo**; ya preguntaba por los hijos de sus amigos predilectos: conocía todos los sucesos de nuestra historia magna y la mayor parte de los hombres que en ella se habían sacrificado. Los pormenores de las localidades y sitios campestres los recordaba con una frescura admirable, y con frecuencia preguntaba, ya por los olivos del convento de San Felipe, ya por las ceibas de Cariaco, el fortín de la Cruz en el camino de La Guaira o por el gigantesco samán de Güere.

Allá, a lo lejos, en el camino, entre Turmero y Maracay, se encuentra un coloso de las selvas: es el samán de Güere o el árbol de Humboldt, como lo llama un viajero moderno. Un día, dos años antes de morir el anciano, Pablo de Rosti, que acababa de visitar a Venezuela, quiso obsequiar a Humboldt con un álbum de fotografías que había sacado en los lugares mismos, y entre las cuales se encontraba una vista del samán de Güere, tomada en 1858. Humboldt principió a contemplarlas lleno de emoción; pero cuando llegó a aquella en que se ostentaba, en toda su belleza, el hermoso árbol, llevó una de sus manos a la frente, como queriendo borrar la imagen de un recuerdo doloroso. Al instante los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, y en presencia de aquel dibujo que despertaba en su memoria las dulces impresiones de su primera juventud y el recuerdo de Venezuela, dijo al viajero: "Ved lo que es de mí hoy; y él, ese hermoso árbol, está lo mismo que lo ví hace sesenta años: ninguna de sus grandes ramas se ha doblado; está exactamente tal como lo contemplé con Bonpland, cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegría, el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecía nuestros estudios más serios."

A despecho del tiempo, el árbol de Humboldt se conserva. Tres siglos han pasado desde que el hombre europeo pisó el suelo de Venezuela, multitud de generaciones se han sucedido y él está aún de pie. Asistió a las guerras de la conquista y al triunfo de los conquistadores y a la fundación de los pueblos, y a las primeras luchas de la libertad; saludó a Humboldt y fué testigo de la guerra magna y del triunfo de Bolívar y ha sido después el impassible observador de nuestras guerras civiles y de nuestras luchas democráticas. Hombres y acontecimientos se han sucedido y él está todavía firme, como el representante de lo pasado; ya encanecido por los años, pero aún corre por sus venas la savia de la

primavera eterna; porque él debe vivir para asistir al centenario de Bolívar en 1883, y después al de la Revolución en 1910, y continuar en su vida de patriarca hasta que al tiempo plazca entregar al fuego y al viento sus despojos y dejar su prole a las generaciones del porvenir.

¿Qué poseemos de Humboldt? De sus instrumentos uno quedó en Venezuela; una brújula que por olvido o de regalo dejó el viajero en la hacienda Barrios, cerca del Consejo, propiedad de la familia Montero en aquel entonces, quien obsequió a Humboldt en su paso por los Valles de Aragua. (1)

De los extractos del Diario de observaciones de Humboldt han llegado a nuestro poder tres copias que tienen la fecha de enero de 1800. La uniformidad de los datos sobre el termómetro, barómetro, alturas, declinación de la aguja magnética, longitud y latitud, oscilación del péndulo, mareas atmosféricas, humedad del aire, etc., etc., revela que todos fueron tomados de una misma fuente. En una de las copias, sin embargo, encontramos una nota sobre el aire vital, al hablar del viento de Catia que reproducimos a continuación.

“El aire vital es el que sostiene la vida, y el letal el que la destruye, por eso se le dá este nombre. Así los países más saludables serán aquellos que tengan más aire vital.

“El viento de Catia tiene más riqueza por venir del mar, donde se impregna de muchas partículas nitrosas que son las que constituyen lo saludable del aire vital; y aunque es cierto que a las personas de complexión delicada suele proporcionarles esta corriente dolores de cabeza o reumatismo, esto no proviene sino de la impresión demasiado activa que

(1) Esta brújula debe hoy encontrarse en poder de los herederos del señor Domingo Monzón, en La Victoria.

ejerce un aire tan rico, sobre nervios delicados o poco vigorosos, especialmente si no están acostumbrados a recibirlo. Por lo tanto, el viento de Catia, aunque con su riqueza vital produce ligeras incomodidades, es en realidad el que contribuye a sostener la vida, sobre todo en la temperatura de Caracas, y debe recibirse con la boca abierta, como decía un sabio de este país y conviene en ello el Barón de Humboldt.

“En las montañas a cierta altura, ya por la mayor proximidad al mar u otros accidentes, hay en muchas ocasiones más aire vital y es más puro que en los valles y llanos; pero en las mismas montañas, si son muy elevadas, es menor la cantidad de aire vital, como sucede en el pico de Teire, la cual escasiando a medida que se asciende, llega un momento en que no puede sostenerse la vida. Por esto en los montes muy elevados se respira con dificultad y algunos sucumben.”

Pertenece esta nota al señor Rodríguez de Cosgaya, secretario de Vasconcelos en aquella época. Conexionado muy directamente con Humboldt, y hombre de luces, hubo de aprovecharse de su contacto frecuente con el ilustre explorador. Rodríguez de Cosgaya fué en toda época un hombre de sano criterio y de ideas fijas. Sirvió a España con lealtad, y habiendo tenido por esposa una hija de Sanz, favoreció a su suegro sin faltar a sus deberes, y continuó en Venezuela, después de perdida la causa española, no legando, en su muerte, a su familia, sino un nombre digno y honorable.

Después de su salida de Caracas, Humboldt se comunicó con Vanconcelos, desde Barcelona, a su regreso del Orinoco, y más tarde, durante su permanencia en Cuba, Nueva Granada y Perú, con sus amigos Ustáriz, Ibarra, Tovar, Toro y con Sanz, de quién había recibido cartas de recomendación para el sabio español Mútis en Nueva Granada. Fundada Colombia, Humboldt reaunó su amistad con Bolívar,

felicitó a la patria y al caudillo insigne que había realizado la emancipación de la América.

De toda esta correspondencia nada nos queda hoy: la vorágine revolucionaria se llevó los hombres y las cosas, y los archivos públicos y privados fueron devorados por la incuria y por el tiempo. Algo, sin embargo, ha podido salvarse del naufragio; la interesante carta de Humboldt a Vasconcelos, fechada en Barcelona en Diciembre de 1800, conocida ya del mundo europeo, y las siguientes inéditas que todavía no conoce el público y que una casualidad ha hecho llegar a nuestro poder, después de haber estado guardadas setenta y dos años. La primera es la carta dirigida al doctor José Antonio Montenegro; resumen de opiniones verbales dadas por Humboldt sobre las materias que en ella se expresan. Hela aquí:

Al señor doctor José Antonio Montenegro.

“Caracas: Enero de 1800

“Muy apreciado amigo.—Me ha encargado U. le dé por escrito, el resumen de las ideas que tuve la honra de exponerle sobre la cátedra de matemáticas que el consulado acaba de dotar en esta ciudad. Deseando sobremanera el progreso de las ciencias que cultivo, voy a cumplir su encargo con toda la franqueza con que un hombre de letras debe explicarse.

“La provincia de Caracas es uno de los países más bellos y más ricos en producciones naturales, que se han conocido en ambos mundos. Deséase instruir la juventud, no solamente, en las matemáticas, según los principios elementales, conforme a los cuales se divide y mide un terreno o la altura

de una montaña o se construye una máquina; sino que se pretende igualmente comunicar los conocimientos relativos a la agricultura y a las artes, al modo de beneficiar el añil, azúcar, fabricar ladrillos, etc., etc. Solicítase un profesor a quien se pueda recurrir para tomar de él la instrucción necesaria en lo relativo a la utilidad que pueda sacarse de una producción vegetal, del jugo de una raíz, y sobre el valor de un mineral que se descubre. He aquí las ideas que han conducido a los sujetos respetables que han contribuido a dotar la nueva cátedra. Para llenar, pues, los deseos patrióticos de estos mismos señores, es necesario distinguir entre el fin que se proponen y la elección de la persona que para ello ha de solicitarse.

“Apenas habrá dos o tres hombres en la Europa que puedan a un mismo tiempo, desempeñar un curso de química (Física química) y de matemáticas. El sabio que es instruido en la construcción de una máquina no sabe discurrir sobre el añil: y tan raro es el que estas dos cosas se hallen reunidas en un solo hombre, como encontrar en un abogado un buen médico. Me parece, pues, que sería muy útil dotar, a un mismo tiempo, dos cátedras en lugar de una, constituyendo un profesor de **Matemáticas** (mecánica, arquitectura rural, fortificaciones) y otro de **Química** o Física experimental. Los miembros del Instituto nacional de Francia no tienen sino ochocientos pesos por año. No siendo muy subido el precio de los víveres en esta ciudad, juzgo que con aumentar la cantidad en cuatrocientos pesos, se conseguirían dos profesores, de los cuales, cada uno tendría la renta de mil doscientos pesos; pensión muy buena y bastante apetecible. Sin embargo, en el caso de que absolutamente no se quiera más que un solo profesor, me parece, **atendiendo a las necesidades de la Provincia**, que un profesor de Química y Física aplicada a las artes y a la agricultura es

mucho más necesario que el profesor de Geometría, especialmente cuando no faltará en esta ciudad algún sujeto instruído en las matemáticas elementales para enseñar la juventud.

“En cuanto a la elección del sujeto que ha de ser el maestro o profesor, sería una cosa muy irregular el abandonarla a la casualidad, dejando en manos de alguno, que ocupado en asuntos más importantes, y separado de los sabios del país, encargase un negocio como éste a personas capaces, quizás, de obrar por intereses personales. La España tiene al presente, en Química, tres hombres de primer rango, a saber: el profesor Proust, residente en otro tiempo en Segobia, y ahora en Madrid, calle del Turco, fábrica de cristales, Don N. Fernández, ensayador de la Moneda Real, y Don Juan Manuel de Areyula, en Cádiz.

“Para la elección de un profesor de Química, es necesario ocurrir al profesor Proust, miembro del Instituto nacional de París, quien goza de una particular protección del señor Don N. Urquijo. Aquel es un caballero muy amigo de servir y uno de los primeros químicos de Europa. Será necesario hacerle presente la necesidad de la provincia, esto es, la **química aplicada a las artes**, y suplicarle ejercite, durante algunos meses, en su laboratorio a la persona que escogiere.

“Por lo que toca a las matemáticas y a la mecánica se deberá consultar al caballero Betancourt, quien goza de una gran reputación en Francia y en Inglaterra, (vive en el Buen Retiro), o a Don José Chai, profesor del cuerpo cosmográfico, en el cual tiene ya formados excelentes discípulos.

“Pero estos sujetos serán desde luego inútiles si vienen sin instrumentos. Es indispensable que traingan un pequeño aparejo químico de los conocidos: balanzas, barómetros, termómetros, higrómetros, etc.

Por seiscientos o mil pesos puede conseguirse una bella colección de ellos.

Aceptad, etc.,

Humboldt.”

Esta carta nos ratifica en la necesidad que tenemos, hace setenta y tres años, del estudio de las ciencias en sus relaciones prácticas con las artes e industrias del país.

La otra carta inédita que poseemos es la dirigida por Humboldt desde Huayaca (Perú) a su joven amigo Domingo Tovar y Ponte, hijo mayor del conde de Tovar. Humboldt tenía un motivo particular de consideraciones para con esta familia. A su llegada a Caracas, y antes que el capitán general Vasconcelos encontrarse la casa donde debía hospedarse el recomendado de la corte de Madrid, el conde de Tovar, anciano venerable, había ofrecido su palacio en la esquina de las Carmelitas, y esto motivó el que Humboldt principiase desde el instante en que llegó a Caracas, a tratar a toda la familia del señor Tovar, la cual colmó de atenciones a los viajeros, durante los pocos días en que todos vivieron bajo un mismo techo.

Esta interesante carta es la siguiente:

“Huayaca, agosto 2 de 1802

Señor Don Domingo de Tovar y Ponte.

“Muy señor mío y de todo mi respeto.—No sé si estas líneas tendrán la misma suerte que otras que, en diferentes ocasiones, desde la Habana, Santa Fe

y Quito he dirigido a nuestros carísimos amigos Don Fernando Toro, Don Javier Ustáriz y a U., mi querido Domingo. Nunca he tenido la más pequeña contestación, ni de UU. ni de Cumaná. Estoy lejos de pensar que todos nuestros amigos nos han olvidado (pensamiento que me afligiría amargamente); pero creo que la rapidez de mis viajes me ha impedido recibir las cartas de UU.

“A cualquier distancia a que me halle, nos recordaremos Bonpland y yo, con tiernos agradecimientos de las bondades y de la generosa franqueza con la cual la respetable casa de UU., los sabios y amables Ustáriz y la familia del Marqués del Toro se han servido recibirnos. ¡Con cuánta distinción hemos sido tratados en la Habana, en Cartagena de Indias, en Santa Fe de parte del señor Virrey y del Dr. Mutis, (en cuya casa hemos vivido en Popayán) y en Quito donde gobierna una persona igualmente instruída, amable y virtuosa, el Barón de Carondelet. Cuántos motivos digo, tenemos para estar agradecidos a los buenos americanos en todas las partes de nuestro tránsito! **Con todo, no hay lugar del cual nos recordemos con más gusto que de la bella ciudad de Caracas, la que por su situación pintoresca, su temple, sus edificios, y particularmente, por la civilización intelectual y finura del trato social merece el lugar más distinguido entre las capitales del Nuevo Continente.**

“Como ignoro cuáles de mis cartas anteriores han llegado a manos de UU. y de nuestros carísimos amigos, temo fastidiar a UU. con narraciones repetidas de nuestra expedición. UU. saben que después de una demora de tres meses en la isla de Cuba (donde he construído hornos de reverbero que han tenido mucha..... (1) en las haciendas del conde Jaruco),

(1) Parece faltar la palabra aceptación.

hemos determinado surcar el mar del Sur, para incorporarnos a la expedición del capitán Baudin, la que por falsos avisos, se decía, haber salido por el Cabo de Hornos. La navegación de Batabano a la Tierra firme era de cuarenta días, y más peligrosa todavía que los nortes que hemos corrido desde Cumaná a la Habana. Después de una corta demora en el Darién, tierra no pisada por ningún naturalista, hemos llegado a Cartagena, donde he confrontado mis trabajos con las bellísimas operaciones de Fidalgo, hallándonos en una admirable armonía, desde la costa de París hasta la punta de San Blas de Puerto Bello.

El deseo de ver de cerca al ilustre Mutis, nos ha obligado a preferir el penoso y costoso viaje del río de la Magdalena (cuyo plano he levantado en cuatro hojas como el del Oricono, Río Negro, Casiquiare y Atabapo), al de Panamá. Infinitos han sido los frutos que hemos sacado de este dilatado viaje en el Nuevo Reino de Granada, la provincia de Popayán y la de los Pastos.

“La botánica, la astronomía y la geografía astronómica han sido igualmente enriquecidas. ¿Quién percibía que la civilización americana está tan adelantada, que en la última tule, Popayán, hemos visto más instrumentos y encontrado más conocimientos, que en la Habana? ¡Que en Popayán hay cuadrantes y un D. Carios que observa los satélites de Júpiter!

“La cordillera de Los Andes es una suave margen en la cual vivimos hace más de ocho meses. Seis solamente hemos dedicado al estudio de los volcanes de Quito. ¿Creerán UU. que a fuerza de paciencia hemos llegado no solamente quinientas toesas más alto que La Condamine, sino casi a la misma cumbre del Chimborazo a tres mil quinientas toesas, de modo que no faltaban más que doscientas para llegar a la cima?

“Después de haber registrado las provincias de Cuenca, y las de Loja, tomamos el rumbo por Jaén de Marañón. De aquí fuimos por la cordillera a los minerales de Chota y Casca, Suarca, Trujillo y Lima.

“Una carta muy fina que hemos tenido de la Academia de París en el mismo día en que he medido el cráter del Pichincha (que tiene setecientas cuarenta y dos toesas de diámetro) nos ha anunciado que el capitán Baudin ha ido del Oeste al Este y está en Filipinas, pasando el Cabo de Buena Esperanza. Continuaremos entonces solos nuestra expedición por Acapulco y México, donde estaremos en febrero de 1803. Como Baudin ha visitado las Filipinas y ya mis instrumentos principiaron a sufrir, en un viaje que dura ya tres años, pienso regresar a México, por la Habana a España.

“Nuestra salud ha resistido perfectamente a tanta mutación de climas.

“Bonpland y el célebre Cruz han tenido calenturas, mientras yo no he sentido hasta ahora ni un dolor de cabeza.

“He hecho venir de mi casa diez mil pesos por la Habana; de modo que con abundancia de dinero y salud, las dos virtudes cardinales, lo hemos pasado grandemente hasta este día.

“Expresiones a los Ustáriz, Toros, etc., etc.,

Humboldt.”

¡Cuánto honra semejante carta a su autor y a Venezuela! Las opiniones confidenciales, íntimas, aquellas en que el corazón se refleja en su expansión espontánea, franca y noble, encierran siempre una elocuencia que excede a cuanto se escribe en los libros o relatan los labios en presencia de los grandes auditorios. Cuanto ha dicho Humboldt en elogio de

Venezuela, veinte años después de su viaje, al publicar sus obras, estaba ya consignado en su correspondencia amistosa; en los días en que las gratas impresiones que había recibido, conservaban todavía esa virginidad perfumada que no desaparece sino más tarde, cuando nuevas impresiones y los acontecimientos de la vida que nos lleva en una corriente, sobre la cual flotamos, nos hacen perder la memoria y aun el sentimiento que es el bello ideal de la gratitud.

Nos queda aún de Humboldt una carta muy interesante, que aunque publicada ahora treinta y dos años, no la conoce la actual generación: nos referimos a la carta de congratulación que escribió el sabio al coronel Codazzi, felicitándole por sus importantísimos trabajos sobre la geografía de Venezuela.

La comisión corográfica e histórica nombrada por el gobierno de la República y compuesta de los señores coronel Codazzi, Baral y Díaz, se instaló en París, para realizar los trabajos, a mediados de 1840. No fué sino en 1841, en la sociedad de geografía, donde los comisionados tropezaron con Humboldt, quien acabado de llegar de Berlín, estudiaba los mapas de Codazzi en unión de los señores Arago, Sabari, Elie de Beaumont y Boussingault, nombrados por el Instituto de ciencias para dar su opinión sobre la materia. Desde el momento en que los comisionados se pusieron en relación con Humboldt, éste pareció transportarse a los días en que había visitado a Venezuela en 1800. Aparte de las discusiones científicas que tenía Humboldt con Codazzi en la sociedad de geografía, las cuales fueron animadas, pues los trabajos del geógrafo de Venezuela estuvieron sometidos a riguroso examen, Humboldt, puede decirse, que instaló su tertulia en la casa de los comisionados, calle de Hedler, número 16. Con mucha frecuencia almorzaba con éstos, y la conver-

sación tenía que versar sobre lo pasado y lo porvenir de Venezuela.

Humboldt no se había olvidado ni de los lugares ni de los nombres y familias de la época en que visitó a Caracas. Los comisionados se admiraban de ver, como Humboldt conocía con más exactitud que ellos, todos los lugares, sitios y veredas de la cordillera del Avila, y hablaba de ésta como si la tuviese a la vista. El anciano no había olvidado ninguna de las numerosas familias a quienes había tratado, y en muchas ocasiones, llegó a preguntar por algunas que habían desaparecido por completo, y de las cuales no tenían la más pequeña idea los venezolanos de la comisión: tal ha sucedido con las familias Lecumberri, Marrón, Urosa, Veroes, Urbina, Sojo, Aguado, Colón, Suárez, Arginsones y otras.

La conversación de Humboldt versaba, por lo general, sobre sus aventuras en el Orinoco y resto de América. No se cansaba de elogiar la sociedad de Caracas, a la cual reputaba como la primera de Sur-América, por su hospitalidad, modales cultos y talento natural. Recordaba los amigos que le habían obsequiado y hablaba siempre con ternura de los hermanos Ustáriz y sobre todo de Javier, cuya desgraciada suerte y la de uno de sus hijos, sacrificada por la horda del feróz realista Morales, en 1814, compadecía vivamente. Recordaba al señor Carlos del Pozo, en Calabozo, y ponderaba la constancia de este excelente sujeto, quién sin estímulo y sin medios se había dedicado, sin tener maestros al estudio de la física, en una época en que aspirar a la ilustración parecía un atentado a la paz de la colonia.

Y ya que nombramos al señor del Pozo, séanos permitido relatar un incidente gracioso que llenó de satisfacción a Humboldt al siguiente día de su llegada a Calabozo. Uno de los más vehementes deseos que tuvo el viajero al instalarse en esta ciudad de los Llanos, fué el de conocer y estudiar los

gymnotes o anguilas electricas, conocidas por los llaneros con el nombre de tembladores. Como Humboldt se puso, desde el momento en que llegó a la ciudad; en relación con el notable físico, éste, para corresponder a los deseos del viajero, le invitó a que fuese al siguiente día a visitarle. Muy temprano el señor del Pozo se hizo traer uno de los animales al cual pudo, no sin gran trabajo, atarle en la cola un alambre que puso en comunicación con la puerta de la sala en que debía recibir a Humboldt. Preparada la sorpresa, encargó a su criado que cuando llegare un extranjero a quien tenía invitado, no se olvidara de recomendarle que golpeará con la aldaba la puerta de la sala.

Humboldt se presenta a la hora convenida y notificado de lo que debía hacer, toma la aldaba y llama a la puerta: mas ¡Cuál fué su sorpresa cuando al instante recibe una descarga eléctrica que le echa por tierra! Repuesto del choque se levanta, y lleno de sonrisa exclama: "Bien, muy bien, he conocido los efectos primero que la causa". Entonces apareció el señor del Pozo, quien estrechando la mano de su ilustre huésped, le conduce a la sala para que conociera al importuno que sin dejarse ver le había sorprendido.

"El día en que escriba la historia de las ciencias en Venezuela, ha dicho uno de nuestros más aprovechados hombres de ciencia, habrá de formar capítulo aparte este hombre verdaderamente extraordinario, a quien encuentra Humboldt en Calabozo en medio de máquinas eléctricas, electróforos, electrómetros, y una multitud de otros aparatos e instrumentos, que formaban en el centro de nuestras sabanas un gabinete casi tan completo como el de un físico europeo; todos construídos por él mismo sin haber visto antes ningún otro semejante. A Don Carlos del Pozo debe la ciudad de Calabozo los pararrayos que la circundan, montados por él, poco después de



Alexander von Humboldt en un cuadro de Carl Begas, Berlín 1844. Carl Begas pintó a Humboldt como caballero del orden "Pour le Mérite", donado por Federico Guillermo IV en 1842. Humboldt fué su primer canciller de por vida. Sus esfuerzos para llevar a numerosos sabios y artistas nacionales y extranjeros al orden, aumentaron su enorme correspondencia. En todas las formas posibles se preocupó por el prestigio de las ciencias. Auspició el llamamiento a Dahlmann y a los hermanos Grimm a Prusia, al ser éstos expulsados por diversos profesores de Gotinga. Tomó parte activa para que las expediciones de Lepsius, y más tarde de Brugsch a Egipto fueran realizadas. Obtuvo para Freiligrath una pensión. Igual que en París, ayudó en especial a científicos jóvenes. A muchos les dió una carta de Recomendación, ya que su nombre tenía enorme valor en todo el mundo. El mismo recibió muchos honores de Academias y príncipes que recurrían a él en busca de consejo. Igual que en Potsdam en 1849, fué nombrado en 1856 ciudadano de honor de Berlín.

haber llegado a sus manos las "memorias de Franklin sobre la electricidad." (1)

Humboldt, satisfecho de la ciencia del señor del Pozo, escribió a la Corte de Madrid, pidiendo premiase a un hombre tan meritorio con un destino de importancia. Accedió gustoso el gobierno español y puso al recomendado en libertad de elegir el destino que fuese de su agrado; pero tan modesto anduvo el sabio venezolano que se contentó solamente con el de Administrador de Propios de Calabozo (hoy Rentas Municipales). (2)

A proporción que las páginas de la historia de Venezuela estaban listas para ser entregadas a la prensa, Humboldt se hacía leer por Baralt capítulos enteros, y entonces el anciano interrumpía a cada instante la lectura con exclamaciones de sorpresa y de júbilo. Los incidentes de la vida de Bolívar, sus desgracias y victorias, la tenacidad de los pueblos, los combates sangrientos, la lucha a muerte; el valor encarnizado de dos partidos, que de la vida pacífica se habían lanzado, sin práctica y enseñanza, a la vida militar: todo esto despertaba en Humboldt un entusiasmo del cual no podían darse cuenta". ¿Cómo es posible, exclamaba con frecuencia, que un pueblo a quien yo había juzgado como inocente en materia de guerra, haya podido levantarse a esa altura? Sin duda alguna, ese es el pueblo más belicoso del

(1) Agustín Avelado.—Observaciones metereológicas durante el año de 1871.

(2) No conocemos los pormenores íntimos de la estada de Humboldt en las regiones de Cumaná, Carabobo, Barcelona y lugares del Orinoco. Sería de desear que los escritores de cada uno de estos Estados recogieran las noticias que aún se conservan acerca del ilustre sabio en su viaje a Venezuela. Una anécdota, una frase, un concepto, todo tiene interés en la carrera de este hombre ilustre; la historia al consignar en sus páginas todos los incidentes de una vida tan gloriosa, rinde un homenaje a la verdad. Tal es el destino de los grandes hombres.

continente, y esta realidad que desvanece por completo las opiniones que sobre él había formado, me hace amarle más y admirarle en sus nuevos destinos. ¿Quién me hubiera dicho que mi viejo amigo Bolívar iba a cubrirse de una gloria que ya es inmortal?" Y como supiera que la Comisión agenciaba el envío a Caracas de muchos objetos para los funerales del Libertador en Diciembre de 1842, Humboldt exclamaba: "cuánto siento no poder estar en Caracas, para acompañarle en su paseo triunfal por las calles de esa ciudad para mí tan querida."

Humboldt tenía un motivo para juzgar inocentes, en materia de guerra, a los pueblos de Venezuela: es la siguiente anécdota que había dejado consignada en sus viajes y que no se cansaba de recordar en sus conversaciones con los historiadores de Venezuela. Refería el viajero que, al llegar a Turmero, la milicia del pueblo, obedeciendo las órdenes de Vasconcelos que quería tenerla en todos los pueblos en constante ejercicio, celebraba un simulacro de batalla. Combatían como adversarios los batallones de Turmero y La Victoria, y como en todo simulacro hubo de haber fuego, detonaciones, pólvora y sol. Un teniente de milicias, conocido de Humboldt, decía a éste después de terminada la batalla, que se le había tenido al sol durante cuatro horas sin haber permitido a sus esclavos que le abrigaran con un paraguas; pero que lo que más le había sorprendido era el haberse visto rodeado de fusiles que podían haber reventado a cada instante". "¡Cómo los pueblos que parecen más pacíficos toman de pronto hábitos guerreros!" exclama Humboldt veinte años más tarde, cuando publicaba sus viajes. "Sonreía entonces en presencia de una timidez que se anunciaba con un candor tan natural, agrega, y doce años después, aquellos mismos valles de Aragua, los llanos pacíficos de La Victoria y Turmero, el desfiladero de La Cabrera y las fértiles orillas del lago de Valencia,

fueron el teatro de los combates más sangrientos y encarnizados entre patriotas y realistas.”

No puede concebirse la familiaridad que se estableció entre Humboldt y los comisionados, sino escuchando a uno de éstos, que actualmente vive, nuestro respetable amigo el señor Ramón Díaz. Aquella colonia de venezolanos, entre la cual estaba la familia del coronel Codazzi, se encontró durante algunos meses presidida por Humboldt; y hubo días en que pasada la hora del almuerzo, todos se preguntaban, si vendría el venerable anciano, cuando de pronto aparecía éste en la sala, llenos sus labios de benévola sonrisa.

Como Humboldt había llegado a París en los últimos meses que pasó en aquella capital la comisión corográfica, no pudo estampar su firma en el informe luminoso que había ya dado al coronel Codazzi la comisión de sabios nombrada por el Instituto. Contentóse entonces con pasar al geógrafo de Venezuela la siguiente carta de felicitación, un mes antes de que aquél regresara a Venezuela, en unión de los señores Baralt y Díaz.

“En París, a 20 de junio de 1841

“Señor Coronel: no puedo ver partir a U. para ese país que me ha dejado tan gratos recuerdos sin renovarle la expresión de mi grande y afectuosa consideración. Los trabajos geográficos de U. abrazan una inmensa extensión de tierra: y ofrecen a la vez los pormenores topográficos más exactos y medidas de alturas tan importantes para la distribución de los climas, que harán época en la historia de la ciencia. Dulce es para mí haber vivido bastante para ver terminada una empresa basta, que, ilustrando el nombre del coronel Codazzi, contribuye a la gloria

del gobierno que ha tenido la sabiduría de protegerle. Lo que yo tenté hacer en un viaje rápido, estableciendo un conjunto de posiciones astronómicas e hipsométricas para Venezuela y la Nueva Granada, ha hallado, señor, por las nobles investigaciones de U., una confirmación y desarrollo que exceden a mis esperanzas. Miembro de la Academia de Ciencias, habría firmado con placer, si hubiera estado en Francia, el excelente informe que dos de mis más íntimos amigos (los señores Arago y Boussingault) han hecho sobre la carta de U. y sobre las obras históricas y geográficas destinadas a ilustrarla.

“La fundación de un pequeño observatorio en Venezuela, dotado con el pequeño número de instrumentos sobre los cuales reposan hoy todos los trabajos de astronomía práctica, serían de una grande importancia para la ciencia. Las estrellas del cielo austral, entre las cuales se han observado recientemente cambios de intensidad tan notables; observaciones de declinación magnética hechas en las mismas épocas en que Europa para examinar el isocronismo de las perturbaciones (la extensión, por decirlo así, de las **tempestades magnéticas**), y algunas investigaciones sobre **estrellas cadentes** en los días notables de 10 de Agosto y 13 a 15 de Noviembre, darían una grande importancia a ese poco costoso establecimiento. El señor Arago se haría un placer y un deber de dar a U. sus consejos, y aún de proporcionar el joven astrónomo que el gobierno podría colocar a la cabeza del pequeño observatorio de Venezuela.

“Suplico a U., señor, acepte la expresión renovada de mi viva gratitud y de mis sentimientos más afectuosos.”

Alejandro de Humboldt.

P. S.— “Cuando se trata de un objeto científico las pequeñas consideraciones de vanidad local deben ser puestas a un lado. La capital (Caracas) no puede ofrecer un clima favorable a las observaciones, y es por eso que Cumaná por su cielo admirablemente puro y las pocas lluvias merecería la preferencia sobre Valencia, Calabozo y aún Coro. Antes de escoger el capitán Herschel quería ir a Cumaná. ¿Deben temerse en Cumaná los temblores de tierra muy frecuentes?” (1)

Ningún juicio más honorífico podría agregarse a los que sobre la obra de Codazzi emitieron el Instituto de Ciencias y la Sociedad geográfica de París, que estas líneas de Humboldt. Ellas son bello gaje para Venezuela, la primera en la guerra y la primera en la paz, para realizar una empresa civilizadora que se ha llevado a término, en otros países de Sur América, muchos años después. Los trabajos de Codazzi son el más brillante corolario que podían tener los de Humboldt, y todas las ovaciones hechas a su memoria, en nuestra patria, no habrían tenido a los ojos del sabio una significación más elocuente que una obra que él pudo estudiar en sus pormenores, aplaudir en sus miras y sellar con su nombre inmortal.

Llegamos al fin de estas páginas. Cuando algún día se publique el **Libro de Humboldt**, donde se consignen las expresiones de los diversos pueblos sobre el hombre ilustre que nos ha servido de tema: cuando se soliciten los más pequeños incidentes de aquella vida laboriosa y fecunda, y se aglomeren los materiales para el monumento que le levantarán las generaciones de lo porvenir, entonces estas páginas tendrán cabida. En nuestro entusiasmo por el hombre hubiéramos ambicionado ser de los artífices

(1) Esta carta fué publicada en “El Liberal” de 4 de agosto de 1841.

de la obra y contribuir al relieve de la gran figura que se agiganta con el tiempo; mas sólo nos ha sido concedido depositar un grano de arena, pero expresión purísima de nuestro amor a lo bello y a lo grande en su más elevada síntesis: la naturaleza, la patria y la ciencia.

Caracas: marzo de 1874.



✓
Una página más
a los Recuerdos de Humboldt

A. Vicente Coronado



L arte ha embellecido la vida de Humboldt con dos cuadros que opuestos, al parecer, en la idea se hermanan por las tendencias; el uno se debe al talento de Hildebrandt, el otro al genio de Kaulbach.

En el uno se representa a Humboldt en su estudio, rodeado de los instrumentos que le sirvieron en sus exploraciones, de los libros que formaron el encanto de su vida, de las dádivas y recuerdos de artistas, viajeros y soberanos, de objetos diversos relativos a los reinos de la naturaleza; formando todo un conjunto armónico, y en aparente desorden, como debía estar el estudio del genio que interrogó el

cielo y la tierra, de la sibila que durante medio siglo interpretó las leyes del Universo.

Humboldt en su estudio es un cuadro único, pues sólo a un hombre fué concedido, en los tiempos modernos, sintetizar la ciencia humana y fijar los puntos de partida que debían servir de base al estudio futuro del Cosmos. Un astrónomo, un físico, un naturalista con todos los objetos de su estudio, sería un cuadro limitado, un episodio individual. El cuadro de Humboldt tiene horizontes más dilatados. Domina en él no sólo el hombre sino la época, la naturaleza con todos sus portentos. No es un ramo de las ciencias lo que brilla, sino la ciencia misma refundida en una sola cabeza, la cual se destaca como el sol en el panorama de los cielos.

Por lo tanto la contemplación de esta obra de arte cautiva la mirada, detiene el pensamiento, e impresiona más después el corazón. En derredor del gran foco de luz, todo parece animado, y aun se escucha la voz de la sibila y se ven sus ojos escrutadores que infunden un soplo de vida a la naturaleza plástica. Suprimir el hombre y todo quedará mudo. Tal es el mágico efecto de Humboldt, dominando, como soberano, su basto imperio.

Al pié de este cuadro, rico en colorido y perspectiva, donde todo es elocuente, en torno de la figura que realza el conjunto, escribió Humboldt las siguientes frases que pueden considerarse como un resumen de su laboriosa vida, como el último reflejo de un astro próximo a desaparecer en el crepúsculo de la tarde.

“Si el hombre, con el ánimo abierto a todas las emociones, recorre, investigador y lleno de presentimientos, al sublime reino de Dios, abrigando en su juventud la temeraria esperanza de descifrar el enigma de la naturaleza; en toda zona se siente excitado a goces intelectuales más altos; ya levante la vista a las eternas lumbreras de los espacios

celestes, ya la baje a la acción de las fuerzas que juegan calladamente en las celdillas del tejido orgánico de las plantas. Por lo mismo que son tan poderosas, obran aisladamente estas impresiones. Mas cuando, después de una vida larga y agitadísima, la vejez y la decadencia de las fuerzas físicas ordenan el descanso; el caudal allegado se aumenta y se enriquece mediante la concatenación de los resultados que por sí mismo ha adquirido, y su cotejo con lo que precedentes investigadores han depositado en sus escritos. Así el espíritu se enseñorea de la materia, y se empeña en someter a lo menos en parte al conocimiento racional la masa acumulada de experiencia empírica. Se propone luego descubrir las leyes que rigen el universo. A la vista del esfuerzo científico encaminado a comprender la naturaleza, disípanse gradualmente, aunque sólo tarde las más veces, los ensueños por tanto tiempo halagados de mitos simbólicos. (1)

Berlín, noviembre de 1856

Alejandro de Humboldt.

Un compatriota de Humboldt, Varnhagen, de Ense, el amigo de las revelaciones íntimas, el confidente del sabio, escribió igualmente en presencia del cuadro los siguientes versos:

Héle ahí! por el arte sorprendido
Ya en el hogar y al fin de la jornada,
Cual águila caudal que vuelve al nido
Ya los espacios de cruzar cansada:

(1) Traducido del original en alemán por R. Seijas.

Joven aún, él exploró atrevido
Vastísimas regiones, la empinada
Cumbre escalando que la gloria encierra
Como escaló las cumbres de la tierra.

Héle ahí! con feliz magnificencia
Le cercan los tesoros inmortales
Con que el genio del arte y de la ciencia
Ostenta sus poderes celestiales!
Héle ahí! contemplando a su presencia
Las varias maravillas naturales;
Y roto ante la ciencia ya el misterio
Cual Rey domina en su extendido imperio!

Su imagen es el Sol que vivifica
La pintoresca escena; y la elocuente
Frase, que grava en pensamientos rica,
La hace brillar con esplendor creciente,
Que el conjunto asombroso modifica;
Pues brilla en luz la pensadora frente,
Que a irradiarse con calor fecundo
Ciencia y verdad derrama por el mundo. (1)

Hé aquí la ciencia coronada por el arte en dos
de sus sublimes creaciones: la pintura y la poesía.

¿Qué significan las líneas de Humboldt? ¿Qué
dicen los versos del poeta? ¿Qué ha hecho el
pintor? El uno ha sintetizado en rasgos brillantes
la vida del alma investigadora en los luminosos
horizontes del sublime reino de Dios: es un
poema en el cual sólo se anuncian los capítulos.
El poeta ha descrito el zapador infatigable abriendo
el surco por donde debe correr la onda líquida del

(1) Traducción de Heraclio de la Guardia.

pensamiento, y ha seguido al genio en su ascenso por la doble escala que debía conducirle a la doble cima: la ciencia, la gloria. El pintor ha fotografiado al hombre: ha sorprendido a Nestor en una de esas horas silenciosas y apacibles de la tarde de la vida, cuando en la mirada se refleja lo pasado glorioso, cuando la cabeza encanecida revela la labor de la idea, y en las arrugas del rostro se lee la hoja de servicios. Lo ha sorprendido en uno de esos instantes de meditación sublime en que la mirada del espíritu parece sumergirse en la aurora del eterno día que sigue a la última noche terrestre.

Humboldt en su gabinete representa el águila que se posa sobre la primera cima que encuentra después de haber sondeado, desde las ignotas regiones del espacio, el cielo y la tierra. Es el árbol secular que desafió la tempestad y la muerte, y recoge sus ramas, y se cubre con ellas en la hora postrera, para recibir el rayo tibio del sol que debe aspirar la última gota de su licor vivificante. Es el patriarca que con la sonrisa del niño, contempla en los horizontes del pensamiento, la luz de la tumba, y aguarda con augusta serenidad la hora de la partida en la cual se emancipa el espíritu del cuerpo.

“He vivido tanto que he perdido ya la medida del tiempo”. Así decía Humboldt a uno de sus admiradores de América que había visitado al sabio poco antes que éste descendiese a la tumba. Había vivido mucho, en efecto, y la gloria le había abrumado más que el peso de los años. Había tenido tiempo para presenciar sus honores póstumos, contemplar en vida su apoteosis, abrazarse con la Gloria y sentir sobre su frente arrugada el beso de la diosa, antes que ésta batiera sus alas para anunciar al mundo la muerte de su predilecto.

El otro cuadro es una alegoría. Humboldt se presenta en la tumba de sus antepasados con el Cosmos a cuestas. La muerte viene a su encuentro, le despoja de tan pesada carga y le invita a entrar. El sabio se inclina, saluda lleno de sonrisa a la segadora y empujando la puerta de hierro desaparece.

¿Qué representa esta alegoría? ¿A dónde conduce la Muerte el Cosmos que durante más de medio siglo llevó Humboldt sobre sus hombros? ¿Va a sepultarlo en las aguas de otro Leteo o a lanzarlo, desde regiones ignoradas, para que ruede por los espacios como un meteoro perdido?

La muerte no representa aquí el olvido sino la vida, el cambio de forma, metamorfosis de todas las fuerzas; ese círculo eterno en que los componentes se unen y se separan y vuelven a unirse para constituir la armonía del Universo.

La muerte es aquí la idea inmortal del progreso, la faena de los pueblos, es espíritu vivificador siempre activo y luminoso en los horizontes de la humanidad, ya sea que trabaje en la vida, ya que retorne a la fuente purísima de Dios, después de abandonar el barro a la tierra.

La muerte es la ley universal que sostiene al mundo, la vida material un incidente. Es la Muerte la segadora y al mismo tiempo la distribuidora de los gérmenes la que lanza a la luz del día todas las elucubraciones del espíritu silencioso, y proclama la inmortalidad de los genios y resucita todas las discusiones y crea la Historia y se cierne sobre toda la tierra.

La Muerte, al tomar el Cosmos de los hombros de Humboldt, es para entregarlo a la humanidad; al espíritu que fecunda; al alma pensadora y activa en solicitud de la verdad eterna. Esta, la que siembra, recoge, empuja y triunfa. El gran poder de la Muerte consiste en tener siempre la humanidad bajo su influjo; por esto le pertenece abrir el templo de

la Justicia y de la Gloria a todas las acciones y a todas las grandezas. ¿Qué pide? Pide la materia emancipada del espíritu para continuar, en su labor universal, las transformaciones; mientras aquél queda dueño de sus obras, en la memoria y tradiciones de la familia y de los pueblos, en los anales de la historia y de la ciencia. Cuanto hizo en solicitud de la verdad eterna queda como recuerdos que flotan y estimulan al corazón, que aplaude o vitupera, que odia o ama. Ese ejemplo, siempre fecundo de enseñanza, siempre elocuente, es el que une la familia, alienta los pueblos, estimula las acciones generosas. De otra manera no podremos comprender el orgullo del hogar y de la patria, las aspiraciones a lo justo, el anhelo del buen nombre, la paz, el progreso de la humanidad.

Todo talento que desaparece, toda virtud, queda siempre como alimento y enseñanza para el espíritu de los que sobreviven, para las generaciones que se sucedan: de esta manera la muerte es un progreso, porque deja a la vida con su prestigio inmortal: la idea; mientras el cuerpo se desmorona, como un tributo a la eterna ley de las transformaciones.

De manera que del cuadro que representa a Humboldt en la tarde de la vida, al que lo representa en el umbral de la tumba, no hay más que un paso: son los dos crepúsculos del último día. El uno, es el patriarca que descansa al pie de su cabaña, después de la gran jornada, y tiene a su lado el haz de leña que debe servirle para la última comida: el otro, es el patriarca con su báculo de peregrino, que va en solicitud de la nueva patria donde reposan sus progenitores, y donde le aguarda la segadora inflexible, misteriosa amiga de toda senectud.

Pero en presencia de estos cuadros nace otra idea. Ellos conducen el pensamiento hacia lo pasado, y la mirada curiosa desea recorrer el camino trillado por esos espíritus luminosos que, después de haber

llenado el mundo con sus nombres, como que quieren continuar por regiones desconocidas al género humano.

¿Qué divisáis en esa vía que ellos recorrieron? Nuevos hombres, nuevas ideas les han sucedido. Todo pasó, y ellos quedaron para cerrar la puerta que los separa de dos o más generaciones, lo pasado del porvenir. Todos han desaparecido antes que ellos, pueblos, gobiernos, familias; la idea fecunda ha renovado los pueblos, y la revolución humana ha arrojado a la fosa millares de víctimas; el tiempo ha pasado como llama invisible que asfixia, y surcos llenos de viejas cepas y de floridas espigas marcan su paso. Pero ellos quedan como el cedro secular, solitarios en medio de los nuevos rebaños ignorantes del tiempo y de la historia.

Retroceded a los días de Humboldt cuando con la savia de la juventud exploraba la tierra venezolana, y no encontraréis en ellos ni el hombre, ni la idea. En menos de un siglo todo pasó. Derrribadas fueron por las convulsiones del planeta y por la onda del progreso, las primeras ciudades que visitó el sabio; desaparecieron los conquistadores, y la revolución con mano de gigante levantó sobre las ruinas de lo pasado el cimiento de los nuevos pueblos. Desaparecieron los Chaimas, primera nación indígena que debía encontrar Humboldt en América, y quedaron por descendientes tribus híbridas sin tradiciones, sin lenguaje, sin memoria de lo pasado heroico. Desaparecieron las misiones, y los apóstoles del Cristianismo; y los primeros templos del Nuevo Mundo vinieron a tierra, y sobre sus ruinas volvió el vegetal que a la presencia del hombre europeo, se había reconcentrado en las selvas. Ya no se escucha la campana del templo que llamaba a la casa de Dios a los neófitos indígenas, ni se ve al pastor del Evangelio perderse en el tupido bosque en solicitud del hermano descarriado, ni las tribus belicosas del Caribe salir

armadas en defensa de su hogar y de sus penates. Todo lo arrastró el soplo de la muerte, mientras el olvido selló las tumbas. Y la guerra, y el incendio, y las venganzas, y las epidemias, y las pasiones, y la mano del tiempo, se llevaron en el espacio de ochenta años todo lo que parecía tener savia de vida y voz de aliento.

Todo pasó como la nube viajera que recorre las cimas; pero quedó la Naturaleza siempre regenerada, siempre joven, imagen de su Hacedor para quien no existe ni el tiempo ni el espacio.

Ahí está la Cueva del Guácharo habitada por los descendientes del guácharo de Humboldt. Ahí está la región de Paria con sus bosques y sus golfos testigos de lo pasado. Ahí está el Orinoco con sus raudales y sus árboles seculares y sus rocas graníticas y sus geroglíficos mudos. Todavía se levantan de las malezas los fuegos fatuos; y los torpedos de las ciénagas descargan sus baterías eléctricas en lucha con el caballo salvaje; y brillan los insectos lucíferos; y la crisálida guarda el ser alado de la inconstante mariposa que debe morir acariciada por la luz del día. Todavía se remonta el Aguila y el carpintero hace resonar el tronco de las juvias, mientras a orilla de los grandes ríos legiones de gaviotas no han olvidado de las costumbres de sus progenitores.

Todo continúa. El iris, **penacho** de **Dios**, como lo llama el caribe, se ostenta sobre la nube opuesta al sol; la cruz del Sur no ha dejado de anunciar la hora del alba al habitante de las dehesas; ni la luz zodiacal ha dejado de proyectar su pirámide crepuscular sobre la yerba de las sabanas, ni éstas han dejado de inundarse por las inundaciones de los ríos, en el invierno, imagen del antiguo mar que las cubría en los días geológicos de América.

Todavía ruge la tempestad en lo profundo de las selvas y bulle sobre la solitaria cima el rayo eléctrico y descienden sin ruido las exhalaciones de noviembre,

lluvia de fuego que no quema, ósculo expansivo de dos astros que se encuentran.

El hombre pasó, y quedó la naturaleza, **sublime reino de Dios**, como la llamó Humboldt; la Naturaleza que tiene monumentos más duraderos que el arte y la ciencia. Las islas de Grecia hablarán siempre con más elocuencia de Homero y de Sócrates que todos los libros; mientras que el Nuevo Mundo será un canto eterno a la memoria de Colón. Cada cordillera, cada región explorada del globo, representa una época, una idea fecunda en la historia del hombre, pues que ellas representan la grandeza litológica que es eterna, como es eterna la memoria de los apóstoles de la idea civilizadora. Las cordilleras con sus valles y mesetas, con sus cumbres y cimas, son el anfiteatro del progreso humano. Los hombres genios son como esas alturas inmutables que surgieron en los primitivos días del planeta, y han continuado al través del tiempo y de las revoluciones. Todas las épocas son cordilleras y todos los genios cumbres.

No me preguntéis si Keppler está a mayor altura que Platón, si Palyssi es más grande que Miguel Angel, si Fulton es más esclarecido que Galileo. No me habléis de César, ni de Napoleón, ni de Bolívar, ni de esos espíritus cuya misión sólo Dios conoce. Los más grandes no son siempre los más luminosos. Lo que importa es la interpretación de los fenómenos, el conocimiento de la ley divina. Pero si colocáis a Aristóteles sobre el Pindo y a Confucio sobre el Thibet, el Chimborazo pertenece a Humboldt. Ascended y tropezaréis con el enigma: es la ciencia de lo porvenir en sus dominios impenetrables. Descended y encontraréis las jerarquías del pensamiento humano, cada una en su altura litológica respectiva.

La ciencia se asiste matizada desde que el Gran maestro metodizó los trabajos, trazó la vía, marcó los rumbos, y reveló la manera de sorprender la ley



La biblioteca privada de Humboldt. Acuarela de Eduard. Hildebrandt, 1856.

La biblioteca de Humboldt tenía el mismo carácter de universal que su dueño. A los escritores propios, incompletos y a las obras de los científicos en ramas semejantes a las cultivadas por Humboldt, se añaden otros 4000 volúmenes. El número de obras lujosas que se le obsequió es grande y las dedicatorias en todas las lenguas conocidas adornan las primeras páginas de ellas. En muchas obras se observan glosas y notas al margen, escritas por Humboldt, y en las que a veces resalta un tono de burla. La obra de mayor valor son 84 volúmenes con 5000 grabados de cobre, del Louvre, regalo del Rey Louis Philippe de Orléans. La biblioteca entera, junto con esta obra, dejó Humboldt a su ayudante de Cámara, que no la vendió al Príncipe Regente Guillermo, sino a Inglaterra, donde se destruyó casi por completo en un incendio. En este aposento reposó Humboldt a su muerte, guardado entre plantas tropicales.

del Cosmos. Desde entonces cada obrero en su puesto; la aveja en su colmena, la hormiga en sus antros, el águila en sus cumbres. La pluralidad de las investigaciones no puede ya refundirse en un solo cerebro desde el momento en que se han ensanchado los horizontes de la idea, y el hombre ha logrado penetrar en la atmósfera estelífera. Ya el genio no sube, surge; pero para surgir necesita de la base sólida que le han formado los obreros de lo pasado. Cualesquiera que sean en el porvenir los adelantos del espíritu humano, cuando en el curso de los siglos el conjunto del Cosmos aparezca bajo proporciones más definidas, Humboldt quedará siempre como una de las grandes estrellas en la vía láctea del pensamiento.

Los libros pasan, los descubrimientos se modifican, las generaciones se suceden, la vida es tránsito, progreso la lucha. Pero ahí están las montañas inmutables, eternas. Son la imagen del pensamiento fundido y cristalizado a fuerza de concebir, de amar, de sufrir. Para nosotros, el Cosmos no es sólo la naturaleza plástica y animada, el reino sideral, la planta, el mineral, el animal, el hombre, el conjunto armónico de los mundos; sino también el arte, la ciencia, la parte moral del Ser, instrumentos del Arquitecto divino representados en el relieve del planeta como está la grandeza de Dios en la inmensidad de los espacios.



+ Un Biógrafo Artista



SPAÑA! tierra heroica que el literato caraqueño Juan Vicente González llamaba **Jerusalem del corazón**, pronuncio tu nombre poético con amor y veneración, recordando que tú fuiste la sola que adivinabas la divina estela de la fe cristiana que guió al **marino genovés** por ignotos y turbulentos mares. Aventurera hidalga, rasgas el velo del espacio infinito, desencadenas al Océano y descubres la América, inocente y bella como la antigua Eva, que vió lucir la aurora de la creación, sí, tu rey se llama Isabel la Católica. Tú tendiste tu mano generosa al inspirado **Cristóbal Colón**, el **Descubridor geográfico** del Nuevo Mundo, que esperando sólo favor halló alma grande y fe ardiente en Isabel primera, la magnánima reina que juró empeñar su corona para que se armase un bajel; y tú fomentaste también los planes de viaje de otro piloto del espíritu,

las expediciones del **descubridor científico** de aquel hemisferio: Alejandro de Humboldt." (1)

Con esta invocación abre Fastenrath su bello cuadro de Humboldt, en la obra inmortal que lleva por título: **La Walhalla y las glorias de Alemania**. Idea feliz la de adunar el nombre de España al de Humboldt, y remontarse a los días en que el intrépido genovés patrocinado por los Reyes Católicos, atravesó el Atlántico y descubrió un mundo; pero todavía es más bello el complemento de esta idea, el de acercar las dos grandes figuras, la del **piloto geógrafo** y la del **piloto del espíritu** que, tres siglos más tarde, favorecido por otro monarca de España, cruzó los grandes ríos del continente americano y recorrió sus dehesas y penetró en sus bosques que no conocían al hombre europeo, y trepó el Ande soberbio, para contemplar, desde las cimas de nieve y fuego, el Océano inmenso, término austral de la conquista castellana en América.

Esta idea de invocar a España cuando va a hablarse de Humboldt es tan bella como nueva, y además de nueva es justa. ¿A quién ha pertenecido enunciarla y rendir así culto a la nación generosa que patrocinó un día las miras de Humboldt, y supo coronar con diadema de luz la obra inmortal del esfuerzo humano, que durante tres siglos llevó sobre sus hombros y supo conducir a la altura de sus destinos?

Quizá nuestros lectores no conocen el nombre del artista, así llamaremos a Fastenrath, que en estos últimos años ha levantado a las glorias de Alemania el monumento más ideal del espíritu humano. Escribir en el idioma de Cervantes, la vida de los ingenios de Alemania, tomar de la tierra nativa el argumento

(1) Fastenrath. La Walhalla y las glorias de Alemania. Vol. III, pág. 302.

inmortal, y de la patria adoptiva la inspiración, la forma y la lengua, y animar la paleta, rica en colores tropicales, al soplo de los héroes de la epopeya germánica, y después, exornar la frase con versos de los poetas iberos y venezolanos, cual festones que penden de las columnas de La Walhalla; he aquí la pura gloria del autor que ha sabido fundir dos nacionalidades sin despojar a ninguna de su brillo.

Peregrino del espíritu que para sostener la rica savia que lo nutre necesita vagar de clima en clima, de valle en valle, en solicitud del cielo propicio que se forjó su corazón y de nueva patria que le sirva de segunda nodriza: este es Fantenrath. Un día deja a su bella Colonia, atalaya histórica del Rhin, que levanta a las nubes su cabeza y extiende sobre las aguas, como una estela de luz, la alfange de brillantes coronada, y continuando hacia el Oeste encuentra al fin, una tierra que lo cautiva: era España, **Jerusalem del corazón** que lo guardaba, y lo detiene, lo enamora, y hace que el artista en ella se fije y respire. Y en España contempla el cielo que buscaba: allí Andalucía, pedazo de tierra tropical incrustado en la costa ibérica, bañada por las tibias brisas del Mediterráneo africano, o como dice el hijo adoptivo de la España moderna: "Sevilla, donde las flores de los jardines saturan la atmósfera, suave y transparente con el más delicioso de los aromas, donde el sol radiante que fué también el de Murillo, vivifica el corazón, donde las constelaciones son rosas de luz que hermocean, poetizan y embellecen el celeste manto de la noche". (1) Y del Guadiana al Guadalquivir, y del Guadalquivir al Genil respira el peregrino el aroma de los azahares, contempla los valles de Jaén y de Granada, y bebe la vida cálida del Sur, estufa de los pueblos del Norte, cuando cansados de

(1) La Walhalla. Vol. IV. Pág. 667.

la constante bruma que eclipsa al sol, buscan el cielo ultramarino, transparente, espejo de las almas enamoradas que no pueden invernar sino al aire libre, en contacto con la flor de primavera y las tibias brisas del Ecuador. En medio de los campos béticos admira nuestro artista los restos de la civilización romana y morisca, inspíranle las arcadas y jardines de la Alhambra, y se detiene al fin, en aquel pórtico del mundo tropical, como llamó Humboldt la Andalucía. Allí refresca su alma con las tradiciones e historia de la tierra clásica que dominó al mundo: allí estudia sus hombres, sus costumbres, su lengua, su literatura, que es la bella idea progresiva de millares de generaciones cristalizada por la acción de los siglos; y después de gozarse y bendecir a la Providencia que es la buena estrella de los nobles espíritus, proclama a España como su segunda patria. Alentado entonces con la posesión de su conquista, e inspirado por una naturaleza fecunda, el artista se propone escribir en lengua cervantina la grandiosa epopeya de su primera patria; y vestido de gala como en un día de combate, el gladiador literario se lanza a la arena en solicitud del triunfo, y el triunfo es suyo.

La Walhalla no es un libro, sino una serie de cuadros inspirados por el arte. Sin ser escultor el artista ha animado con su cincel la masa bruta: sus figuras aparecen todas en relieve. Sin ser pintor ha comunicado al lienzo verdad y sentimiento: paisajes admirables son sus cuadros. Nada más rico que su paleta que le regala colores al ritmo de la inspiración. El hogar, la patria, la libertad, el arte, la ciencia, las vigilias del filósofo, los combates de la vida y las delicias del poeta, todo se presta a la sagaz observación de Fastenrath, y para todo halla el artista colorido y gaya ciencia. Puede decirse de este historiador lo que del pintor Rembrandt, dijo Ernesto Guhl: conoció la **poesía de la prosa**: "Al

trasladar todos los asuntos a la realidad muestra la facultad de conocer, hasta en lo pequeño, lo grande, lo infinito, y presta, hasta lo más sencillo, un atractivo sorprendente de novedad. Los héroes de La Walhalla parecen levantarse de sus tumbas para sonreír en presencia del artista biógrafo que en la lengua de Castilla canta las glorias de Germania.

Cuando se comienza a leer la Walhalla el espíritu desea continuar; cuando se concluye entonces se retrocede, y se hojean los volúmenes. El lector recorre el campo dilatado y vuelve a detenerse sobre los sitios que lo cautivaron. La inspiración que en toda la obra domina al autor, se remonta unas veces como el águila, serena, majestuosa: es en otras como rayos de luz que se quiebran y descomponen en manojos de prismas con los colores del iris. Todo es germánico en el fondo: personajes, artistas, filósofos, sabios, reyes y pueblos: todo es castellano en la forma, en la narración, en la frase expresiva, rotunda. Al leer las citas españolas y venezolanas en medio de las narraciones germánicas diríase que las trepadoras del mundo tropical crecen y prosperan en torno a las robustas encinas y robles de la Selva Negra... Poesía ibérica, colorido vigoroso, el cielo de Andalucía abrigando a los héroes de La Walhalla, que por la primera vez dejan los climas del Norte, para recibir el ósculo luminoso del océano tropical. Pero lo que más admira no es el arte sostenido siempre por la inspiración, es la fe cristiana que salva al historiador de los escollos, le conduce en triunfo, le llena de tolerancia, de benevolencia y le hace siempre justiciero. Ni las diferencias de nacionalidad, de creencias y de ideas políticas le despojan del carácter augusto del historiador severo.

Volviendo al cuadro de Humboldt escrito por Fastenrath, en él encontramos sabor castellano. El **Aristóteles moderno** llaman a Humboldt la mayoría de sus biógrafos: El **Fray Luis de León de la ciencia**

natural, le llama nuestro autor. Esto quiere decir que como el poeta español, Humboldt vivió siempre inspirado y amó la naturaleza con el corazón, dejando cuadros inmortales que no desdicen, ni por la verdad, ni por el sentimiento, del incomparable Horacio del siglo de Cervantes. Citas de Bello, de Baralt, de Toro y de González exornan los bien nutridos párrafos del autor. Este ha querido también honrarnos y colocarnos al lado de aquellas lumbreras de la literatura venezolana, tomando de nuestra primera **Humboldtiana**, frases dedicadas al Néstor de la ciencia por el entusiasmo. Hoy en estas citas, no sólo homenaje al sabio; lo hay a nuestra patria que lo acepta con amor. Es la fraternidad de los espíritus cultivados que no conocen valla y atraviesan los mares para saludar la Musa americana y exigirle guirnaldas con que coronar los héroes de la epopeya germánica. (1)

Por esto incorporamos a nuestra Humboldtiana las páginas de Fastenrath. Caigan ellas sobre nuestro huerto como rocío benéfico sobre terreno grato. A nuestro turno complementaremos los cuadros de La Walhalla con la historia de los héroes ignorados de la epopeya germánica en Venezuela. Sí, aquí también los conquistadores alemanes, los héroes de **El Dorado**, Alfinger, Spira, Hutten, Federmann, los hombres de corazón de acero y de ánimo esforzado, atletas de la voluntad y de la codicia que lucharon contra la naturaleza y contra el hombre y atravesaron los ríos desbordados y durmieron en las llanuras anegadas y domaron el hambre, las enfermedades y la muerte. Fueron germanos aquellos fundadores de la civilización venezolana, que en nombre de los poderosos

(1) A la generosa iniciativa del señor Alfredo Rothe, amigo y compatriota de Fastenrath, debe éste el conocimiento de muchas producciones literarias de venezolanos.

Welseres, patrocinados por Carlos V, se apoderaron del Occidente de Venezuela desde 1527; germanos los que adiestraron a los capitanes españoles fundadores más tarde de nuestros primeros pueblos y vencedores de las naciones indígenas; germanos los que descubrieron las orillas del Portuguesa y del Apure, del Meta, del Orinoco y del Guaviare; zapadores geográficos que abrieron las primeras picas, primogénitos del hambre, espectros de la codicia, siempre en vigilia: tipos ignorados en las creaciones de Dante. Todos aparecen en el espacio de pocos años, desde 1527 en que funda Ampies la ciudad de Coro hasta 1540 en que concluye el poderío de los Welseres. Uno de ellos, Alfinger, se acerca ya al fin de su descubrimiento, el Dorado de Sogamoso, cuando transmonta el Ande y sucumbe asesinado por tribus indígenas; de los otros, Spira y Hutten, valerosos y resueltos, retroceden después de haber buscado el Dorado en las orillas del Upía y del Meta; el menor de todos, más afortunado, sigue el camino de sus predecesores, y al llegar a las soledades de Ariporo transmonta con su legión castellana, el Ande inaccesible, y se encuentra en la meseta de Batacá, en los mismos instantes en que los conquistadores castellanos, Benalcázar por el Sur, y Jiménez de Quezada por el Norte, siguiendo éste el camino abandonado por Alfinger, compartían el descubrimiento de Cundinamarca y se apoderaban de los tesoros de Sogamoso. ¡Admirable coincidencia en la historia de América que habla muy alto en pro de castellanos y teutones!

Pero esta epopeya germánica, en el Occidente de Venezuela, habría quedado defectuosa, si tres siglos más tarde en 1800, aquella no hubiera sido completada por la presencia en las costas opuestas, en las regiones del Orinoco, del gran civilizador moderno, Alejandro de Humboldt. **La historia del elemento germánico en la conquista y civilización de**

Venezuela nos pertenece: al publicar este cuadro habremos coronado nuestra **Humboldtiana**, y rindiendo homenaje a los héroes de La Walhalla, veremos descollar al primero de sus héroes, aquél que tuvo por teatro de sus conquistas, océanos y continentes, el cielo y la tierra. (1)



(1) Humboldtianas.— Arístides Rojas.— Recopiladas y publicadas por Eduardo Röhl.— Caracas.— 1924.

Los precursores de Colón

(1)



TODO se armoniza en el sublime organismo de la Tierra: océanos, continentes, atmósfera, temperatura, roca, mineral, vegetal y animal, todos contribuyen al sostén de la vida que no puede existir sin movimiento, cambio, desarrollo, acciones y reacciones regidas por leyes fisiológicas, desde el más pequeño de los organismos hasta las moles rocallosas que constituyen la armazón del mundo terráqueo. No hay sección de esta maquinaria admirable que no funcione ni fenómeno que no sea resultado de leyes constantes e inmutables. La isla más insignificante está en continua comunicación con el continente o archipiélago más próximo,

(1) Humboldtianas.— Arístides Rojas.— Recopiladas y publicadas por Eduardo Röhl.— Caracas.— 1924.

con los vientos que la bañan, con el sol que la nutre, con el vegetal y animal que la pueblan. No hay cordillera que no comercie con el Océano al cual envía sus ríos, cargados de materiales terrestres, ni mar que no evapore sus aguas y las entregue a los vientos. Los mediterráneos no son obra del acaso sino centros de calor y de vida; los golfos, no caprichos de la línea curva sino remansos necesarios para la circulación general, en tanto que los volcanes representan válvulas de seguridad. Las corrientes aéreas y pelágicas son agentes de nutrición, fuente frigorífica las cimas nevadas y polos de la Tierra, y focos de calor los desiertos y la Zona Tórrida. Los ríos buscan las costas de los continentes porque representan la circulación venosa que necesita del pulmón oceánico para retornar pura a las montañas, y las nubes solicitan las alturas y los valles para descargar el agua pura elaborada en las elevadas regiones de la atmósfera. Las articulaciones de los continentes, la dirección de las montañas, sabanas, desiertos y altiplanicies son otros tantos órganos que desempeñan funciones fisiológicas. La porción sólida del Planeta tiene que estar fija para poder elaborar materiales; la líquida tiene que ser movable para nutrir los organismos; la atmósfera tiene que ser gaseosa para abrazar el planeta y penetrar hasta sus sitios más recónditos.

¿Qué fuerza guía la ola que en ríos caudalosos forman las corrientes y contracorrientes pelágicas? ¿Qué fuerza conduce la onda aérea que engendra las corrientes y contracorrientes atmosféricas? Una sola, el sol, piloto eterno de las aguas y de los vientos al través de los continentes y de los mares.

Pero, en el sostén de la vida terrestre, no todos los órganos funcionan de igual manera. Existe una región privilegiada que desempeña un gran papel en el desarrollo de la vida. De las diversas secciones de la tierra, América es el centro primordial, el **opus magnum** del sublime organismo. Aparece como

aislada en medio de las grandes porciones del océano que la circundan; pero a proporción que se ensancha de Sur a Norte, se incorpora con los continentes que, aglomerados en el Polo Artico, forman el núcleo sólido de la costra terrestre. La extensión de América, sus articulaciones, su altura, sus montañas, ríos, lagos y dehesas, todo la caracteriza como la porción privilegiada del Planeta. En América está el dorso de la tierra, los Andes que se dilatan de uno a otro Polo con sus cimas coronadas de hielo y fuego; en América, el corazón del Océano con sus arterias de agua caliente que se bifurcan en la región de Atlante y llevan vida y calor a las costas del Viejo Mundo: en América el seno de la tierra, su Ecuador, inflado, con pezones de nieve y grana que tiemblan a impulso del fuego planetario. Todos los continentes envían a la América las emanaciones de sus florestas que, conducidas por los vientos alíseos, depositan en los Andes el agua de todos los mares. Por esto dijo Maury, que nosotros respiramos el aroma de los canelos de Ceylan y de las magnolias del Teschedama y de las selvas de Australia, de Asia y del Mediterráneo; por esto nada tan majestuoso y sublime como los ríos americanos, Mississipi, Orinoco, Amazonas, Plata, hijos de los Andes, que regalan al Océano sus aguas y los dones de la riqueza americana. A la América se dirige la corriente del Norte del Pacífico que, transformada en contracorriente, baña por el Oeste la costa americana, y a la América se dirigen las aguas polares y los vientos del Oeste que derraman sobre ella las emanaciones del grande Océano. Sin esta América situada en medio de las antiguas y modernas civilizaciones y en la cual prosperan los pueblos más elevados de la tierra; sin esta América, emporio de Flora, patria de los lagos y de los ríos, cuna del diamante y del oro, cuyas dehesas forman horizonte, cuyos volcanes escalan las nubes, cuyo suelo guarda todas las formaciones geológicas del

Planeta; sin esta América coronada de miriadas de estrellas que llenan el firmamento, la vida sería imposible; porque en América es donde está el corazón que late y derrama torrentes de vida, y la espina dorsal que sostiene el organismo, y brilla el trono del sol, alma fecundadora de los mundos planetarios.

En cierto día del año de 1757 una embarcación inglesa que salía de la Guaira encontró a poca distancia del puerto un buque desmantelado que, sin rumbo y dirección, iba a ser lanzado a la costa. Tenía por tripulación hombres-espectros en cuyos semblantes se pintaban el hambre, la desesperación y la muerte; los que socorridos al instante pudieron ser conducidos a La Guaira, donde la compasión pública hubo de prestarles todo género de auxilios. ¿Quiénes eran estos náufragos y de dónde venían? Era una pequeña goleta cargada de trigo que saliendo de Lanzarote para Santa Cruz, en las islas Canarias, fue combatida por una tempestad, la cual la precipitó al Oeste. Arrastrada entonces por la corriente equinoccial y los vientos alíseos, no pudo remontar y, ya sin víveres y sin agua, hubo de entregarse a merced de la ola que la condujo a costas desconocidas. (1). En 1731, otro bajel cargado de vino, yendo de Tenerife a la Gomera, en el mismo grupo de las Canarias, después de haber luchado contra los vientos contrarios y sufrido la misma suerte de la embarcación de Lanzarote, llegó con seis marineros a las costas de la isla de Trinidad, donde fue favorecida por la población, según nos lo refiere el Padre Gumilla (2). De doce esclavos escapados de un buque negrero que salió de las costas de Africa en 1797,

(1) Viera, **Historia de las Islas Canarias.**

(2) Gumilla, **El Orinoco ilustrado.**

sólo tres que sobrevivieron al furor de las olas, pudieron llegar salvos a la isla de Barbada, en las Antillas menores. Un hecho todavía más sorprendente que los anteriores, es el que se refiere al naufragio de la rica efigie de la Soledad que posee el templo de San Francisco, en Caracas. Los bultos que la contenían aparecen en 1651, en las costas de Naiguatá, donde recidía el señor del Corro, para quien venía aquella efigie, muchos días antes que el buque conductor. Y fué que habiendo salido la embarcación del puerto de Vigo, en las costas españolas, la azotó el mal tiempo, y, para salvarse, arrojó al agua gran parte del cargamento. Algunos de los efectos llevados entonces por la corriente y los vientos, llegaron primero a las costas venezolanas, como nuncios de un suceso cuyos pormenores se conocieron más tarde. (1)

¿Qué fuerzas impulsaron estas diversas embarcaciones desde las costas europeas a las americanas, desde las Canarias y mares de España hasta las Antillas y costa de Venezuela? La corriente equinoccial que sigue su curso de Este a Oeste en todo el Océano, en dirección contraria al movimiento de la Tierra, y los vientos alíseos que siguiendo el mismo rumbo favorecen la comunicación entre Europa y América. Es la misma corriente marina que descubrió Colón en su tercer viaje y la cual le condujo en triunfo a las costas de Paria. Tal es el camino trazado por la naturaleza para comunicar por el Atlántico los dos mundos; por él pasaron las generaciones de los tiempos primitivos de América; por él han continuado los sucesores de Colón, desde el día en que el pabellón de Castilla flameó en las costas de Guanahaní, y el cañón retumbó por la primera vez en las soledades del Atlántico.

(1) Este hecho está consignado en un libro manuscrito de los frailes franciscanos que posee la Universidad de Caracas.

Trasladémonos ahora a las costas opuestas para trazar la vía que, desde los mares del Nuevo Mundo, comunica al hombre americano con el continente europeo.

En 1508 una embarcación francesa encuentra cerca de las costas de Inglaterra una canoa llena de indígenas americanos. Es un hecho que en las costas de las Hébridas, de Noruega, de Laponia y hasta el Báltico el mar arroja constantemente frutos de los trópicos, y que en algunos de estos sitios se han encontrado restos de naufragios acaecidos en las Antillas. Los habitantes de las islas Azores referían que cuando soplabla el viento de Oeste, el mar traía a las costas troncos de pinos de especies diferentes de las conocidas en aquel lugar, sobre todo en las islas de "Fayal" y la "Graciosa". En las playas de la isla de Flores se encontraron antes de Colón, según refiere el cronista Herrera, dos cadáveres de razas diferentes a cuantas hasta entonces se habían conocido, y a la misma época se refiere la aparición de dos canoas con hombres extranjeros que pasaron de una a otra isla. Maderas esculpidas se vieron, antes de Colón, a cuatrocientas leguas de distancia del Cabo San Vicente, en Portugal, y en la isla de Madera se cogieron cañas que podían contener, de uno a otro nudo, nueve garrafas de vino, según refieren los antiguos cronistas. Los habitantes de Flores, en las Azores, hablaban de armadillas que habían visto en sus costas. En las islas de Hierro y la Gomera, del grupo de las Canarias, cuenta el historiador Viera, que se habían visto frutos y árboles de las Antillas, que los habitantes del Archipiélago suponían venir de la isla Balandran, situada al Oeste. Troncos de cedro y cañas de bambú han sido arrojados por el mar a las playas de Tenerife. Y hubo un caso, finalmente, en que los despojos de un naufragio en las costas al N. O. de Africa fueron recogidos en las de Escocia, después de haber atravesado dos veces el Atlántico,

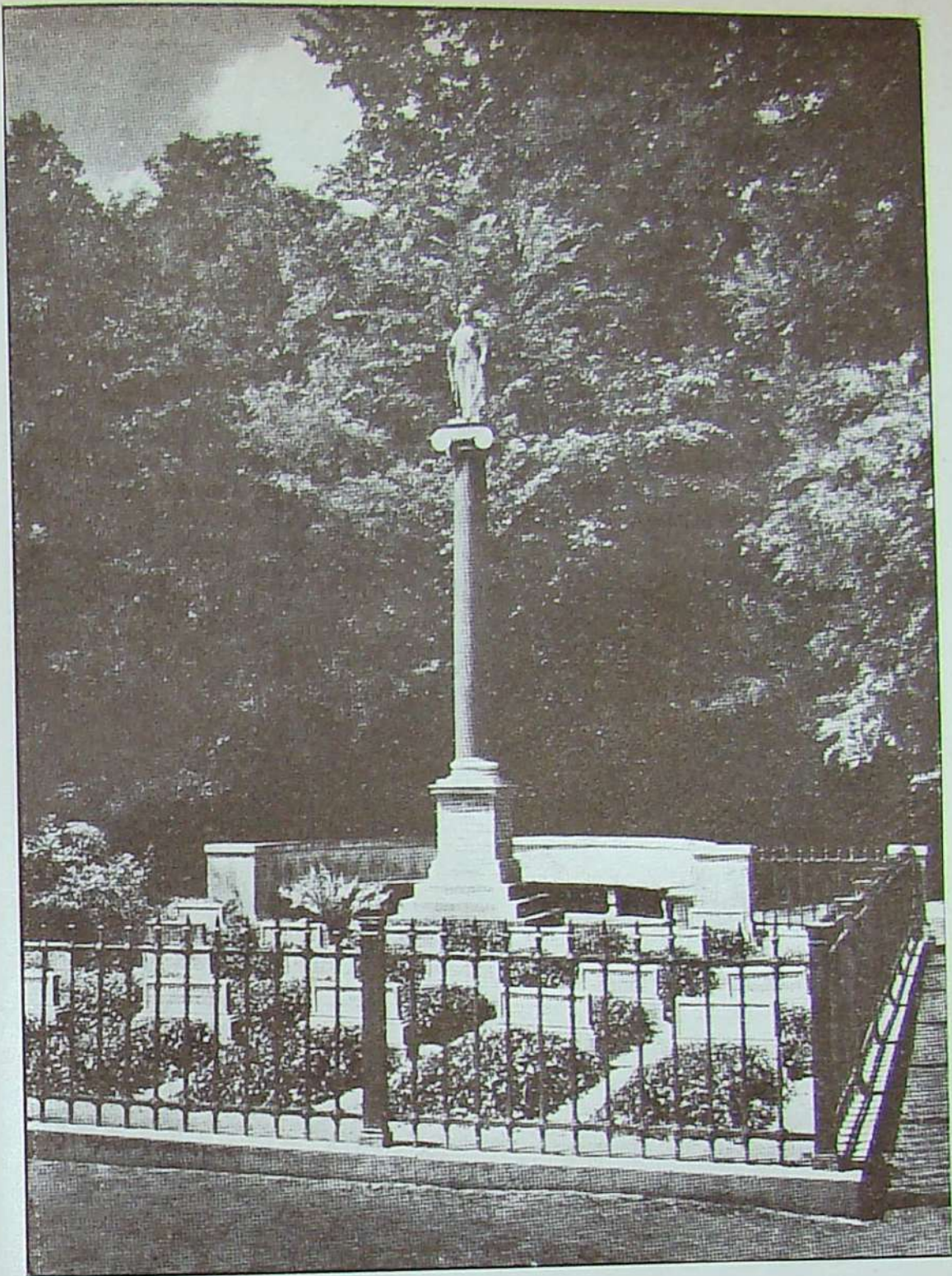
una de Este a Oeste, conducidos por la corriente equinoccial, y otra de Oeste a Este por los ricos pelágicos del Atlántico, como refiere Humboldt (1) Estos y mil hechos más están confirmados por el relato de los cronistas antiguos y por el testimonio de viajeros modernos.

¿Qué fuerza es la que conduce a los mares del Norte, a las costas de Escocia, de las Hébridas, de Noruega y del Báltico frutos tropicales y restos de naufragios en el mar antillano, y en las costas de Africa y de Portugal; que deposita en las islas Canarias y Azores: árboles, frutos y maderas de América, y armadías y cadáveres de los pobladores del Nuevo Mundo? Tal fuerza es el rico pelágico, el corazón de atlante que al ensancharse desde el golfo mexicano envía sus arterias hacia el Norte y Noroeste y Este y baña el Polo Artico, y las costas occidentales de Europa, llevando al Viejo Mundo calor y vida.

Hé aquí a la América comunicándose por el Este con las naciones occidentales de los antiguos continentes. ¿Qué camino le ha trazado la naturaleza por el Oeste para comunicarse con las naciones del Asia oriental? Veámoslo.

En toda época se han encontrado en las costas de California embarcaciones del Japón que han sido arrastradas por la corriente, y según dice el célebre Maury, marinos japoneses han sido en muchas ocasiones, arrojados sobre las costas americanas. No hace mucho que un junco del Japón perdido a cien millas de distancia de las costas americanas, fué conducido a San Francisco, y ya en el siglo XVI, según el cronista Gómara, se hablaba de haberse encontrado en las costas de Quivira y Cíbora, (el Dorado de México) los restos de una embarcación de Cathay.

(1) Humboldt, Histoire de la géographie du nouveau monde.



Cementerio de la Familia Humboldt en el Parque del Palacio Tegel. El 6 de mayo de 1859 murió Humboldt en su apartamento de Berlín. Su sobrina Gabriela von Bülow, que le había cuidado el último tiempo, le cerró los ojos. El Príncipe Regente Guillermo estuvo junto a la cama del moribundo y él fué quien ordenó un entierro solemne de estado, siguiendo las reglas del ceremonial de la Corte, entierro que nunca ha sido dado a ningún otro sabio berlinés. Un coro de estudiantes del Instituto Friedrich recibió el cortejo fúnebre al entrar éste a la vía Friedrich strasse. De allí continuó hacia la Catedral, pasando por la Avenida "Unter den Linden", junto al monumento ecuestre de Federico el Grande, en cuya colocación de la primera piedra había hablado Humboldt. A la entrada de la catedral, rindió la casa real de Prusia el último homenaje al "Rey de las Ciencias". Por la noche, luego de esta ceremonia, fué llevado el cadáver de Humboldt a Tegel. Alexander von Humboldt, por quién Berlín se había puesto de duelo, fué enterrado el 11 de mayo de 1859 al pie "de la columna, dónde la estatua de Thorwaldsen promete la esperanza."

¿Qué corriente conduce a la costa de California los hombres y productos del Asia oriental? La corriente del Norte del Océano Pacífico que después de bañar la China, el Japón y sus numerosas islas, sigue a lo largo de las costas occidentales de la América del Norte y de México para reunirse con la corriente equinoccial que, como hemos dicho, corre de Este a Oeste.

Una pregunta se ocurre después de lo que dejamos expuesto: ¿Cómo se pobló la América, por dónde entró el primer hombre y a qué nacionalidad perteneció? Hé aquí una cuestión compleja, descifrable en parte y que tiene el interés de cuanto se conexiona con los orígenes históricos del continente americano. Investigar por donde entró el primer poblador del Nuevo Mundo, y si fué africano, europeo o asiático es remontarse a la noche de los tiempos para resolver a tientas la solución de un enigma. Seguir al hombre extranjero en sus peregrinaciones de Este a Oeste, de Norte a Sur o de Oeste a Este, en su lucha con el Océano, con la naturaleza americana, con las necesidades y miserias al través de dilatadas regiones, abrasadoras unas, frías e inaccesibles otras, es penetrar en el dominio de los mitos americanos, sin más luz que nos guíe que el estudio de la etnografía y de la anatomía comparada, de las tradiciones, de la cerámica y los monumentos históricos, únicas fuentes que pueden consultarse cuando se trata de resolver una historia que remonta a las primeras épocas del mundo. Como el geólogo que para conocer la historia de la Tierra estudia los terrenos y los fósiles, representantes de la flora y fauna de las épocas pasadas, así el historiador que quiera penetrar en el conocimiento de los orígenes del Nuevo Mundo tiene que estudiar los geroglíficos, los monumentos, las tradiciones, la cerámica y las diversas lenguas, para deducir por analogía y aproximadamente, la época de la cuna americana, y poder a lo menos, en defecto

de toda cronología y de toda historia anterior a la era cristiana, reconocer las diversas nacionalidades que trasladaron sus creencias y costumbres a las comarcas del Nuevo Mundo.

Hay ya hechos reconocidos por la sociedad moderna y sancionados por la crítica histórica: tales son, la entrada de los Escandinavos por el Norte, durante el siglo XI, los cuales fundaron colonias en el vasto territorio que se extiende desde la América insular hasta las Carolinas: la introducción del Cristianismo en América por los Irlandeses, quinientos años antes de Colón: la corriente de emigración establecida por los Chinos, Japoneses y otros pueblos del Asia oriental con las costas americanas. Por lo que respecta al resto del continente, la ciencia no puede fijar una data segura aun que reconoce que el hombre americano se remonta a muchos siglos antes del Cristianismo, y que en el proceso de su historia tomaron parte, Caldeos, Egipcios y Fenicios, Cartagineses, Iberos, Vascos y Normandos por el Este, Malayos, Tártaros, Tibetianos, Chinos y Japoneses por el Oeste.

Numerosos estudios atestiguan estos diversos orígenes. En la isla de Piedra en Río Negro, afluente del Amazonas, yace una roca en la cual está esculpida la figura de una galera antigua. Los cronistas castellanos refieren que los primeros pobladores de México vinieron de la Florida, y según las tradiciones indígenas de Yucatán, probadas por los documentos y libros sagrados de los Quichuas, los fundadores del imperio de los Aztecas pasaron de Haití a Cuba, después de haber salido de las Canarias (1). Según las tradiciones de los Aztecas, de los Chibchas y de los Incas, el hombre blanco, el fundador

(1) Brasseur de Bourbourg, *Le livre sacré ou les mithes de l'antiquité américaine*.

primitivo de la civilización en cada uno de los tres centros del continente. México, Cundinamarca y Perú, apareció por el Este. Tres lagos sintetizan en estas regiones el primer culto del hombre americano: Tezcucó, Guatavita, Titicaca; y tres figuras representan la primera sociedad: Quetsalcoalt, o Votan, Bochica o Suha, Viracocha o Manco-Cápac. Costumbres, creencias, mitología, gobierno civil, nociones astronómicas, arquitectura, cerámica y obras de arte recuerdan en las diversas secciones de América a los antiguos pueblos de Asia y del Norte de Africa.

Pero si numerosas observaciones prueban la corriente de civilización de Este a Oeste, es decir, desde los pueblos occidentales de Europa y Norte de Africa, hechos numerosos prueban igualmente que América fué también poblada por el Oeste, ya por medio de la corriente pelágica de que hemos hablado, ya por los archipiélagos de las Kuriles y Aleutianas que se comunican con la península de Alaska. Según sabias investigaciones, los Chinos conocieron la América desde el siglo V de nuestra era y sus embarcaciones salían de los archipiélagos mencionados para llegar a las costas de América que ellos llamaron Fousang. Según los estudios de Humboldt, Siebot y Paravey, el gobierno civil y religioso de los Chibchas que poblaron la llanura de Bogotá, así como su calendario y su lengua, tiene mucha semejanza con las instituciones y lengua del Japón; y los numerosos escritos acerca de México y del Perú, prueban que los pueblos del Oeste de América participaron, más que los del Este, de la influencia de las naciones asiáticas que están al Norte del Gran Océano. Así, cuando se dice que los pobladores de América vinieron del Este, es necesario comprender, no sólo la influencia asiática por el Oeste, sino también la corriente de civilización que partiendo del Asia siguió a las costas del Mediterráneo y avanzó hasta las Columnas de Hércules, para seguir después al

Atlántico y continuar en el continente opuesto la obra de siglos.

El descubrimiento y colonización de América en los días remotos de la historia del hombre, no defraudan en nada la gloria de Colón. Todo lo había sepultado el tiempo en la noche del olvido, y sociedades y pueblos habían desaparecido sin dejar huellas de sus peregrinaciones. Durante los últimos veinte años del siglo XV los mitos geográficos llamando la atención pública en Europa, exageraron la existencia del Asia al Oeste del Atlántico, como lo habían asegurado Marco-Polo, Toscanelli, los poetas de aquel tiempo y el mismo Colón, hombre versado en los estudios científicos de su época. A esto se unían las señales del Atlántico que depositaba en las islas vecinas a las costas españolas, objetos que revelaban la existencia de tierras al Oeste de las Columnas de Hércules, cuando en medio de un eclipse de siglos aparece el genio inspirado que se atreve a desgarrar el velo de la sombra y a presentar el astro refulgente de la verdad en toda la plenitud de su belleza. Antes de Colón, la duda, los errores científicos, los mitos geográficos: después de Colón, la luz, los descubrimientos, el conocimiento de la tierra, el ensanche de la sociedad. Su principal gloria consiste en haber completado el organismo terrestre y haberlo entregado a las "especulaciones" del estpíritu científico, hé aquí su obra. Venciendo el Océano, ensanchando el horizonte del mundo físico, despertando la ambición de las conquistas intelectuales y morales, completando el círculo de los fenómenos de la naturaleza, Colón lanza la Tierra y las naciones que la pueblan a la altura de grandes y fecundos destinos. Colón es no sólo el descubridor de América, es la revelación de los tiempos modernos; su obra se sintetiza por las conquistas de tres siglos y el porvenir del mundo.

¿Quiénes fueron los precursores de Colón? ¿Fueron los Japoneses y Chinos del siglo V que penetraron por el mar bermejo y las costas de Alaska, o los Malayos, Tártaros, Tibetianos, antes de la era cristiana? No. ¿Fueron los Escandinavos del siglo XI que descendieron por el Norte y fundaron en la América Inglesa las primeras colonias del Continente, o los Irlandeses que introdujeron en éste el Cristianismo quinientos años antes de Colón? No. ¿Fueron los Caldeos, Egipcios, Cartagineses, Fenicios, Iberos, Vascos y Normandos que, siguiendo el impulso de la civilización asiática, pasaron la última Tule y penetraron con sus galeras en el mar antillano antes de Jesucristo? No. Es necesario remontarse todavía más allá. ¿Fueron los árboles y frutos de América, los bambúes, los cedros, los pinos, lanzados por el corazón de Atlante a las costas de las Azores y de las Canarias, de las Hébridas y de Escocia, de Noruega y del Báltico? No; que todavía existe algo más remoto. ¿Dónde hallar entonces el precursor misterioso que antes del hombre había ya comenzado a comunicar los dos mundos? Tal precursor es la ola que desde el día en que se consolidaron los continentes actuales nos refiere la historia de los siglos geológicos y las peregrinaciones de la sociedad humana; la ola que llamando constantemente a las costas occidentales de Europa y de Africa ha revelado la existencia de un mundo al Oeste del Atlántico; la ola, libro abierto de todas las épocas al través del tiempo y de los cataclismos de la naturaleza y de la sociedad. La ola fué el primer presente que se hicieron los continentes y la primera manifestación de lo desconocido. Conduciendo al Viejo Mundo los frutos de América habló al hombre primitivo y éste se dejó llevar por la corriente propicia que le condujo a la tierra de promisión.

Pero hay algo todavía más elocuente que la ola conductora de vegetales, despojos de naufragios y de

cádavares mutilados; y algo más expresivo que los Caldeos, Egipcios, Fenicios, Iberos, Vascos y Normandos, primeros navegantes del Atlántico: ese algo es el cantor de la naturaleza que cautiva el alma porque posee el lenguaje divino. Colón al lanzarse a lo desconocido necesitó de un guía y este guía no podía ser sino el ave que debía traerle, en sus horas de angustia y de duda, recuerdos de familia y señalarle el camino de la nueva patria y mostrarle el cielo como único refugio de todos los que aguardan. La travesía de Colón por las aguas de Atlante es el triunfo del ave. El 7 de setiembre de 1492 deja las costas de Gomera y Tenerife y a poco ve desaparecer bajo el horizonte los perfiles del Viejo Continente. El 14 los marinos de la carabela "Niña" ven una golondrina de mar y un faetón (rabo de junco) que vienen a encontrar el convoy. El 18 se divisan por el Poniente multitud de aves marinas, y a ella se dirigen todas las miradas hasta que desaparecen en la hontananza: eran los primeros nuncios de la tierra americana. El 19 visitan la nave almirante dos sulas (alcatraces) que Colón contempla con amor. Se habían ya caminado cuatrocientas leguas. El 20 la visitan de nuevo tres sulas y una gaviota. Desde el amanecer la carabela de Colón se llena de pajarillos que trinan durante el día y parten al caer el sol, después de haber cautivado a la tripulación. ¿A dónde iban? Regresaban al hogar, cuando de pronto vióse una cuarta sula en la dirección del O. N. O. al S. E.: era un nuevo nuncio que señalaba el rumbo de la tierra americana. El 22 se ven diversas aves y entre éstas un petral (pardela). Una tórtola acompañada de un sula visitan a Colón, el 23, y el 24 recibe dos sulas y una pardela. El 27 vuelve de nuevo el faetón. Aparece por la primera vez el 29 la fragata que altanera cruza el espacio, lanza a los aires su grito penetrante y desaparece: era el primer alerta de la tropa alada que señalaba la costa en la lontananza. Se habían ya

caminado seiscientos leguas. Para el 2 de octubre vuelve la gaviota, y pardelas el siguiente día. El 4 una bandada de petrales cruza los aires y con ella, dos faetones, una fragata y la gaviota: eran los terceros nuncios de la tropa alada que en concierto comunicaban a las costas americana la llegada de los descubridores. El 5 vuelven los petrales en tanto que peces voladores visitan la carabela del almirante.

El 7, día domingo, era el fijado por el ave para señalar el puerto deseado. Desde la carabela "Niña". Alonso Pinzón divisa una bandada de papagayos hacia el S. O.; al instante se comunica con Colón, le suplica cambie el rumbo, a lo que accede el amirante. "Jamás vuelo de ave, ha dicho Humboldt, tuvo consecuencias más graves en los tiempos modernos. El cambio de rumbo efectuado el 7 de octubre decidió de la suerte que tuvieron los primeros establecimientos castellanos en América. (1) ¿Qué hubiera sucedido si Colón no se dirige al S. O.? Arrastrado por la corriente cálida de la Florida habría descubierto las islas de Bahamas y la América del Norte. El 8, las aves terrestres volaban hacia el Sur; cornejas, ánades y un faetón, y en la noche del 9 se sienten pasar muchas aves. Para el 11 una escena imponente cautiva las miradas de los navegantes: aparecen un petral y con él "una rama de ojiacanto en flor y un nido de pájaros suspendido de una rama rota por el viento, lleno de huevecillos a los cuales cubría la madre todavía al dulce arrullo de las olas", y objetos de arte, entre otros, un bastón artísticamente cincelado: eran el artista, cantor de la naturaleza, que enviaba a Colón su obra y la madre de sus hijos, éstos todavía ignorantes de la luz; y el hombre americano que le enviaba también sus obras, como para anunciarle que debía recibirle al siguiente día.

(1) Humboldt, "Historia de la Geographie du nouveau monde."

“El ave, ha dicho Lamartine, fué el piloto celeste que la Providencia parecía enviarle en el momento en que la ciencia humana desfallecía”. Sí, el ave que tiene del cielo el canto, las alas del ángel y de la luz los colores, que es el meteorologista por excelencia y figura en todas las cosmogonías de la tierra americana, debía ser el piloto y el clarín de la victoria del descubridor del Nuevo Mundo.

